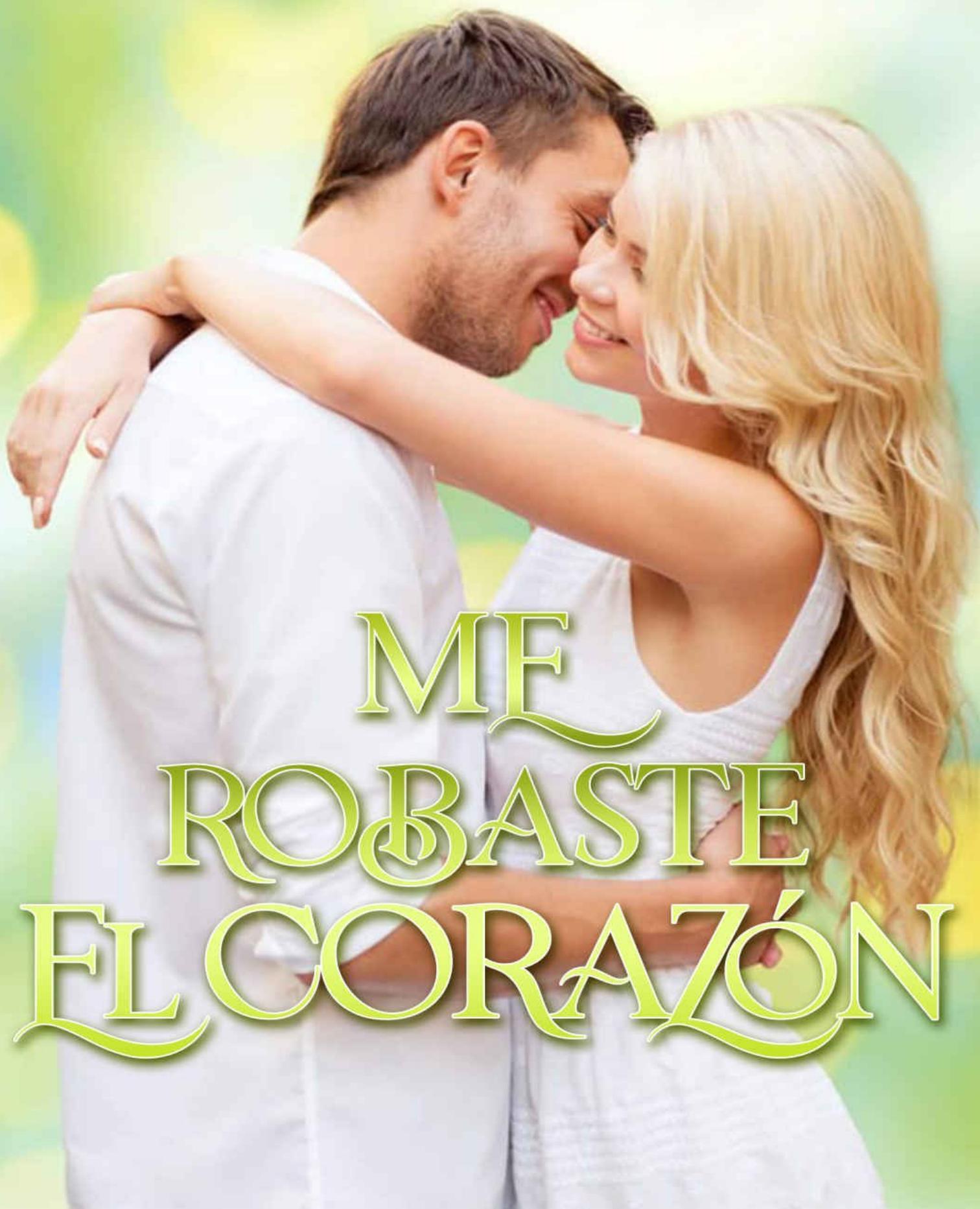


MARTA FLORES



ME  
ROBASTE  
EL CORAZÓN

ME ROBASTE  
EL CORAZÓN

Marta Flores

Me robaste el corazón.

© 2021, Marta Flores.

Primera edición: julio de 2021

© De esta edición: Marta Flores.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)



## Capítulo 1

Decidida, así me había levantado ese día, decidida a empezar una nueva vida, sin tener que preocuparme de nada y poder dormir a pierna suelta.

Me llamo Almudena, tengo veintidós años, vivo en Torrente, un pueblo de Valencia. No sé quién es mi familia, la verdad es que no sé ni dónde nací.

Me dejaron con seis años, en casa de una mujer, la abuela Pepa, que era como quería que la llamara. Ella me dio una educación, me enseñó a querer a las personas por lo que eran y no por lo que tuvieran. Siempre me repetía que todos éramos iguales ante los ojos de Dios, se tuviera más, o se tuviera menos.

Mi abuela tenía noventa años y llevaba dos en cama, yo dejé mis estudios para encargarme de ella. Tenía un hijo, mi tío Pedro, por llamarlo de alguna manera, un hombre bueno para nada y al que le tenía miedo cuando estaba en casa, pues ya había intentado dos veces abusar de mí.

Una noche, hace tres años, le estaba leyendo a la abuela cuando mi mundo se me cayó a los pies.

—Almudena, hija, deja de leer un momento.

—Qué te pasa abu, no me asustes.

—Déjame hablar y no me interrumpas, mis días en este mundo ya se están acabando y quiero decirte algo. Prométeme que siempre serás una buena niña, que cumplirás todos tus sueños, esos que yo te quité desde que estoy en esta cama —yo estaba empezando a llorar—. Sé que te será difícil al principio, pero yo estaré siempre cuidando de ti.

—Abuela, tú no me puedes dejar y menos con el tío, sabes que no puedo estar con él, a solas

—Hija, eso es lo que más me preocupa, cuando yo no esté, coge los ahorros, ya sabes dónde están, vende la casa que está a tu nombre y vete lejos donde él, no pueda encontrarte

—Abu, no me hagas esto por favor, no te vayas.

—Almudena, ven, dame un abrazo, quiero que sepas que lo has sido todo para mí y te quiero muchísimo. Cuando no esté llama a mi amiga Juana, ella te dirá lo que tienes que hacer, se feliz mi niña, y no mires nunca hacia atrás.

Esa fue la última conversación que tuve con ella, al día siguiente ya no vio la luz del día, pero yo, comencé a vivir un infierno.

A la semana de enterrar a mi abuela apareció mi tío Pedro, para reclamar la herencia de su madre, cosa que no le había dejado ni un céntimo, aquello lo puso hecho un basilisco y lo pagaba conmigo.

—Niñata ese dinero es mío y me lo vas a dar, era mi madre, tú solo eres la basura que recogió por lastima. ¿Dónde está mi dinero?

—Tú no tienes nada, no quisiste saber nada de ella, solo le diste una mala vida, igual que a mí.

—Contigo tengo algo pendiente y lo sabes, ya no está tu abuela para defenderte.

—Ni se te ocurra ponerme tus sucias manos encima. Vete de mi casa, si no...

—Si no, ¿qué, estúpida? Crees que alguien va a venir a defenderte, voy a enseñarte cómo disfrutan un hombre y una mujer.

Me empujó contra la pared y empezó a manosearme. Yo empecé a llorar y a pedirle, por favor, que no me tocara, pero estaba claro que no me iba a dejar. Me agarró del pelo y me llevo a

mi habitación, me tiró en la cama y se puso encima de mí. Yo le pedía llorando a gritos que no lo hiciera, pero le dio igual, empezó a bajarme el pantalón y a toquetearme.

Me puso bocabajo, arrastrando mis piernas fuera de la cama, yo no dejaba de llorar y gritar, pero no me sirvió de nada, rompió mi braga y abrió mis nalgas, para toquetearme. Yo me quería morir, solo pensaba que me soltara, pero no tenía intención.

—Pero que buena estás putita, te voy a desvirgar todos tus agujeritos y creo que voy a empezar por el de atrás, me gusta más, aunque como lo tienes todo apretadito, da igual por dónde empiece.

—Por favor Pedro, no lo hagas, te doy todo el dinero, te lo juro, pero no lo hagas

—¿Sabes?, el dinero me lo darás igual, pero antes voy a probar este culito que tienes, que me está pidiendo que entre.

Pensé que me moría cuando me penetró por detrás, jamás había estado con un hombre, claro que sabía lo que era el sexo, pero nunca imaginé que me iba a pasar lo que me estaba haciendo. Pensé que no terminaría nunca, me dijo que gritara más, que eso le ponía, ya ni gritar podía, creo que me desmayé porque cuando desperté estaba sola.

No me podía mover, el dolor que sentía era inmenso. Poco a poco, me fui levantando de la cama y vi que estaba llena de sangre. ¿Qué me había hecho ese desgraciado? Arruinarme la vida, eso hizo.

Como pude, me metí en el baño a lavarme bien, no dejaba de llorar mientras me lavaba, pero hasta aquí había llegado, no me pondría más una mano encima.

Me vestí y fui directa al hospital, el médico que me atendió, me dijo que me había desgarrado, pero con el tratamiento que me había recetado, se pasaría en unas semanas. Me aconsejó que fuera a poner una denuncia con el informe que me iba a dar.

La verdad es que no tenía pensado hacerlo, no quería más problemas con él, pero al final me convenció, me dijo que era la única manera de que no me molestara más. Le di las gracias y me fui para comisaría.

Al llegar a comisaría me atendió un hombre un poco mayor, le dije a lo que iba, y llamó al comisario, el cual me hizo pasar a su despacho

—Buenos días, mi nombre es Hugo. ¿En qué puedo ayudarla?

Madre del amor hermoso... Bueno, si os digo guapo, os mentiría, era más que eso. Alto, moreno, con unos ojos marrones preciosos, y un cuerpo de escándalo con ese uniforme, no creo que llegará a los treinta y cinco, pero eso era lo de menos.

—Buenos días, me llamo Almudena, venía a ponerle una denuncia a mi tío— se me quedó mirando y le extendí el informe del médico. Cogió el papel y según iba leyendo, apretaba los dientes y su cara era de cabreo. Yo, me estaba poniendo cada vez más nerviosa y con ganas de llorar.

—Bien, esto lo vamos a solucionar ahora mismo. Dime el nombre de ese desgraciado.

—Pedro Pérez González. Quiero denunciarlo y solicitar una orden de alejamiento. No quiero verlo ni en pintura, rompí a llorar —Hugo se levantó y me ofreció un vaso de agua.

—No te preocupes, este energúmeno lo va a pagar bien caro, voy hacer todo lo posible para que no vea la luz del sol en una buena temporada.

—Gracias, no sabe cómo se lo agradezco, no me imagino lo que pueda pasar la próxima vez

—Almudena. ¿Con quién vives? ¿Vives con él? ¿Con tus padres?

—No señor, vivo sola desde hace seis meses que murió mi abuela, y la verdad es que ahora tengo más miedo que antes.

—¿Acaso ya lo había intentado antes?

—Sí señor, cuando vivía mi abuela ella lo evitaba amenazándolo, y solo me manoseaba, pero desde que ella murió, vivo con el miedo a que aparezca y lo siga haciendo— empecé a llorar.

—Mira, vamos hacer una cosa. Lo primero es dejar de llorar, lo segundo, llámame Hugo, y lo tercero es que antes de que salgas de aquí ya estará detenido. ¿Aún está en la casa?

—No señor, digo, Hugo —me sonrió—. Salió de casa y me dijo que volvería, es lo que hace desde que lo conozco, va y viene, así ha sido siempre y ahora que no está mi abuela, no sé qué hacer.

Dio orden de que lo detuvieran, al saber que yo no tenía más familia, pues al preguntarme si tenía dónde ir, le conté toda mi historia. Me dijo que no me preocupara, que me llevaría a casa de su madre que vivía sola y cuidaría de mí.

Eso hizo, me llevó a mi casa para que recogiera algo de ropa, y luego a casa de su madre, una casita unifamiliar con un pequeño jardín en la parte trasera, esa mujer ya estaba al tanto, pues mientras recogía mis cosas lo escuche hablando con alguien.

—Hola cariño. ¿Como estás? Me llamo Clara y soy la mamá de Hugo, pasa reina que yo cuidare de ti.

—Gracias señora, se lo agradezco en el alma— era guapísima a sus sesenta años, no me extraña que el hijo fuera tan guapo.

—No, no, nada de señora, llámame Clara, que, si no, me enfadaré. Ven, te voy a acompañar a tu cuarto. Hugo, ¿comes con nosotras? —le dijo a su hijo.

—Claro mamá, como siempre que vengo.

Subimos las escaleras y me llevo al que sería mi cuarto, frente había otro que era el de Hugo, por lo que su madre me contó y al fondo estaba el suyo. Al entrar en el que sería mi cuarto, me llamo la atención que había fotos de una chica rubia, guapísima, así como el cuarto se veía muy femenino: las paredes en uno rosa palo precioso y la cama y muebles blancos, y con un baño en la habitación.

—¿Quién es esa chica tan guapa, Clara?

—Es mi hija, murió hace un año de cáncer.

—Ohh, lo siento mucho...

—No te preocupes mi niña. Anda, vamos a comer que mi hijo estará desmayado.

Comimos, contándoles mi historia, cómo había ido a parar a casa de la abuela, la enfermedad de ella, y el calvario que nos hizo pasar mi tío. Hugo se despidió de nosotras y me sorprendió cuando al hacerlo de mí, me dio un beso en la mejilla ante la mirada sonriente de su madre.

Clara me trataba con tantísimo cariño, que se había convertido en la madre que nunca tuve, íbamos a todos los lados juntas, había días que nos íbamos a casa de Hugo a comer, después ella se iba y nos dejaba solos.

Cuando estábamos solos, charlábamos de la vida, o veíamos alguna peli, siempre le pedía romántica y al final él, acababa consolándome, abrazándome y dándome besos en la mejilla, nunca llegó a más conmigo

Tres años habían pasado de ese maldito día, tres años con pesadillas y con miedo sabiendo que estaba en la cárcel. Entre Hugo y yo, fue creciendo una bonita amistad, me hacía salir con él y sus amigos, me cuidaba como si fuera de cristal y, poco a poco, me fui enamorando de él, sin decir nada. Su madre se daba cuenta y me decía que él, también lo estaba de mí, pero me costaba creerlo pues jamás paso de un abrazo o besarme en las mejillas.

Un miércoles a la hora de comer, Hugo llegó con muy mala cara, que no pasó desapercibida,

ni por su madre, ni por mí.

—Hijo, ¿qué te ha pasado? Traes muy mala cara. ¿No estarás enfermo?

—No mamá, no estoy enfermo, tranquila. Almudena, tengo que decirte algo y no sé cómo hacerlo, siéntate y escúchame bien.

—Tu tío, salió ayer de la cárcel— menos mal que me dijo siéntate, porque en ese momento empecé a temblar—. No temas, que no permitiré que te pase nada.

—Me tengo que ir lejos de aquí, no quiero ni cruzármelo.

—Almudena, tranquila, tiene una orden de alejamiento no puede acercarse a ti— salí corriendo para mi cuarto.



## Capítulo 2

Mi abuela Pepa siempre me había hablado de San Fernando, un pueblo de Cádiz, su marido era militar y estuvieron viviendo allí muchos años, hasta que él, falleció.

No me lo pensé dos veces, llorando me levanté de la cama y empecé a guardar todas mis cosas en las maletas, me iría allí y empezaría de nuevo. Tenía dinero, alquilaría un piso y buscaría un trabajo, sí, eso es lo que haría.

—¿Puedo pasar? —me pregunto Hugo.

—Sí, claro, estás en tu casa. Espero que no vengas a convencerme porque no me quedaré, ya lo tengo decidido, no me puedo quedar aquí viviendo siempre con miedo.

—Anda, deja eso y ven —me abrazó y me besó en la mejilla, como siempre. Por Dios, ¿es que estaba ciego? ¿No veía lo que me hacía sentir?—. A mi madre le va a doler mucho que te vayas, te quiere como a una hija, ya lo sabes, y yo también te quiero, Almudena, aunque no te lo diga.

—Hugo, os agradezco todo lo que habéis hecho por mí, tú y tu madre, pero no me puedo quedar aquí, lo siento.

—Y me vas a dejar solo, a quien voy a mimar yo ahora. Almudena yo...

—No, Hugo, no me digas nada, está más que decidido, cuando encuentre dónde quedarme, me voy a San Fernando.

—Almudena, entra en razón. ¿Qué vas hacer tú allí? No conoces a nadie, tienes problemas para dormir. ¿Crees que no me lo ha dicho mi madre?, qué tienes pesadillas y lloras por las noches.

—No debería haberte dicho nada, ya aprendí a vivir con ello, y puedo seguir así.

—Eres una cabezota, pero bueno, ya veremos si te vas o no, solo estás pensando en ti y en nadie más.

Salió dando un portazo. ¿Por qué me decía eso? ¿Acaso estaba enamorado de mí? No creo, me lo habría dicho, pero yo, sí lo estaba de él, hasta la médula, pero tenía tanto miedo a que me tocara, que lo callaba. Debía superar el trauma que me dejó ese desgraciado, por su culpa no sería feliz.

Cuando bajé a merendar, Clara estaba muy triste sentada en el jardín, se me partía el alma ver a esa mujer que, sin conocerme de nada, me abrió las puertas de su casa, pero tenía que irme. Había tomado esa decisión y creo que era lo mejor.

—Clara, no quiero verte triste, por favor. Mira, te estoy muy agradecida por todo el cariño que me has dado y por acogerme en tu casa, pero entiéndeme, si me quedo aquí, no voy a vivir en paz.

—Hija, pero, ¿qué vas hacer tú sola en San Fernando? No conoces a nadie, eres una chiquilla, aquí nos tienes a mi hijo y a mí.

—Clara, si de una cosa estoy convencida, es que, saliendo de Torrente, me sentiré algo mejor. Buscaré un piso y tiraré de los ahorros hasta que encuentre un trabajo y cuando esté instalada, podrás ir a pasar un tiempo conmigo. ¿Te parece buena idea? Anda, dame un abrazo y no llores más.

—Está bien hija, pero te voy a echar mucho de menos.

—Y yo a vosotros Clara, pero créeme que es lo mejor.

—Si tú lo dices hija, que así sea, pero si te sientes sola, prométeme que te volverás.

—Venga, sécate esas lágrimas y vamos a ver qué cenamos hoy.

Hugo vino esa noche a cenar, me extrañó mucho porque él, no solía venir de noche, a no ser que me quedara en su casa. Cenamos en silencio y el rostro de ellos dos era de tristeza, la misma que yo sentía por dentro, al separarme de ellos.

Esa noche ni dormí, no podía, así que, me levanté y fui terminando de hacer mis maletas. Busque por Internet dónde quedarme los primeros días hasta encontrar un piso, compré el billete de tren y me iría nada más levantarme.

Un nuevo día, y decidida a cambiar mi vida, una vida en la que esperaba que todo me fuera bien, pues me iba a la aventura, pero de hoy no pasaba. Me puse a escribirle una carta a Hugo, sé que se molestaría, pero mi intención era irme sin despedirme de él.

*Mi querido Hugo:*

*Sé que cuando leas esta carta, estarás más que cabreado conmigo, yo lo estaría, pero conociéndote, sé que no me habrías dejado marchar. Antes de confesarte algo, quiero darte las gracias por toda la ayuda y ese cariño que me has dado en estos tres años.*

*Gracias por abrimme las puertas de tu casa junto a la de tu madre, nunca imaginé que iba a tener a mi lado, a dos personas tan maravillosas como vosotros dos.*

*Te voy a contar un secreto, algo que para tu madre nunca lo fue, ya que se dio cuenta antes que yo. Me enamoré, Hugo, de la persona más buena que he conocido en esta vida después de mi abuela, ese cariño con el que me has tratado jamás lo voy a olvidar. Podría haberte hablado de mis sentimientos, pero sabes que con lo que llevó a cuesta me resultó imposible, tal vez por el miedo a que me dijeras que no, o tal vez, porque me dijeras que sí.*

*Tengo miedo, mucho, miedo a no volverte a ver más, miedo a no ser capaz de vivir sin tus abrazos, tus risas, esos golpes con los que tantas carcajadas has sacado de mí. Eres mi vida entera, pase lo que pase, siempre te voy a querer y tener en mi corazón.*

*Podría seguir con esta carta, pero aún me lo pondría yo misma más difícil, me hubiera gustado tener algo más contigo, mi primer amor, el amor de mi vida...*

*Te quiero Hugo, nunca olvides eso. Perdóname por no haberme despedido de ti con un abrazo, cuida mucho de tu madre, es una bellísima persona, sé muy feliz, y no me olvides, pues yo no lo haré.*

No podía parar de llorar, que día más difícil se presentaba, pero tenía que mirar hacia adelante.

Bajé a desayunar y ya estaba Clara con el desayuno, me fui hacia ella y le di un abrazo tan grande, que me durara para esos días que me esperaban.

—Clara, no me lo pongas más difícil, por favor, entiende mi postura, tengo que poner tierra de por medio, así no puedo seguir. Toma, dale esta carta a Hugo.

—Hija, piénsalo bien, no tienes por qué irte, nosotros cuidaremos de ti.

—Entiéndeme, por favor, sería incapaz de salir sola a la calle. Venga, terminemos el desayuno que me tengo que ir.

Nos despedimos las dos llorando, cuando me monté en el taxi no pude mirar hacia atrás, cuánto me dolía ver a esa mujer llorar.

El viaje lo pasé leyendo y escuchando música, estaba muy nerviosa. La verdad es que tenía que ponerme las pilas, tenía que encontrar un trabajo y un piso, todo ello sola y en un lugar que no conocía. Pero bueno, seguro que me saldría un trabajo prontito, mi abuela me dijo que hablara con su amiga Juana, pero la verdad es que nunca lo hice.

Llegué a mi destino, San Fernando. Con mis dos maletas me dirigí a un taxi para que me llevara a la pensión donde me iba a quedar mientras encontraba piso. Que buen día hacía, cómo lucía el sol, pensé que cuando llegara a la pensión, soltaría las maletas y me iría a dar una vuelta antes de que este se escondiera.

Llegué a la Calle Real, que era donde se encontraba la pensión, la fachada me dio muy buena impresión y lo que vi por Internet de la habitación, tampoco estaba nada mal. Recogí la llave y cuando abrí la puerta vi que no me había equivocado, solté las maletas agarré el bolso y tiré para la calle.

Andando llegué hasta la Plaza del Rey, me quedé alucinada, que preciosidad. Pare en un bar a para tomar algo, ya haría tiempo para cenar. Llamé a Clara para decirle que había llegado bien y me contó que Hugo, estaba más que enfadado por irme sin decirle nada.

Acababa de salir de la ducha, cuando recibí una llamada de teléfono, cuando miré quien era, mi corazón se aceleró, era Hugo.

—Buenas noches Huguito

—Buenas noches Almudena. ¿Estás bien?

—Sí, sí, no te preocupes, acabo de ducharme y estaba para meterme en la cama, el día ha sido largo y lleno de emociones.

—Almudena, no me ha gustado nada que te fueras sin despedirte de mí, y todo lo que me dices en esa carta...

—Hugo, no me digas nada, sé lo que dice la carta, está escrita desde el corazón, y tenía la necesidad de decírtelo

—Quiero que sepas que no me esperaba lo que leí, y deberías haberme dicho todo lo que sentías por mí. ¿Nunca te planteaste lo que yo sentía por ti?

—Hugo, no podía decirte nada, sabes que ya se me hacía difícil a veces el estar contigo a solas, y cuando me abrazabas, tenía mucho miedo.

—¿No te dio por pensar en lo que yo sentía por ti? Almudena, los dos sentimos lo mismo por lo que dices en tu carta, yo también estoy enamorado de ti —me quedé en silencio, no podía dar crédito a lo que mis oídos escuchaban.

—¿Estás ahí? Estoy muy enfadado, esta charla la deberíamos haber tenido, cara a cara, no por teléfono, ¿no te parece?

—No, Hugo, entre nosotros no puede haber nada, puesto que sabes el problema que tengo, no tengo derecho a arrastrarte conmigo, sin saber si voy a poder darte... ya me entiendes...

—Shhh, calla, no digas nada, sabes que te habría ayudado y hubiera esperado a que estuvieras preparada, te quiero demasiado Almudena, y me he quedado hecho polvo.

—Hugo, estoy cansada, de verdad, ya hablaremos otro día. Por favor, no te enfades conmigo por no haberme despedido de ti.

—No es solo eso joder, es el tiempo que hemos desperdiciado, ¿no te das cuenta?

—Hugo, buenas noches, cuídate. Muchos besos —y le colgué.

Cómo lloré esa noche, no esperaba que Hugo sintiera lo mismo que yo, pero es todo tan difícil, que no sé, si podría intimar con él, ni con nadie.



## Capítulo 3

Un nuevo día comenzaba, me levanté de la cama con ganas de comerme el mundo, una duchita, un vestido de manga larga, mis zapatillas y andando.

Me fui al centro a desayunar, compré el periódico y empecé a mirar las ofertas de trabajo, la verdad es que lo tenía crudo, pues solo terminé el instituto, con el cuidado de la abuela no pude seguir estudiando y tampoco es que tuviera claro que quería hacer.

Estando desayunando me llamó la atención un chico, que guapo era. Estaba en la mesa frente a mí, con un ordenador abierto y tecleando como si no hubiera un mañana, me pilló mirándolo y me guiño un ojo, ya me habían sacado la primera sonrisa del día.

Caminando me encontré con una inmobiliaria y entre, de todas formas, me sería más fácil encontrar piso ahí, que buscándolo por mi cuenta.

—Buenos días, en qué puedo ayudarte —me dijo la chica que estaba allí

—Buenos días, estoy buscando un piso amueblado en alquiler, con un par de habitaciones y dos baños, a ser posible que tuviera una buena terraza.

—Veo que vienes con las ideas muy claras. Soy Belén, vamos a ver que tenemos, pero te ha faltado decirme la zona.

—Pues ahí me has pillado, no soy de aquí y no conozco las zonas, eso lo dejo a tu criterio, y yo soy Almudena.

—Pues mira cómo me has caído bien, te diré que mi vecino de enfrente se va a vivir a Granada, me dijo que intentara alquilárselo y como aún no han ido a echar fotos al piso, puedes hablar con él mismo

—¡¡Vaya, mi día de suerte!! Pues ya me dirás como lo hacemos, ya te dije que no conozco la ciudad y a nadie de aquí.

—No hay problema ninguno, mira. ¿Qué te parece si quedamos en algún lugar a mediodía?, comemos y te llevo a ver ese pedazo de piso, verás cómo te quedas con él.

—Me parece bien. Te puedo esperar en la Plaza del Rey, que es lo único que conozco.

Y así lo hicimos, a las dos de la tarde apareció Belén, con la misma sonrisa que me regaló cuando entré en la inmobiliaria. Me llevó a comer cerca de su casa, la verdad es que la ubicación era buenísima. Me estuvo contando que era de Cádiz, pero hacía diez años que se vino aquí con su novio que era militar.

Yo le conté muy poco de mí, cuando me preguntó qué hacía aquí, le dije que era una larga historia, y algún día se la contaría

Cuando entramos a ver el piso me quedé flipando. Tenía tres dormitorios y dos baños, uno de ellos en el dormitorio principal, suelo gris, todos los muebles de la casa eran blancos y un sofá negro. La terraza me enamoró, era amplia, con una mesa, sillas y un balancín. Miedo me daba el alquiler, pero me lo quedaría.

—Belén me lo quedo, ni me lo pienso, aunque si me sacara cien eurillos de rebaja, me vendría muy bien.

—Bueno Juan, ¿tú que dices? ¿Le bajamos los cien euros?

—Por ser recomendada tuya, venga, no se hable más, se lo dejo en quinientos.

—Ohh. Juan, le prometo que no tendrá queja alguna de mí.

—No lo pongo en duda. Bueno, el viernes tienes listo el piso para tu disfrute.

—Anda guapa, venga, que vamos a celebrarlo por ahí, Marcos esta noche no está en casa.

Y a la calle que nos fuimos otra vez, me daba en la nariz que Belén y yo, nos íbamos a llevar bien. Me llevó de paseo por San Fernando, a comer un pescadito frito que, como decía ella, “quitaba el sentío” Y sí que lo quitaba, que rico.

Cuando entré en la habitación, tras quitarme las zapatillas, me puse a mirar el móvil y le mandé un mensaje a Hugo.

**Almudena:** *Hola Hugo, ¿cómo estás? Tengo que darte una buena noticia. Ya encontré piso, el viernes me mudo a él .*

**Hugo:** *Vaya, veo que no cambias de opinión y te quedas ahí .*

Qué contestación tan fría, me quedé parada, no sabía si contestarle o no, mejor decidí llamarlo.

—Tú dirás Almudena.

—Hugo, te llamo porque te noto muy frío conmigo. ¿Te pasa algo?

—¿De verdad te importa lo que me pase? Yo creo que no.

—Hugo, porque me hablas así. ¿No te alegras de que vaya encontrando algo aquí? Ya solo me queda buscar trabajo.

—Almudena. ¿Trabajo en qué?, si no has trabajado en tu vida.

—Hugo, mejor dejamos esta conversación, no sé qué te pasa, ni por qué me hablas en ese tono. Dile a tu madre que ya la llamaré.

Otra vez le colgué. ¿Qué le estaba pasando conmigo? ¿Por qué ese cambio? Por más que pensaba no lo entendía. Me estaba quedando dormida cuando sonó el teléfono, no conocía ese número y me extrañó por la hora que era.

—¿Dígame?

—Hola, Almudena.

—¿Quién es?

—¿Ya te has olvidado de tu tío favorito? Qué pena, porque yo de ti no. ¿Aun eres virgen, Almudenita?

Dios mío, eso fue lo que pensé. Le colgué y bloqueé su número. ¿Cómo no cambié de número cuándo pasó todo? ¿Sabrá dónde estoy? No, era imposible, ni Hugo, ni Clara, se lo dirían.

No sé en qué momento me quedé dormida, lo que sí sé, es que me desperté sudando, había vuelto a tener la maldita pesadilla y estaba sola, no tenía a nadie a quien recurrir. No pude evitar ponerme a llorar y pensar que Hugo, quizás tuviera razón y me tenía que haber quedado con su madre.

Era jueves, ese día me dediqué a ir por los bares a buscar trabajo, no es que tuviera experiencia, pero tan difícil no sería servir mesas o cocinar para tanta gente. Nada, por cada bar que iba, el que necesitaba, no me quería sin experiencia, y al que no le importaba, no necesitaba.

Estaba ya harta de andar y mis pies me llevaron donde Belén.

—Buenos días, mi futura vecina. ¿Qué te trae por aquí?

—Pues fíjate, mis pies que sabían dónde llevarme, ¿Te queda mucho para salir?

—No, un ratito, pero, ¿qué te pasa mujer? Me traes una cara que, “pa qué”. Ven, anda, siéntate ahí que te doy un vaso de agua y me cuentas.

—Ay Belén, si tú supieras lo que me pasó anoche —y me eché a llorar—. Es algo de mi pasado que no te he contado aún.

—Pero eso tiene remedio mujer, anda, tranquilízate que en diez minutos cierro el tinglado, nos vamos a comer y ya me cuentas, pero deja de llorar que al final, lloraré yo también.

Que suerte la mía encontrarme con ella, necesitaba desahogarme y que mejor que con una desconocida que me brindaba su amistad. Le conté mi historia desde el principio y sin dejarme nada, desde que me encontró mi abuela, hasta lo que me hizo ese mal nacido.

Parecía que se nos había muerto alguien, porque estábamos las dos llorando, la gente nos miraba, otros nos preguntaban, si nos pasaba algo, porque parecía que estábamos de funeral.

—Bueno, vamos a dejar ya de llorar que parece que se nos ha muerto el canario —me tuve que reír con ella— Así me gusta, que te rías, y ahora, cuéntame qué has hecho esta mañana.

—Pues, he intentado buscar trabajo en bares, que es lo único que quizás pueda conseguir, pero nada, no hay manera, el que necesitaba no me quería por no tener experiencia.

—Ah, pero eso lo arreglamos ya. Venga, vámonos que verás como el lunes empiezas a trabajar, este finde salimos de marcha.

—¿Qué dices? Tú tienes a tu novio, y yo no quiero molestar.

—No seas tonta, mí Marcos, estará encantado de salir con dos mujeronas como nosotras. Anda vamos, que te voy a llevar a tu lugar de trabajo.

Me llevo que parecía que íbamos corriendo una maratón, cuando me di cuenta, estábamos en el bar donde desayuné el primer día.

—Alfonso, muy buenas, ¿cómo está el hombre más simpático de San Fernando?

—Que muchacha más locuela, ven anda da un abrazo a este viejo, y dime quien es esta chica tan guapa.

—Pues esta chica tan guapa es Almudena, desde mañana va a ser mi vecina, y desde el lunes, tu ayudante. No tiene experiencia, pero vamos, que aprende rápido, no me vaya a decir que no.

—Mucho gusto señor.

—Mal empezamos con lo de señor, anda ven, dame un abrazo y, bueno, la verdad es que ayuda necesito, pero sin experiencia, no sé.

—Venga, dale una oportunidad, verás como aprende pronto, yo respondo por ella.

Muerta me había dejado, vamos que sin trabajo no me iba a quedar. Nos fuimos a la pensión para que me duchara y guardará todas mis cosas para llevármelas hoy a su casa, así no tendría que ir cargada con todo.

Su casa era una copia de la mía, lo único que cambiaban eran los muebles, a ella le iba más el rollo de toda la vida, lo clásico, las terrazas se comunicaban, vamos que íbamos a charlar más de una vez desde ellas.

—Hola cariñito, ya está tu amor en casa— yo me meaba con ella—. Venga sal, que tenemos visita. De la cocina salió Marcos, madre mía que hombre, como estaba, joder, no sé por qué al verlo me acorde de Hugo, si no se parecían en nada, bueno sí, en que los dos estaban buenísimos—. Ella es Almudena, mi nueva amiga y desde mañana, vecina.

—Hola Almudena, soy Marcos— me dio dos besos—. Espero que la loca de mi mujer no te vuelva a ti igual. Bienvenida al vecindario.

—Gracias, bueno más que loca es un ángel, porque todo lo que me ha dado hasta ahora es bueno.

—Ya me lo dirás guapa, después a mí, no vengas a quejarte— y nos echamos a reír las dos.

Comimos algo en su casa, y nos fuimos a la noche de San Fernando, me lo pasé pipa con esos dos, con sus bromas y esa complicidad que tenían. Cuando llegamos a un pub, quise ver al chico del ordenador mirando, sería mucha casualidad la mía.

—Madre mía Belén, yo me voy ya no estoy acostumbrada a beber, y estoy un poco mareada.

—Anda ya tonta, ven que te voy a presentar a un buen amigo, verás cómo te cae bien.

Según me llevaba de la mano, me di cuenta que el chico no era otro que el del ordenador, estaba muerta de vergüenza, sólo me había relacionado con Hugo y algunas veces con sus amigos, pero nada más.

—¡¡ Dylan, de mi alma y de mi corazón!! Ven, que te voy a presentar a alguien con la cual creo que te llevaras muy bien.

—Ya nos conocemos Belén, solo falta que me diga su nombre, ¿tú eres?

—Almudena, un placer conocerte Dylan.

—Almu, chica, con más ímpetu, además, te puedo asegurar que Dylan es un tío que se viste por los pies, puedes confiar plenamente en él.

—Pero qué bien me vende esta mujer, así da gusto.

Pasamos toda la noche de risas, Dylan me contó que también era militar como Marcos, que ahí se conocieron, y que a él en sus ratos libres le gustaba leer y escribir.

Me gustaba la compañía de Dylan, se veía a leguas que aparte de guapo era una persona encantadora, sabía escuchar y eso me gusta mucho de una persona, y cómo te miraba cuando hablabas, otra cosa que me gustaba de él.

Belén estaba con un grupo de amigos y yo quería irme, estaba cansada, mareada y con sueño, pero me daba cosa molestarla.



## Capítulo 4

—Dylan, ¿te importaría decirme por dónde tengo que ir para llegar al hostel La Andaluza? No quiero molestar a Belén, estoy cansada y un pelín mareada.

—Dame cinco minutos, guapa, y te llevo yo mismo.

—No, no quiero molestarte, solo con que me lo indiques ya me doy por agradecida.

—Pero, ¿qué dices mujer? Que me va a molestar, yo te acompaño y no se hable más.

Y eso hice, esperar que se terminara su copa, para salir de allí. No habíamos llegado a la esquina, cuando me dio por mirar hacia atrás, iba mareada, pero cuando al mirar hacia atrás lo vi, esto no me podía estar pasando a mí.

—Dylan, no mires por favor, pero nos están siguiendo —no iba a mirar qué va... No me dejo casi ni terminar—. Déjame cogerte la mano.

—Pero, Almudena. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás temblando? ¿Lo conoces?

—Ay, es una historia muy larga, en otro momento igual te la cuento, pero ahora aligera el paso, que no quiero que sepa dónde me quedo.

—Espera. ¿Me estás diciendo que lo conoces, pero no quieres verlo?

—Ni en pintura, vamos es lo último que quiero ver.

—Mira Almudena, no sé lo que pasa, pero si no quieres que sepas donde te quedas, te vienes a mi casa y arreglado el asunto.

—Pero, Dylan, ¿qué estás diciendo? ¿Cómo me voy a ir a tu casa?

—Pues mira muy fácil. ¿Ves este pie? —Y estiró una pierna—Pues primero uno y después otro y así ves que fácil, vamos por esa calle —me tuve que reír, sí o sí.

Dimos la vuelta por esa calle, en busca de su coche, madre mía que no le conocía de nada, donde iba yo tan dispuesta a su casa. El miedo no me dejaba pensar, creo que en ese momento me hubiera ido con cualquiera por perder a ese desgraciado de vista.

Dylan no me dejo ni abrir la boca, vamos que no había discusión, me monté en el coche, y cuando miré hacia atrás aun veía a mi tío.

—No te preocupes Almudena, ya mañana vemos lo que hacemos.

—Gracias Dylan, no sabes cómo te lo agradezco.

—Anda ya tonta, ahora cuando lleguemos, hacemos chocolate y me cuentas quien es ese hombre —madre mía, me estaba dando hasta vergüenza—, claro, si tú quieres.

Llegamos a su casa y me quedé sorprendida, cuando me cogió de la mano y me llevó a su dormitorio.

—Lo primero que vamos a hacer es cambiarnos de ropa, déjame que te busque algo, no será de tu talla, pero al menos estarás más cómoda.

—Gracias Dylan ¿Porque haces esto por mí, si no me conoces de nada?

—Bueno, eres amiga de Belén, y eso me basta. Puedes estar tranquila que no soy un psicópata, ni un aprovechado.

—No he llegado a pensar nada de eso, pero de verdad, muchas gracias, si no fuera por ti, esta noche no dormiría.

—No me des más las gracias y venga, cámbiate, yo voy haciendo chocolate.

Y ahí me dejó. Por un momento me quedé mirando el dormitorio, para ser hombre tenía muy buen gusto. La cama era de matrimonio con un cabecero en gris y los muebles de un tono más

oscuro, y que bien olía.

Me cambié de ropa, la verdad es que me quedaba un pelín grande, sobre todo, el pantalón, pero bueno, no me iba a quejar.

Salí de la habitación y tiré para la cocina, no es que supiera dónde estaba, pero por el ruido lo encontré.

—He dado con ella por el ruidito —se echó a reír—, creo que esto me queda un poquito grande, pero es cómodo.

—Pues eso es lo que importa, que te sientas cómoda y cómo en tu casa. Venga, siéntate que esto ya está, verás que bien dormimos esta noche.

Me puso la taza y se sentó con la suya frente a mí, me miraba y sonreía, cómo esperando mi relato. Yo lo miraba, que guapo era, y qué miedo me daba al mismo tiempo, a ver, no miedo de él, no es que me dieran miedo los hombres, mi miedo era a llegar a algo más con uno.

Empecé a contarle mi historia desde el principio, no me interrumpía, simplemente me escuchaba. Cuando llegué a la parte que tanto me costaba quitar de mi cabeza, su semblante era como de cabreo, y mis lágrimas caían por mi cara.

Hubo un momento que paré, y me dijo que estuviera tranquila, que si no quería seguir lo entendía, pero una parte de mí quería continuar. Le hable de Clara y de Hugo, y de su cambio conmigo.

—No sé qué decirte, no esperaba que tu historia fuera de este nivel, pero dime algo, ¿tienes pesadillas?

—Una noche sí y otra también, Clara me dijo de ir a un psicólogo, pero la verdad, no quiero.

—Pues deberías pensarlo seguro te viene bien desahogarte, pero eso tiene que estar en ti misma, es tu decisión.

—Me cuesta, no es el hablarlo, bueno quizás sí, pero ya son cuatro personas que lo saben contándote a ti.

—Mira, Almudena, quizás no sea yo quien debería decírtelo, pero la ayuda de un profesional es lo mejor que te puede pasar, no puedes estar toda la vida con pesadillas.

—Bueno, ya lo voy viendo en estos días ¿No te parece que es hora de dormir? Mira que yo no trabajo, pero tú tendrás cosas que hacer.

—Muy elocuente, sí señor, que manera más sutil de cambiar de conversación —y soltamos una carcajada.

Me acompañó al cuarto donde yo dormiría, y me dijo que, si necesitaba algo, solo tenía que llamarlo. Ya en la cama, me puse a mirar el móvil, no sabía nada de Hugo desde mi llegada aquí.

Que le estaría pasando por la cabeza, si supiera que me fui para nada, pero a ver quién era la guapa que se lo decía.

**Almudena:** *Hugo, te echo de menos, no sabes cuánto, ojalá entendiera el porqué de tu enfado. Te quiero, besos.*

Solté el móvil en la mesilla y me dormí pensando que ojalá no tuviera pesadillas esa noche, pero me equivoqué.

*¡No me toques, suéltame asqueroso! ¡No, no, por favor, no me hagas eso, déjame!*

—Almudena despierta, es una pesadilla, despierta.

*¡Qué no me toques, déjame!*

—Despierta, soy Dylan— Dios que vergüenza, con qué cara me miraba—. Tranquila ya paso. Toma, bebe un poco de agua.

—Lo siento Dylan, siento que me hayas tenido que ver así.

—No digas tonterías mujer, ven que te dé un abrazo, —y ahí que fui yo a refugiarme en ese abrazo como hacía Clara, cuando las tenía.

No sé en qué momento me quedé dormida, pero cuando desperté estaba en los brazos de Dylan con la cabeza en su pecho, no quería ni menearme, estaba mirándolo cuando abrió los ojos.

—Buenos días ¿Tan feo soy que me miras así?

—Jajaja, para nada, de feo no tienes nada, solo estaba observándote.

—¿Y a qué conclusión llegaste?

—Pues parece que te conozca de toda la vida, veo que eres una gran persona, y no todo el mundo recoge a una loca como yo sin conocerla.

—Bueno, no soy como todo el mundo.

—No Dylan —le corté—, nadie recoge a una loca.

—Ah, pero, ¿no te dije? Yo soy un loco de atar —soltamos una carcajada.

Desayunamos, y me acompañó al hostel a recoger lo poco que me quedaba, para acompañarme a mi casa, como sonaba eso, mi casa... Solo me faltaban dos personas conmigo, Clara y Hugo.

Estuvimos toda la mañana de aquí para allá, Dylan decía que hoy era todo mío, que me aprovechara, y eso hice, aprovecharme. Fuimos a comprar para llenar ese pedazo de frigorífico, que lloraba de la anemia que tenía.

Pasamos por una librería y le dije de entrar, quería comprar algún libro para leer, pero el señor me dijo que “nana de la china”, que cuando no tuviera ningún libro suyo para leer, entonces.

Me llevo a comer, según él, al mejor sitio donde se comía que quitaba el sentido. Y vaya si me lo quitó, nos pedimos un choco a la plancha con ensalada, que estaba riquísimo, me hizo beber vino, pues decía que comer pescado y no acompañarlo de un buen vino blanco era delito. Vamos, que entre el chocó, el vino, y el postre, estaba que no me podía menear.

—¡¡ Estoy muerta!! Madre mía, qué día más intenso y, para colmo, me has emborrachado —empezó a reírse—. Sí, tú riéte, pero es verdad.

—Menos mal que no eres del sur, si no, te diría que eres una exagerada. Anda, vamos a guardar la compra y nos hacemos un café.

—Bueno, en realidad no tengo ni puñetera idea de dónde vengo, pero tampoco me importa —me miró muy serio—. Quitá esa cara anda, que eso sí lo tengo superado.

—Me da a mí, que tú y yo, nos vamos a llevar muy bien.

—Me da a mí que también, anda vamos, que no quiero quitarte más tiempo.

Guardamos todo y nos hicimos ese café, la verdad es que estar con él, es como si lo conociera de toda la vida. Se quedó un rato más conmigo y luego se marchó, tenía una cita con su madre y a esa no podía faltar, me dio su número de teléfono y me dijo que, si lo necesitaba, lo llamara a cualquier hora, eso me llegó al alma.

Ese fin de semana, Belén me pidió que saliera con ellos, pero no me apetecía, quería quedarme en casa, además, el lunes empezaba a trabajar y estaba nerviosa por mi primer día de

trabajo, para colmo, seguía sin saber de Hugo, Clara me dijo que estaba raro y no le contaba nada.



## Capítulo 5

¡¡ Por fin!! Por fin se acabó el fin de semana más largo de mi vida, no quise salir, me pasé los días leyendo unos libros que Dylan le dejó a Belén, a ratos cogía una bandeja y estuve ensayando con ella, no quería que mi primer día fuera un desastre.

Me puse unos vaqueros, una camisa azul de manga larga y mis zapatillas, me pinté muy poquito, un poco de lápiz de ojos y colorete. Tampoco es que fuera una experta, porque en mi vida no había habido muchos momentos para pintarme. Lista y más feliz que unas Pascuas, iba yo para la cafetería.

—Buenos días Alfonso, lista para comenzar el día.

—Buenos días Almudena, ven, que te presento a mi hijo Manu, y a Carlota, mi otra empleada, y espero que mi futura nuera.

Me estuvo presentando a los chicos, que me recibieron como si me conocieran de toda la vida. Estábamos hablando cuando Alfonso nos dijo que ya había gente en las mesas, Carlota me animó a que saliera yo a atender.

Para ser la primera vez no se me dio nada mal, aunque la bandeja bailaba más en mis manos, que yo con mis pies, pero, poco a poco, me fui defendiendo.

—Señorita, ¿me puede atender? —Cuando levanté la vista, vi a Dylan de lo más sonriente.

—Hola ¿Qué es lo que el caballero quiere tomar?

—Vaya, sí que empezamos bien, caballero y todo, pero sepas que este caballero no tiene armadura.

—Aun así, eres todo un caballero, me lo has demostrado. Bueno, qué quieres tomar, ¿un cafelito?, o a las doce de la mañana no apetece.

—Mira, pues no mucho, mejor ponme una cerveza, que ya va siendo hora y la tapita la dejo a tu elección.

—¡¡Marchando!! —Salí pitando para dentro, pensando en lo majo que era el muchacho. Le puse la cerveza y una tapita de croquetas.

—¡¡ No me lo puedo creer!! ¿No me digas que eres adivina?

—Que va, ya quisiera yo, si fuera adivina no creo que estuviese aquí.

—¿Y dónde estarías?, si se puede saber, te lo decía porque me encantan las croquetas, y me las has traído sin pedir las.

—Pues creo que estaría con un cabezota, bueno igual soy yo la cabezota, o al menos sabría qué pasa con él.

—Bueno mujer, tú da tiempo al tiempo, verás que todo lo que quieras saber, lo sabrás. Almudena, el miércoles que descansas, ¿te apetecería que pasáramos el día juntos?

Me debí de quedar con cara de tonta, porque me miraba arqueando una ceja, y yo sin saber que decirle.

—Anda mujer, no lo pienses, soy de fiar ya lo sabes, te llevaré a pasear por la playa, que me dices.

—Pues que te voy a decir, no conozco aquí a nadie, o sea, que me apunto, y ahora te dejo, que no quiero que me despidan el primer día —le saqué la lengua y me fui, dejándolo riendo.

La mañana la eche muy bien, la verdad se ha dicha, a mediodía Alfonso, me dijo que de

momento solo estaría por la mañana, y si algún día había lio, pues me llamaría.

Iba contenta, no se me había dado tan mal, lo que sí estaba deseando era poder sentarme un rato, tenía las plantas de los pies, que no sabía de quién era. Iba andando a casa y tenía la sensación de que alguien me estaba siguiendo, lo mío ya no era miedo, sino paranoia, no mire para atrás, aceleré el paso sin mirar atrás hasta llegar a casa.

Me quite las zapatillas y me tire en el sofá, cogí el teléfono y llame a Clara, quería saber de ella, y de Hugo.

—Hola Clara, ¿cómo estás?

—Hola cariño. Estoy muy bien, aunque te echo mucho de menos, tu compañía me hacía bien.

—Yo también os echo de menos a los dos, a ver si te animas y te vienes unos días aquí, conmigo.

—Y cuéntame hija, ¿cómo te va por esas tierras?, ¿te haces bien?

—¿La verdad?, he tenido mucha suerte, he conocido a Belén, y gracias a ella, he encontrado piso de momento y además somos vecinas.

—Me alegro mucho, hija, aunque me doliera que te fueras.

—Clara, dime algo y sé sincera. ¿Qué le pasa a Hugo conmigo?, no me llama, ni me contesta los mensajes.

—Hay mi niña, desde que te fuiste ha cambiado mucho, cuando viene a comer, hay días que se sube al cuarto y baja muy tristón, pero no me quiere contar nada, por lo demás, está bien, no te preocupes.

—Clara, he de contarte una cosa, pero por nada del mundo, Hugo lo tiene que saber.

—No me asustes hija, ¿qué es lo que pasa?

—Lo que pasa es que mi tío, no sé cómo, ha dado conmigo —la oí pegar un grito— Escúchame bien, no le vayas a decir nada, me llamó por teléfono, estoy pensando en cambiar de número, pero es que un día que salí con Belén, al salir del local me lo encontré.

—¿Pero te hizo algo? Cuéntame niña, que me estás poniendo nerviosa.

—Tranquila, no me hizo nada, un amigo de Belén me acompañó, no te preocupes. Bueno, tengo que dejarte, y piénsate lo de venirte unos días. Te quiero mucho, Clara.

—Yo también cielo, cuídate mucho hijo, muchos besos.

Cada vez que hablaba con ella terminaba llorando, se había portado conmigo como una madre, me había dado ese cariño que tanta falta me había hecho cuando era chica.

Sentí llegar a Belén y salí a saludarla, le conté lo bien que me había ido, y la invitación que me había hecho Dylan, para este miércoles. Me gustaba mucho la compañía de Dylan, me hacía sentir muy a gusto, y cada vez que pensaba en Dylan, Hugo venía a mi mente, tenía tantas ganas de verlo.

Me hice para comer una ensalada de pasta y me senté a ver alguna peli de esas que al final te hacían llorar, yo era de las que lloraba a moco tendido, como si fuera yo la que estuviera sufriendo, bueno, la verdad un poquito sí, porque, aunque estaba arropada por Belén, me sentía muy sola.

Esa tarde, salí a dar una vuelta por San Fernando, eso haría cada tarde para ir conociéndolo, me daba la sensación de que me seguían, pero me daba miedo mirar para atrás. Me paré en un escaparate y con disimulo miré hacia un lado, y allí estaba él.

No sabía qué hacer, me miraba riendo, y se tocaba sus partes, estaba empezando a ponerme nerviosa. Entre en la tienda, haciéndome la tonta puesto que era de ropa de hombre, estaba mirando en los percheros, cuando me di cuenta que para mi suerte, había otra puerta, cosa que

aproveché para salir de ahí a más de mil.

Es como si estuviera en un sueño, estar corriendo, pero no avanzar nada, eso me estaba pasando, cuanto más cerca estaba de casa, más trabajo me costaba llegar, pero llegué, vaya si llegué y cuando cerré la puerta, no me podía ni mover. Me senté en el suelo apoyada en la puerta a llorar cuando llamaron.

—Abre la puerta Almudena, tengo que hablar contigo.

—Vete de mi casa Pedro, o llamaré a la Policía. Déjame en paz. —no podía ni moverme de dónde estaba—

—Que abras te he dicho, tú y yo tenemos algo pendiente que terminar ¿Qué pensabas, que te ibas a librar de mí? Me vas a pagar los tres años que estuve en la cárcel por tu culpa, perra.

—Fue por la tuya, vete, no te lo digo más, llamaré a la Policía ahora mismo.

—No me voy a ir hasta que no me abras, ahora no tienes aquí a tu poli para que te defienda.

Hice como que hablaba con la Policía, y se fue, pero antes de irse me dijo que ya podía cuidar bien mis espaldas. Lloré como si no hubiera un mañana, sentada en el mismo sitio abrazada a mis rodillas, cuánta falta me hacía mi abuela, ella sí sabía cómo pararle los pies.

Me sobresalte cuando volví a escuchar el timbre de la puerta.

—Que te vayas Pedro, la Policía está en camino.

—Almudena, ábreme la puerta soy yo, Belén ¿Estás bien? —Me levanté y abrí la puerta.

—Chiquilla, pero, ¿qué te ha pasado? ¿Quién es Pedro? ¿No será...? —Y no siguió—

—Sí, era él. No sé cómo ha dado conmigo, pero anda vigilándome. Ay Belén, tengo mucho miedo.

—¿Has llamado a la Policía? ¿Te ha hecho algo?

—No, no te preocupes, que no me ha tocado.

—Pues ahora mismo vamos a la Policía. Lávate esa cara y vámonos, que para mañana ya es tarde.

—Pero, voy a empeorar las cosas, no sé ni dónde está.

—Almudena, da igual, pero no puedes vivir con miedo constantemente.

Íbamos camino de la Policía, cuando me sonó el teléfono, como no conozco el número, no lo cojo, pero Belén, me lo quita de las manos contestó y contesta. Era él, le dijo que íbamos de camino a comisaría y que se fuera preparando, que iba a tener los días contados.

—Buenas tardes —dijo Belén, al policía que había en la entrada—

—¿En qué puedo ayudarlas?

—Venimos a poner una denuncia por acoso.

El chico nos hizo pasar a un despacho, había un hombre algo mayor, parecía que estaba a punto de jubilarse, nos hizo tomar asiento y nos estuvo preguntando. Belén le contó todo, yo no podía hablar de los nervios, el pobre hombre me dio un vaso de agua y me pidió que me tranquilizara.

Como solo tenía su nombre y ese número de teléfono, llamó a la comisaría de Torrente, y allí le facilitaron todo el informe.

—Bueno señorita, no se preocupe usted que lo encontraremos, le aconsejo que tenga cuidado y que no ande sola por el momento.

Nos despedimos de él, y nos fuimos para casa, yo parecía un alma en pena, mirando de un sitio a otro.

—Chica, no puedes estar viviendo así —me dijo Belén, muy preocupada—, le diré a Marcos que mañana te acompañe al trabajo, o mejor aún, no vayas, yo hablare con Alfonso.

—No, no pienso molestaros y menos, dejar el trabajo, estaría bueno, el primer día y no ir más.

—Bueno, como quieras, pero al menos deja que Marcos te acompañe, así me quedaré más tranquila.

—Está bien, qué pesadita te pones... Que tengas buenas noches y gracias por todo, Belén.



## Capítulo 6

Pasó el martes, sin incidencia ninguna, mi mañana en el bar. Belén se pasó a la hora del desayuno, para ver que todo iba bien, le pedí que no comentará nada con Alfonso, por la tarde seguí con mi paseo y preparando mi día con Dylan, estaba ilusionada.

Me senté con mi vasito de Cola Cao y unas galletitas, a ver la televisión, tenía que hacer tiempo para irme a la cama, no me gustaba dormir pronto por las pesadillas.

**Dylan:** *buenas noches. ¿Preparada para pasar un buen día, mañana?*

**Almudena:** *no me lo perdería por nada del mundo, haciendo tiempo para dormir.*

**Dylan:** *pues que sepa señorita, que es tarde para andar despierta, ya hablaremos mañana de su insomnio. Que tengas una buena noche.*

**Almudena:** *sí papá, gracias, igualmente para ti.*

Me hizo sonreír, la verdad es que siempre me sacaba una sonrisa, y no podía estar más agradecida por ello. Apagué el televisor y me fui a dormir.

Me desperté temprano esa mañana, pero quería tener todo preparado para cuando Dylan me recogiera, y no tuviera que esperar.

Me puse, un bikini negro, un short blanco, con una camiseta caqui, unas sandalias, y ya estaba preparada para mi día de playa. Recibí un wasap de Dylan, diciendo que me esperaba abajo. Cogí mi bolsa, donde había metido una toalla y lista.

—Buenos días preciosa —me dio un beso en la mejilla— ¿Lista para pasarlo bien?

—Buenos días precioso, lista para pasar un buen día, en la mejor compañía.

—Creo que las hay mejores que yo, pero en este momento, seguro que no —y nos echamos a reír.

Nos montamos en el coche, mientras me iba contando que me llevaba a la playa de la Barrosa, y que me iba a encantar. Cuando aparcó el coche, nada más andar unos pasos, me quedé observando el mirador tan coqueto que había.

Fui para el mirador y me quedé embobada mirando al mar, que vista y que paz se respiraba.

—¿Vamos, o piensas quedarte ahí todo el día? —me preguntó con esa sonrisa que siempre me regalaba.

—¡¡Claro qué no!! ¿Cómo crees? Venga vamos, hombre impaciente —y soltamos una carcajada.

Nada más bajar, me encontré un chiringuito, me dijo que allí comeríamos, y nos colocamos a unos metros de él. Estábamos a primeros de junio y no es que hubiese mucha gente, pero se notaba ya el buen tiempo.

—Me sorprende que para el día que es este, haya gente.

—Bueno, lo que pasa es que son unos envidiosos, dije que venía hoy en buena compañía y mira.

—¡¡Dylan!! — me eché a reír— Creo que no soy tan buena compañía, pero gracias, al menos

me has hecho reír.

—Vaya, no sabía que era tan payaso, ya tengo otra profesión —me tuve que reír, sí o sí.

—Dylan, no quería decir eso, de verdad que no.

—¡Madre mía! Estaba bromeando mujer, quita esa cara, anda vamos a sentarnos que tú y yo, creo que tenemos algo de qué hablar —mi cara era un poema—. A ver, Almudena, cuando me fui de tu casa el viernes, te dije que para cualquier cosa me llamaras y no lo hiciste.

—Dylan, no quería molestar, tampoco te conozco tanto y tengo que aprender a resolver mis problemas sola, aunque no lo hice.

—Eso no tiene nada que ver, las personas se van conociendo tirando una de la otra cuando hace falta. Belén, me contó lo que te paso.

—No quiero hablar de eso, de verdad que no —le miré a los ojos y reflejaban tristeza.

—Debes hablar, no te digo conmigo, pero sí deberías de buscar ayuda. Me da pena no poder ayudarte, y más, si no dejas que lo haga.

—Perdóname Dylan, te prometo que la próxima vez lo haré.

—Pues venga, vamos a disfrutar del día.

Y eso hicimos, paseamos un rato por la playa, el agua no es que estuviera para bañarse, pero sí para mojarse los pies mientras caminabas.

Me estuvo contando su niñez, todas sus trastadas, de su trabajo, anécdotas... Madre mía, qué me hacía reír este hombre, tenía unas cosas...

—Almudena, ¿tengo monos en la cara, o cara de mono? —solté una carcajada, y es que llevaba un buen rato mirándolo—. Venga suéltalo ya Almudenita.

—Ni tienes monos en la cara, ni cara de mono, lo que pasa es que eres muy mono —nos echamos a reír—No, a ver cómo te lo digo...

—Pues abriendo la boca y soltándolo, en chino ni se te ocurra que no lo di en el colegio.

—Pues te miro, y aparte de que eres guapísimo... —Se puso a poner caras raras—Jo, déjame que siga que, si no, no diré nada. Me gusta mirarte a los ojos, porque hablan por ti, y me están diciendo en este momento: *a ver con que me suelta*. Jajaja.

—Muy aguda ¿Y qué más, lista?

—Dylan, que..., que suerte de aquella que robe tu corazoncito, será una mujer con suerte.

—¿Todo eso te dicen mis ojos?

—¡No! Me están diciendo que el último que llegue al chiringuito, paga —me levanté corriendo y no podía parar de reír.

—¡Serás bruja!

Que bien lo estaba pasando. Llegamos al chiringuito y no es que tuviéramos mucha hambre, aunque algo picoteamos, pero más bebimos, bueno bebí, que de no probar nada, a querer probarlos todo.

—Esta noche, cenas conmigo, y no acepto un no por respuesta.

—Pues nada, ya está todo dicho, esta noche ceno contigo. ¿Quiere algo más la señorita?

—Pues, de momento no, aunque...

—Aunque, ¿qué? Venga, dímelo, que te has puesto muy seria.

—Nada, era una tontería, olvídale.

—Almudenita...

—Dylansito, en serio no te preocupes, quédate que, si no es hoy, igual es otro día, no me hagas caso que la playa me confunde —soltó una carcajada, y meneó la cabeza.

Cuando volvimos a sentarnos en la playa, me quedé mirando al horizonte, eso no pasó desapercibido en Dylan.

—¿Pensando? Te has quedado muy callada.

—Pienso en la de cosas que me he perdido, una niñez normal, como la de cualquier niño, unos padres, una familia, quizás un todo.

—No te pongas así, piensa que hay mucha gente en tu misma situación, a unos les ira bien, y a otros por desgracia mal. Tú, por lo que me cuentas has sido feliz con la mujer que te crio.

—Es lo único bueno y bonito que he tenido, mi abuela Pepa. Cómo la echo de menos, cuanta falta me hace.

—Eh, eh, nada de llorar, y menos estar triste, ven que te voy a dar un abrazo de oso y nos vamos a ir, que tengo una invitación a cenar y no puedo faltar —y eso hizo, darme un abrazo enorme y con cariño.

El camino lo hicimos en silencio, de vez en cuando Dylan, me preguntaba si estaba bien, a lo que yo le respondía que sí, mentira. Que poco me gustaba engañar a la gente que de verdad se preocupaba por mí.

Al llegar a la puerta de mi casa, me encontré que la puerta estaba abierta.

—Almudena, ¿se te olvidó cerrar la puerta?

—No, recuerdo perfectamente que la dejé cerrada.

Cuando entramos a la casa, lo que vi me dejó perpleja. Todo estaba revuelto, cajones abiertos, papeles tirado por el suelo...

Yo ya me estaba imaginando quién había sido y me estaba entrando el pánico. Seguimos avanzando y entré en mi habitación, lo que vi me confirmó quien había sido, el cajón de mi ropa interior estaba abierto y lo que me encontré, me asqueó por completo.

Se había masturbado y había eyaculado encima de mi ropa interior, en la mesita de noche había una nota en la que ponía:

*La próxima vez será dentro de ti, no lo olvides.*

—Ahora mismo llamo a la Policía, esto no puede continuar así —me dijo Dylan.

Cuando llegó la Policía, me dijo que aún no habían dado con él, pero ya tenían todos sus datos, además, estaba en busca y captura por violación. No me extrañaba nada, qué se podía esperar de ese hombre.

Belén llegó con Marcos, me dijo que había visto salir a la Policía del edificio y se imaginó que era por mí. Me pregunto si estaba bien, y si podía hacer algo por mí. Limpiar, eso le dije. Me puse a lavar las sábanas y toda la ropa interior en silencio, no tenía ganas de hablar. Venía de pasar un día estupendo, a pasar por un calvario.

Marcos y Dylan, se pusieron a ordenar todo el salón, cada cosa en su sitio. Hubo un momento que me quedé parada en el marco de la puerta observando, los observaba cómo iban de un lado a otro, mientras pensaba cuánta suerte había tenido desde que llegué a San Fernando.

Habíamos terminado, la verdad que todo quedó en su sitio. Yo seguía sin abrir la boca y ellos lo entendieron. Belén y Marcos, se marcharon a su casa y me dijeron que, si necesitaba algo, que los llamara sin dudarlos. Los abrace con lágrimas en los ojos, dándoles las gracias.

—Dylan, no sé qué decir, esto me ha sobrepasado.

—Yo sí sé que decir, que vamos a recoger tus cosas y nos vamos a mi casa.

—Dylan, no puedo estar saliendo de la casa cada vez que me pase algo, —se cruzó de brazos y me miró—, además, tengo un invitado a cenar, y pienso hacer esa cena.

—Vaya, pues entonces me voy a tener que ir, no quiero que llegue tu invitado y me encuentre aquí —me cogió de las manos y me dio un abrazo, era lo que necesitaba.

—Siempre sabes cómo sacarme una sonrisa, te lo agradezco en el alma.

—Nada que agradecer ¿Qué te parece si pedimos unas pizzas, y dejamos la cocina para otro día?

—Me parece genial, pero yo pago, que eres mi invitado y no acepto un no por respuesta, que lo sepas.

—Vale, no voy a discutir contigo.

Cuando llamaron a la puerta me sobresalté, me toco el hombro pidiéndome que me tranquilizara, recogió las pizzas y nos sentamos en el salón a comer. Estuvimos hablando de lo que había pasado y me dijo que no me preocupara, que todo iba a salir bien.

—Almudena, sé que me voy a meter donde no me llaman...

—Dylan, ¿en serio me dices eso? Tú te puedes meter donde quieras, después de todo lo que estás haciendo por mí.

—Pues muchas gracias. Creo que deberías llamar a Hugo y contarle.

—Mira Dylan, no voy a llamar a una persona que se olvidó que existo, y que solo sé de él, por su madre.

—Mujer, seguro que todo tiene una explicación, no te atormentes con eso.

—Definitivamente no lo pienso llamar, y fin de la conversación. ¿Te quedas a dormir? —Su cara era un poema— Oye, no seas bobo y no pienses mal, solo necesito que te quedes esta noche conmigo.

—Pero tendría que irme muy temprano, mañana trabajo.

—No me importa, pero lo necesito, no quiero estar sola esta noche.

—Vale, pero si me quedo es con la condición de que vayas a hablar con un especialista, así no puedes seguir.

—Está bien, te lo prometo. Pues ale, vamos a dormir.

—¿Dónde está mi cuarto, o me toca el sofá?

—No, te vienes a mi cama, no quiero dormir sola, ya te lo dije —bueno, su cara era tal, que me tuve que echar a reír—Joder, Dylan, tu cara ahora mismo es un poema, jajaja. No seas mal pensado, que solo quiero compañía.

—Vaya, ya me estaba haciendo ilusiones —y soltó una carcajada.

—Nada, solo me tienes que abrazar.

Y eso hizo, abrazarme. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien, no me desperté hasta que sonó el despertador.



## Capítulo 7

Habían pasado ya seis meses desde que me fui de Torrente, mi vida había ido a mejor, tenía unos amigos estupendos, de esos amigos que están para todo y nunca me dejaban sola.

Seguía sin saber de Hugo, bueno, entre comilla, Clara me contaba de él, pero él no contestaba mis mensajes, hasta que un día me harté y no le volví a escribir, pero seguía queriéndolo un montón. La amistad con Dylan fue creciendo, siempre que podía venía a buscarme para salir, o simplemente traía comida y venía a mi casa.

Seguía en mi trabajo y me iba muy bien, Alfonso me trataba como a una hija y siempre me decía que estaba para lo que me hiciera falta.

Faltaban tres semanas para Navidades, unas fechas que, a mí, particularmente no me gustaban, pero me encantaba ver a la gente con los preparativos, ir de un sitio a otro cargado de bolsas, y a veces me daban ganas de comprar un árbol y adornarlo, como todo el mundo hacía.

Mi tío no había vuelto a dar señales de vida, eso me hacía sentir aliviada, pero siempre alerta. Decidí después de mucho tiempo ir a un psicólogo. Rubén, era joven y te hablaba de una manera que te hacía sentir bien.

Llevaba dos meses yendo a ver a Aitor, y un mes sin pesadillas, íbamos avanzando a buen ritmo, yo estaba feliz y mis amigos compartían esa felicidad conmigo.

Comenzaba una semana nueva, una semana no solo de mucho trabajo, pues por las fechas se notaba, había días que terminaba cansada, pero siempre con una sonrisa en la cara.

—¡¡Buenos días!! ¿Cómo está el jefe más guapo de toda Andalucía? —le dije a Alfonso y le di un beso.

—Madre mía, sobre todo eso hija, el más guapo, aunque a mis años, se agradece.

—Pero bueno, ni que fueras un carcamal, ya quisieran muchos de sesenta estar como tú, una novia te vamos a buscar, verás cómo te ves más joven aún.

—Hija que yo desde que murió mi Aurora, no ha habido más mujer en mi vida, y ya no creo que la haya.

—Paparruchas, verás como este próximo año, te enamoras como un quinceañero —soltó una carcajada.

—Que Dios te oiga niña —me dijo Manu—. Vamos, que yo voy donde sea a por ella, este hombre ya lleva mucho tiempo solo.

—¿Qué pasa, que estáis los dos chistosos hoy? Vamos a trabajar y dejaros de tonterías.

—Ya vamos jefe —dijimos los dos a la vez y soltando una carcajada.

—Buenos días —escuche a mi espalda y el corazón se me paro— ¿Hay un buen café para esta mujer?

—¡¡ Clara!! —No pude evitar ponerme a llorar, solté la bandeja y me fui hacia ella—. Pero, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Cómo estás?, —le pregunté, abrazándome a ella y llorando.

—Almudena hija, no llores, mira que me vas hacer llorar a mí, he venido a verte y a quedarme unos días.

—¿De verdad me lo dices?

—Claro cielo, ¿alguna vez te he mentado?

—Claro que no. Ven, siéntate, que te voy a poner un señor desayuno —detrás de mí sentí un carraspeo.

—Perdona, Alfonso. Mira, ella es Clara, la mejor madre que una puede tener. Clara, él es Alfonso, mi jefe y el padre que siempre quise— se saludaron y me di cuenta de cómo se miraban.

—Almudena —me llamó Manu— ¿Te has dado cuenta cómo se han mirado?

—Jajaja, eso mismo estaba pensando yo, aquí hay tomate Manu, acuérdate de lo que te digo —soltamos una carcajada.

Seguimos sirviendo desayunos. De vez en cuando me acercaba a Clara, para darle un abrazo y un beso y Alfonso, también se acercaba a ella. No le pregunté por Hugo y ella tampoco me dijo nada, me imagino que ya hablaríamos de él.

Cuando acabó mi turno le pregunté por sus maletas, me contestó que estaban en el hotel, la cogí de la mano y le dije que de hotel nada, que se venía a mi casa y no había nada que discutir, y allá que fuimos por ellas.

—Hija, pero que piso más bonito tienes —me dijo nada más entrar en él.

—La verdad es que sí, Clara, no sabes la suerte que he tenido. Ven que te lo enseño y ponemos las maletas en tu cuarto.

—¿Cariño, no me vas a preguntar por mi hijo? Sé que estás deseando saber de él, me lo dicen tus ojos, a mí no me engañas.

—Claro que quiero saber de él, pero solo si está bien, lo demás no me interesa, puesto que él, no se ha interesado por saber de mí.

—Mira, sé que no ha estado haciendo las cosas bien, pero siempre me ha preguntado por ti, y por cómo te iban las cosas.

—Dime una cosa ¿Hay alguien en su vida? —Se me quedó mirando con cara de pena— puedes decírmelo, no pasa nada.

—Sé que algo tiene, pero no es nada serio. Tenéis que hablar.

No le dije nada más, la ayude a guardar sus cosas, me dijo que quizás un día de esto me daba una sorpresa, pero que hasta que no supiera que salía bien no me diría nada.

Preparamos algo de comer, una sopita de pescado que tenía hecha del día de ayer y unas croquetas, estuvimos hablando de que había que planear las Navidades, ya que me dijo que se quedaría a pasarlas conmigo.

Que bien me sentía, miraba a esa mujer, y en ella veía tanta dulzura y tanto amor, que cuando pensaba que había perdido una hija, se me partía el alma.

Los días siguientes, nos dedicamos a ir a comprar un árbol de Navidad, decía que una casa sin árbol en esas fechas, no era una casa. Y es hicimos, fuimos al centro comercial el día que libraba, y compramos de todo. Clara parecía una niña pequeña, me decía que, aunque para ella eran fechas muy tristes, le gustaba la Navidad.

Llegamos cargadas de bolsas, ya que esa mujer había comprado cosas para adornar dos casas. Nos encontramos con Belén y Marcos, los estuve presentando y quedamos en ir a su casa a cenar.

—Qué majos son tus amigos, se ven buena gente.

—Sí que lo son, estoy segura que la abuela Pepa, los puso en mi camino, pero espérate que conozcas a Dylan, ese te va a gustar mucho más.

—¿Tienes algo con él?, te brillan los ojos cuando lo nombras.

—Es muy buen amigo, el mejor, créeme. No te imaginas lo que me cuida, pero tú sabes que mi corazón me lo robo tu hijo.

—Lo sé, y me duele cómo se está portando contigo. Aunque sea mi hijo, las cosas no las está

haciendo nada bien.

—Bueno, Clara ¿Qué te parece Alfonso? Déjame decirte que cuando estáis juntos saltan chispas.

—Déjate de chispas muchacha, yo ya no tengo edad para amoríos, además, yo me voy a ir y él, se quedará aquí.

—Quién sabe, igual le deja el bar a Manu, y se va contigo, mira que se le van los ojitos detrás de ti.

—Anda loca, calla ya y vamos a ir poniendo el árbol.

Nos quedó precioso, la verdad es que esta mujer lo adornó con mucho gusto, no estaba sobrecargado, pero lucía bonito en el salón. Nos fuimos a cenar a casa de Belén y Marcos, ella nos abrió la puerta y nos dijo que tiráramos para la cocina.

—Pero bueno, que dos bellezones acaban de llegar —soltó Dylan, que no sabía ni qué estaba allí—. Almudenita, ¿me tengo que presentar yo, o me la presentas tú?

—Dylan, ella es Clara. Clara él es Dylan.

—Un placer Clara, ya tenía ganas de conocerla, me han hablado muy bien de usted.

—Igualmente, pero, por favor, tutéame, que eso de “usted” me hace sentir muy mayor.

—Qué mayor ni nada, pero con gusto la tuteo. ¿Una copa de vino, Clara?

—Bueno hijo, pero no me la llenes mucho que no soy de beber.

—Eso lo he escuchado yo antes, y ahora se bebe hasta el agua de los floreros —lo mire con una cara enfadada, que le causó una carcajada.

—Si vamos, ni que estuviera todo el día bebiendo, exagerado eres un rato “jodío”, pero que yo también quiero una copita —nos echamos todos a reír.

La cena estuvo muy bien, Belén hizo una merluza al cava que estaba de muerte. No me dejaron abrir la boca, ni Belén ni Dylan, ahí estaban los dos contándole todo a Clara. Dylan decía que me tenían entre algodones, la otra que sí estaba celosa porque hasta Marcos, me cuidaba a mí, más que a ella. Ahí nos tuvimos que reír porque lo dijo toda seria.

Nos despedimos de ellos y fuimos a casa, Clara me dijo que mientras yo me duchaba iba a llamar a Hugo, cuando lo nombró me entro la pena. Cuánto lo quería, moría de ganas por abrazarlo, echaba de menos sentir su corazón cuando me estrechaba entre sus brazos.

No le pregunté por él, ni ella me dijo nada, pero sé que la pena la mataba, es cierto que él era su hijo, pero yo era como una hija para ella. Fuimos a acostarnos, ya era muy tarde y yo trabajaba temprano.



## Capítulo 8

Sonó el despertador y empezó un nuevo día, pero he de decir que desperté mucho más contenta, puesto que tenía a Clara conmigo. Me duché y cuando fui a la cocina, ya estaba esa mujer preparando el desayuno.

—Buenos días Clara, has madrugado mucho —le di un abrazo y un beso. Qué bueno levantarse y tener a quien besar.

—Buenos días hija, ya sabes que yo suelo madrugar, la cama no está hecha para mí. Venga, siéntate y tómate el desayuno.

—Me vas a malcriar y no te dejaré marchar de aquí, que lo sepas.

—Quién sabe, igual un día de estos te llevas una sorpresa.

—¿Qué me quieres decir con eso? Mira que yo no soy de esperar a que me den las sorpresas, soy una persona muy impaciente, Clara. Oye, me gustaría que después fueras a tomar un cafecito.

—Bueno ya veremos, tengo cosas que hacer, si me da lugar, iré, —arqueé una ceja— No seas impaciente que no pienso decir ni, mu.

—Vaya tela, menos mal que no estoy embarazada si no, saldría el niño con cara de asombro.

—Hija, sé que es una pregunta difícil, pero me gustaría saber si tú ya... Ya me entiendes...

—No Clara, de un hombre de momento lo que puedo aspirar es a un abrazo y como mucho un beso en la mejilla, es con un abrazo y hay veces que me pongo muy tensa. Creo que me quedaré para vestir santos, tenía las esperanzas puestas en alguien, pero ese alguien se olvidó de mí.

—No sé qué decirte mi niña.

—Nada, no tienes que decir nada, y dame un beso que me voy. Que pases una buena mañana.

No la deje ni contestar, salí por la puerta con ese nudo que se me formaba cada vez que pensaba en él. Tenía que cambiar, olvidarme de él, pero mi corazón me decía que no y mi cabeza tampoco quería.

Algunas veces me ponía a pensar, ¿qué habría pasado si me hubiese quedado? Esa pregunta, revoloteaba una y otra vez en mi cabeza, vine a olvidar el pasado, y el pasado me encontró, pero he de reconocer que mi vida estaba cambiando a mejor.

—¡A los buenos días! Preparada para un nuevo día —así entre esa mañana a trabajar.

—Buenos días guapa —me contestó Manu—. Almudena, mi padre no deja de hablar de Clara, nunca le había visto así.

—Te dije que entre esos dos había tomate, a Clara tampoco le pasó desapercibido. A estos dos los emparejamos, ya verás —y soltamos una carcajada.

—A ver, ¿quién me cuenta el chiste? —preguntó Alfonso—. Dejaros de cháchara y poneros a trabajar, mucha confianza es esta ya.

—Bueno, bueno, cómo está el jefe hoy, Manu. Yo me voy, tú te las entiendes con él.

Los dejé a los dos riéndose y me puse a servir las mesas, normalmente eran clientes fijos, pero se notaba que la gente andaba de vacaciones y volvían a pasarlas con las familias, había muchas caras desconocidas.

Llamé a Clara, para que no me esperara a comer, comería algo en el bar y después quería ir a comprar los regalos para toda esa gente que tanto me había arropado, y tanto cariño me habían dado.

Estaba claro que lo mío no era ir de compras, y menos, sola, me estaba mareando y tan solo les había comprado los regalos a Clara y a Alfonso. Que cruz llevaba a cuesta con los de las compras.

—Vaya, vaya, se salió el maniquí del escaparate —me tuve que reír, lo de Dylan no tenía nombre, siempre sabía hacerme reír.

—¡Mi salvador qué bien! Estaba mirando el escaparate porque estoy ya hasta el... de estar dando vueltas.

—Pues ya estoy yo aquí para salvarte de un día de compras sola y aburrida, pero antes, vamos a tomarnos un café, que lo necesito.

—Bueno, venga, que presiento que no has tenido un buen día, tu cara te delata.

—Mientras no me delate cuando estoy estreñado, no vamos mal —nos echamos a reír.

Me estuvo contando un poquito de su mal día, decía que tampoco me iba a aburrir con lo suyo. Estar con él, era pura paz, me encantaba esa tranquilidad que me daba, que pena que Hugo estuviera en mi cabeza, pues sería muy fácil enamorarse de él.

De vuelta a las compras me dijo que, a Belén, le regalara ropa, que no le fuera con nada de lo demás, pues era capaz de tirármelo a la cabeza, no me podía reír más. La tarde se me pasó volando, había comprado todos los regalos menos el suyo, como era lógico no lo iba a comprar delante de él.

Me acompañó a casa y en el camino me dijo que, en Nochebuena, cenaba con la familia, para Nochevieja aun no sabía, pero seguro que lo pasábamos juntos.

Me quedé sorprendida por esas palabras, pero si él lo decía, seguro que sería así. Nos despedimos en la puerta con un beso y un, ya nos veremos.

—¡Clara, ya llegué! —Qué raro, no contestaba. Fui a su cuarto y no estaba.

Pues nada, me puse a guardar las compras, ponerme cómoda y tirarme un rato en el sofá, ya que estaba reventada, la verdad sea dicha. Cogí el móvil y me puse a bichear los estados, mira que somos cotillas, que nos gusta mirar.

Con la boca abierta, así me quedé cuando vi el estado de Hugo con una rubia. Estaban muy acaramelados y ponía una frase que decía: “*viviendo otra vez*”. Me acababa de romper el alma, ya sí que lo tenía todo perdido con él.

### **Almudena:**

*Me alegra que al menos alguien pueda vivir de nuevo, te deseo lo mejor.*

En ese momento, no lo dude, bloqueé su número y lo elimine, lo sentía por Clara, pero no quería volver a saber nada de él.

Estaba llorando cuando Clara llegó, la pobre se asustó pensando que me había ocurrido algo. Le conté lo que me pasaba y muy apenada, me contó que ella lo sabía, que le pidió muchas veces que me llamara y me lo contara, pero le dijo que nunca había habido nada entre nosotros, y no me tenía nada que contar.

—Almudena hija, no llores. Perdóname, yo quería decírtelo, pero no sabía cómo hacerlo, no quería que llegaras a esto.

—Clara, te voy a pedir un favor muy especial, te quiero mucho y no me gustaría perderte, pero, por favor, no me hables de tu hijo, no quiero volver a saber nada de él, sé que es muy duro para ti, pero te lo pido por favor.

—No te preocupes mi niña, no lo haré, pero no quiero que estés mal ni por mi hijo ni por

nadie. Anda ven, dame un abrazo y vamos a cenar algo.

—El abrazo te lo doy, pero no me apetece cenar, me voy a la cama, buenas noches, Clara.

Allí dejé a esa buena mujer con la palabra en la boca, sé que no era fácil, verla a ella también me recordaría a él, pero por nada del mundo quería que se alejara de mí.

No sé el tiempo que estuve llorando, ni cuando conseguí quedarme dormida, lo único que sé, es que estaba hecha una mierda, me dolía la cabeza y no me daba la vida para levantarme de la cama. Llamé al trabajo y dije que no me encontraba bien, que me dieran unos días. Alfonso no se negó, me dijo que los días que hicieran falta, pero que me cuidara.

Clara, ya no sabía qué hacer para que me levantara de la cama, llevaba tres días, tres días sin apenas comer y sin salir de mi cuarto, la veía triste, me traía la comida y se sentaba conmigo un rato.

Faltaba un día para Nochebuena, menos mal que Belén y Marcos, se habían ido días antes, así no les estropearía nada. Oí que llamaron a la puerta, pero como el que escucha llover, yo no pensaba levantarme.

—¡Pero bueno! ¿Se puede saber, qué haces tirada en esa cama? ¿Acaso se ha acabado el mundo y yo no me he enterado? ¿Y cómo es eso de que no vas a trabajar?

—¡Dylan, para! Madre mía, tanta preguntadera chico. A tu primera pregunta, te diré que me apetece estar en la cama. A tu segunda pregunta, para mí, sí se ha acabado el mundo, y a tu tercera pregunta, estoy enferma.

—Almudena, no seas cínica conmigo, Clara ya me ha contado lo que ha pasado, y te digo algo, por esa razón no se termina ni el mundo, ni tu vida, él se lo pierde. Mírate, pareces una zombi, levántate ahora mismo de esa cama, ventila el cuarto y dúchate.

—No me apetece, ni lo uno, ni lo otro.

—Pues una cosa te digo: o te levantas y te das una ducha, o te levanto y te doy una ducha, tú eliges.

—No serás capaz de hacer eso.

—Almudanita, no me pongas a prueba, es más, no me hagas enfadar.

Madre mía, la que me estaba montando. Clara, estaba en la puerta con lágrimas en los ojos, esa imagen me dolió mucho.

No me quedó otra, Dylan echó toda la ropa para atrás y me sacó de la cama, me llevó al cuarto baño, y muy serio me dijo: o lo haces tú, o lo hago yo.

Según me iba desnudando mis lágrimas bañaban mi cara, no podía dejar de pensar en él, de los momentos que pasamos juntos, esa sonrisa que me dejaba tonta, y me enamoraba aún más.

Media hora estuve bajo la ducha, la verdad es que lo necesitaba. Clara llamó a la puerta preguntándome, si estaba bien, me imagino que sería por el tiempo que llevaba dentro. Cuando me miré al espejo me quedé con la boca abierta, no solamente estaba pálida, si no que tenía unas ojeras que en mis peores momentos tuve.

—Menos mal, ya pensaba que tendría que entrar a socorrerte —me dijo Dylan.

—Muy gracioso, ya ves que no, se salir yo solita.

—Ya lo veo, pues en lo demás también, no estás sola, y estás siendo egoísta con la gente que te quiere —me señaló con un dedo—¿No te das cuenta que esa mujer está sufriendo por ti?

—Dylan, no me riñas, ¿acaso crees que no soy consciente de ello? Sé que le estoy haciendo daño, no solo yo, su hijo también, pero no lo puedo evitar.

—Mañana es Nochebuena, sabes que tengo cena en familia, pero después vendré a pasar un rato con vosotras.

—No te preocupes, es un día más, y así lo pasaremos, pero te prometo que tendré mejores ánimos.

—Dylan hijo, ¿quieres cenar con nosotras? He hecho croquetas.

—Clara no quiero molestar, aunque, ¿quién dice que no a unas croquetas? —y por primera vez me tuve que reír.



## Capítulo 9

Un nuevo día comenzaba, Nochebuena, día de cena familiar. Me levanté sin ganas de nada, la verdad, pero me prometí a mí misma que intentaría estar mejor por Clara.

Clara, que mujer más buena, había estado pendiente de mí desde que me conoció y no se merecía que yo estuviera pensando solo en mí, estaba decidida a hacerle el día un poco más ameno.

—Clara, buenos días ¿Qué te parece si cuando desayunemos, nos vamos a la calle?

—Buenos días hija, pues mira, es muy buena idea, me queda que comprar algún que otro regalo y aún no hemos decidido qué cenar esta noche.

—Da igual, la cena la compraremos hecha, total, solo somos dos y no nos vamos a meter en la cocina, y ya de paso, la comida de mañana.

—Mujer, pero si solo somos dos, y ya guiso todos los días.

—Pues por eso, para dos monigotes, hoy no se cocina, decidido ¡A desayunar!

Y eso hicimos, desayunar, vestirnos, e irnos a la calle. Verla con esa sonrisa, ya me daba por satisfecha.

Anduvimos de aquí para allá, y de tienda en tienda, a Clara todo le parecía bien, tanto que si la dejaba lo compraba todo, me sorprendió cuando me dijo de comprarle algo a Alfonso.

—Vaya, vaya Clarita, así que, regalito para Alfonso. Qué bonito es el amor. Si ya lo decía yo, aquí hay tomate.

—No me hagas reír, sabes que no es amor, es amistad, no me veo yo paseando un romance a mi edad.

—Mira, qué edad “ni na”, si se ve a leguas como os miráis, y yo me alegraría mucho por ti, es muy bonito estar acompañada.

—Yo ya lo estoy contigo, qué mejor compañía.

—Sabes que yo no siempre estaré sola, bueno, eso creo yo, pero vamos, lo esté o no, no es lo mismo.

Ya no dije nada más, para que no notara que me había puesto seria. La cogí de la mano y entramos en una zapatería, le dije de comprarme unas botas. Tonta no era, lo sé, pero quería quitar hierro al asunto, y sin quererlo, al final salimos las dos con dos bolsas, y botas incluidas.

Al llegar al centro comercial, se notaban las compras de última hora, la gente iba y venía a toda prisa. Si ya lo decía mi abuela, que las compras a última hora no son buenas y al final, compras por comprar.

—Mira Almudena, te gusta esta cartera para Alfonso, —me enseñó uno de los escaparates.

—Es muy bonita ¿Quieres que entremos a mirar? —Y eso hicimos, le compró la cartera y un bolígrafo precioso.

—No puedo con mis pies niña, vamos a sentarnos un rato.

—Ya que estamos, comeremos por aquí, no tengo ganas de meterme en la casa.

—Almu, tengo que decirte una cosa y no sé cómo hacerlo —miedo me daba saberlo, sabía que era sobre Hugo.

—Venga di lo que tengas que decir mujer, sé que es de tu hijo, y es normal, no te preocupes por mí.

—Veras, Hugo me ha pedido venir aquí para Nochevieja, pero...

—Pero nada Clara, dile que venga, por mí no te preocupes, y si tiene que traer a su noviecita, pues también.

Como una patada en el culo me había sentado. Es cierto que tenía muchas ganas de verlo, pero en compañía de otra, ya me apetecía menos. No iba a ir, pero eso no se lo podía decir a Clara, ya lo haría en su momento.

Nos fuimos a comer donde Alfonso, la verdad es que se me había quitado el hambre, pero haría de tripas corazón, no me quedaba otra, me partía el alma ver a esa mujer tristonca y todo por mi culpa.

—Venga Clara, cambia esa cara, que te va a ver Alfonso muy fea, yo estoy bien, de verdad que sí.

—Hija no sé qué decirte de verdad, me tenéis los dos en un sin vivir, si pudiera os daba una somanta de palos a los dos.

—¿A quién vas a hartar de palos? —preguntó Alfonso y las dos nos tuvimos que echar a reír.

—A ti por curioso —le respondí—. Venga, deléitanos con tu plato del día y, ya de paso, del menú de tu cena, nos das dos raciones que hoy no cocinamos.

—¡Almudena! ¿No hemos dicho de comprarla? ¿Cómo le vamos a pedir a Alfonso su cena?

—No te preocupes mujer, que con mucho gusto os doy la cena para la noche.

—Pues no se hable más, y ahora, tráeme esa lasaña tan rica que tienes para mí.

—Almudena, tú no eras así de descarada, hija.

—Era, tú lo has dicho, y a partir de ahora, lo seré más, ya me cansé de ser la niña buena y tonta, bueno, solo cambiaré lo de tonta.

Me puse como el “Kiko” con la lasaña, que rica le salía a ese hombre, estaba que reventaba, pero el tiramisú que nos trajo no lo dejaba en el plato ni muerta. Clara me estuvo contando muy emocionada que no veía la hora de darme mañana una buena noticia, que estaba segura que me iba a gustar.

Al llegar a casa, guardamos todas las cosas y nos sentamos en el sofá, bueno, mejor dicho, nos tiramos, estábamos muertas. Nos pusimos a ver la tele y me entró un wasap de Dylan.

**Dylan:** *¿preparando la cena?*

**Almudena:** *no, la preparó Alfonso, solo tengo que hacer las ganas de comerla.*

**Dylan:** *menuda floja estas hecha, vamos, capaz de que llegue alguien y decir que la has hecho tú.*

**Almudena:** *jajaja, no hombre, hubiera pringado, pero hoy no tenía ganas de cocinar, necesito contarte algo, lo tengo que escupir.*

**Dylan:** *miedo me estás dando, pero venga, escúpelo ya.*

Le estuve contando que Hugo venía, y seguramente lo hiciera con su amiga, me dijo que estuviera tranquila, que antes o después lo tendría que ver, otra cosa que tenía que superar.

Que fácil se ve todo desde fuera, pero que difícil es desde dentro ¿Porque me tuve que enamorar de él? Al principio pensaba que lo que sentía por él, solo era cariño, pero me fui dando cuenta que las mariposas revoloteaban en mi estomago cuando estaba con él.

Preparamos la mesa para cenar, había puesto a enfriar un vinito blanco para acompañar esas doradas que Alfonso, nos preparó con unos entremeses. Entrando en la cocina escuche a Clara

hablar por teléfono, no hacía falta saber con quién era, pues era el único que la llamaba de noche.

—Clarita, no me llores, mira que en unos días lo tienes aquí contigo.

—Ya lo sé hija, pero se me hace raro, no tenerlo con nosotras.

—Y a mí también, pero bueno, como te digo, tú lo tendrás en unos días y disfrutaras de él. Venga, vamos a cenar y a emborracharnos —la pobre no tuvo más remedio que reírse.

Que tristeza me daban las Navidades, estaba deseando que se acabaran y, claro, aunque estés a gusto con la persona que te acompaña, no deja de ser triste.

—Almudena, ¿vas a salir, después de cenar?

—¿Y dejarte aquí sola? No, no voy a salir, además mi abuela Pepa decía que el día de Nochebuena, era para estar con la familia, y aunque no lo fuera, yo a ti no te dejo sola por nada del mundo —y le di un abrazo enorme.

—Chiquilla, eres joven y a mí no me importa quedarme sola.

—Pero a mí, sí. Venga, ahora nos echamos unas copichuelas y jugamos a ver quién se emborracha antes.

—Pues yo, o crees que bebo todos los días, eso cuando era más joven, ya una no puede beber.

—Mira, pero si me salió borrachilla de joven. Anda ven, cuéntame ¿Te gusta Alfonso, a que sí?

—Pero hija, qué cosas tienes, es un hombre muy agradable y atento, pero ya está.

—Sí claro, y ahora me dirás que Roma se hizo en dos días, pues para no gustarte, tus ojos te delatan, vamos, que mirarte hace daño de lo que brillan.

—Bueno, me has pillado un poquito, sí, Almudena ¿Nos damos los regalos ya?, para qué vamos a esperar a mañana.

—Pues eso digo yo, venga, vamos al lío.

Fuimos las dos hacia el árbol y cogimos los que tenían nuestros nombres, parecíamos niñas pequeñas rompiendo el papel, muertas de la risa. Clara no sabía que decir cuando vio el bolso que le compré, con una cartera a juego y un pañuelo.

Ella me había comprado un pijama de cuadros y una pulsera con tres abalorios, eran las letras, A, C, y H. No dije nada, pero las lágrimas corrían por mis mejillas.

—Muchas gracias Clara, me gusta muchísimo, y el pijama también.

—No me llores, no sabía si quitar la H, eso ya lo dejo a tu elección, pero cuando la compré no pensé en esta situación.

—Ven, dame un abrazo, no la voy a quitar y me la pondré todos los días, es tu regalo y no hay más que hablar. Te quiero mucho Clara, eres la mejor madre del mundo.

—Yo también te quiero mi niña, todos los días le doy gracias a Dios, por ponerte en mi camino, para mi eres una hija más, y gracias por tus regalos.

—¿Nos emborrachamos ya? —la pobre se reía meneando la cabeza.

—No loca, aún hay más. Ven, no te lo he querido decir antes y mira que me ha costado mucho, menos mal que te ibas a trabajar —la miré poniendo los ojos como platos— Veras, he vendido mi casa y me he comprado una aquí.

—¿De verdad? Pero, ¿dónde? Y, ¿por qué no me habías dicho nada?

—Vamos por parte. Era una sorpresa, te echaba mucho de menos, lo hablé con Hugo y me dijo que, adelante, que él podría pedir el traslado si se decidiera a venir.

—No lo hará, él tiene su vida allí.

—Las cosas a veces no son lo que parecen, debéis hablar, lo necesitáis, los dos lo habéis pasado mal, pero lo que te quería decir, es que dejaras este piso y te mudaras conmigo.

—Clara, no te lo tomes a mal, pero la verdad es que le he cogido el gustillo a vivir sola, además, si me voy a vivir contigo, tendría que aguantar el tonto entre Alfonso y tú, jajaja.

—Qué tonta eres hija, me quedan días muy duros, en esta semana me traen los muebles, y tengo mucha tarea.

—Tú, por eso no te preocupes, que arreglamos la casa en un pis pas.



## Capítulo 10

Los días pasaban, entre todos ayudamos a Clara a colocar las cosas en su nueva casa, era chiquita, pero ella decía que no le hacía falta más. Tenía dos dormitorios, dos cuartos de baños, salón y cocina juntos y lo que más le gustaba era ese patio que la haría disfrutar.

Cada día que pasaba estaba más nerviosa, la llegada de Hugo se acercaba, y no tenía idea de si vendría solo o acompañado, pero me moría por verlo, los que sí habían llegado fueron Belén y Marcos.

El día antes de Nochevieja quedamos para tomar algo los cuatros, estuve contándoles a ellos dos lo que me había pasado con Hugo, Dylan ya lo sabía, la verdad que era un gran apoyo para mí.

—Almudena, ¿tienes el vestido?, —me pregunto Belén.

—No, ya me pondré cualquier cosa.

—¿La estáis oyendo?, cualquier cosa dice —los chicos se reían—. De eso nada monina, tú te vas a comprar un vestido con el que se te vean todas tus curvas, lo tienes que impresionar, además, irás de la mano de Dylan.

—Claro, para que me lleve yo la hostia, ¿no?

—Dylan que hostia “ni na”, tú la llevas de la mano, y si él está cuándo lleguéis, la aprietas contra ti, a ese le hacemos que se muera de celos.

—A ver, no voy hacer nada de eso, ni a meter a Dylan en mis problemas, ya ha hecho más de lo que debe por mí.

—Almudenita, no me importa, estaba bromeando. Seré tu acompañante, y no vuelvas a decir que ya he hecho mucho por ti, porque lo seguiré haciendo.

—Pues listo, señores, aquí se quedan, que nosotras nos vamos de compras.

Nada, que no había manera. Me cogió de la mano y fuimos en busca del vestido, como si con vaqueros no fuera bien. Me metió en una tienda y se lio a coger vestidos de un perchero ¿Qué pretendía, que me probara toda la tienda?

—Belén, no me voy a probar todo eso, solo necesito un vestido.

—Ya lo sé pesada, pero no cualquier vestido, uno que lo deje muerto, eso te lo garantizo.

—Qué pesadita estas. Venga, vamos a probarme alguno y no cojas más.

Los tres primeros no me gustaban, demasiadas lentejuelas, eso no era lo mío, pero el siguiente me enamoró nada más verlo. Era azul marino, de tubo, con mangas al hueco, debajo llevaba como espigas blancas me encantó.

—Este, Belén, no me pruebo ninguno más, vamos por unos zapatos y listo.

—Joder, Almudena, con lo que me gusta a mí probarme, aunque mira, estoy de acuerdo contigo, este te queda genial, pero hazme caso, cógelo en negro y ahora una chaqueta roja, zapatos rojos y una cartera negra —madre mía, se pensaba que iba a una boda la tía.

—Vale cansina, pero esto no cambia nada, y no me ha gustado nada que le hayas impuesto a Dylan que me acompañe, se ir solita.

—No seas tonta, si él está encantado, no ves que es feliz ayudando a los demás.

—¿Crees qué no lo es? Es el mejor amigo que una mujer pueda tener, si no fuera por el cretino de Hugo, me enamoraría de él —y nos echamos a reír.

—Anda trasto, vámonos que hay que ir mirando el peinado que te voy a hacer.

Cuando terminamos de comprar todo lo necesario, nos fuimos para casa, estaba loca esta mujer, ya quería experimentar con mis pelos, pero por ahí sí que no pasaba, estaría bonito, ya me había dejado convencer demasiado.

Dicen que cuando algo deja de preocuparte no te tienes que relajar, pues eso me paso a mí, que hacía meses que no sabía nada de Pedro, pero claro, eso era ya mucha suerte para mí, ahí estaba en una esquina con su sonrisa asquerosa.

Belén me apretó tanto de la mano, que pensé que me la rompía. La verdad es que yo estaba tranquila, ya no sentía el miedo, ni la falta de aire. Seguí caminando como si no pasara nada, para algo me estaban sirviendo las sesiones con Aitor.

—Pero mira a quién tenemos aquí, la virgencita de Almudena, y cada día más guapa, —y me cortó el paso.

—Ni sueñes que voy a salir corriendo desgraciado baboso.

—Vaya si ha aprendido a piropear, ¿me echabas de menos?

—No, ni sueñes con eso, te recuerdo que tienes una orden de alejamiento, además, no me vas a amedrentar, eso se terminó. Y ahora, te quitas de mi camino.

—¿Y si no quiero, qué me vas hacer, Almudena?

No lo dejé decir más nada, me solté de la mano de Belén, le arree un rodillazo en sus partes y le solté una hostia con la mano abierta. Belén se quedó a cuadros, no se esperaba eso de mí, como él tampoco.

—Hija de puta, te voy a matar.

—Lo dudo, pero ya sabes para la próxima vez, se acabó el tenerte miedo, —lo deje allí retorciéndose de dolor.

—¡¡Mi madre!! ¿Qué me he perdido chica?

—Nada, solo que ya me cansé, Aitor me dijo que debía de afrontar mis problemas y ya empecé con uno, se le acabó la tontería.

—Chica, pero no creo que te lo dijera en ese plan, me has dejado alucinada, y creo que a él. también —nos descojonábamos de la risa.

Que novelera la tía. Cuando llegamos a la casa, soltamos las compras, y nos fuimos a su casa que estaban los chicos. No había cerrado la puerta, cuando se puso a contarles lo que nos había pasado, la tía flipaba, pero nos teníamos que reír de la manera que lo contaba.

—Me alegro mucho por ti Almudena —me dijo Dylan—No sé si eran las formas, pero no importa, lo que importa es que hayas sabido plantarle cara.

—Dylan, me temblaban las piernas, pero esto tenía que terminar, ya solo me queda uno y es el que más me duele.

—No te me rayes, veras como todo va bien, además, te lo he dicho muchas veces, que hombres hay a patadas.

—Pero yo no quiero a cualquier hombre, yo lo quiero a él, y eso sí me va a costar olvidarlo, me podría haber enamorado de ti.

—Almudena, no seas loca, yo no soy tan perfecto como me ves, tengo mis cosas.

—Eres un amor, eso es lo que tú eres, con tus defectos y todo, pero un amor.

—Dejaros de ligoteo anda, eso mañana, hoy no, —nos dijo Belén, y nos echamos a reír.

Estuvimos picoteando y hablando sobre el día de mañana, lo que me reí con Belén fue poco, la tía se empeñaba en que Dylan le diera celos, y el otro decía que no quería llevarse una hostia y no quería tener que sacar su mala leche. Marcos y yo, muertos de la risa, esos dos lo decían todo, nos despedimos de ellos y nos fuimos.

—¿Hace una copita? —le pregunté a Dylan.

—¿Me quieres emborrachar?

—Mira que eres... Claro que no, quiero que me hagas compañía, pero toda la noche.

—¿Quieres que me quede a dormir? Te estás mal acostumbrando.

—Bueno es que eres un buen osito de peluche —soltamos una carcajada.

—La gente empezará a murmurar, pero venga, me quedo contigo.

Lo dejé tomándose esa copa mientras me duchaba, no podía haber encontrado una mejor persona, te trataba con cariño, además, cuando dormía con él, me sentía segura. Salí del baño y le dije que se podía duchar si quería, le puse una bolsa en la mesa, cuando la abrió se echó a reír, había un pijama y un bóxer.

—¿Y esto qué es? ¿Lo tenías planeado?

—Jajaja. No, solo lo compré por si algún día se terciaba.

—Me saliste listilla, ¿eh? Venga, pues para la ducha me voy ¿Quieres lavarme?

—¡Dylan!, no me seas tonto, —mis mejillas ardían.

—Tranquila, que solo bromeaba, pero te has puesto colorada, que lo sepas.

Se fue riendo y sí, me había puesto colorada, pero porque no esperaba que soltara eso, algunas veces me dejaba muerta con sus bromas.

Le mandé a Clara, un mensaje deseándole buenas noches, no quise contarle nada de lo de hoy, no quería preocuparla.

Cuando Dylan salió, nos fuimos a la cama y nos pusimos hablar de cómo había cambiado en este tiempo.

—¿Para mejor, o peor?

—No mi niña, para mejor, solo que estás cogiendo una mala costumbre, dormir conmigo.

—Ya lo sé, pero me gusta cómo me tienes ahora mismo, una no tiene todos los días la suerte de dormir abrazada a ti.

—Almudena ¿Puedo hacerte una pregunta? —Asentí con la cabeza— ¿No sientes nada cuando estás así conmigo?

—¿A qué te refieres? —De sobra sabía a lo que se refería, tonta no era— ¿Te sientes incómodo?

—Me refiero a que soy un hombre, tú una mujer, y sabes que ni tú, ni yo, somos de piedra, y los cuerpos reaccionan.

—Ya me he dado cuenta, pero es que no te veo como un hombre, te veo como ese amigo que siempre está cuando lo necesitas. Es cierto que cuando duermes conmigo, siento cosas en mi cuerpo, pero no hago caso, pero si es por ti me lo dices.

—No, no tranquila, yo estoy bien, era solo curiosidad.

—Pues resuelta, dame un beso y a dormir, mi osito, —me dio un beso en la frente y apagó la luz.



## Capítulo 11

Llegó el gran día, cuando me levante, Dylan ya se había ido, como la mayoría de las veces, y ninguna me enteraba. Estaba nerviosa, y mucho, al fin iba a ver al hombre que me robó el corazón, no sé cuál sería mi reacción, ¿me tiraría a sus brazos? ¿Lo ignoraría?

La loca de mi vecina, sí, loca porque no tenía nombre lo suyo, me tenía más nerviosa de lo que estaba, ya había venido a mi casa, pues decía que me tenía que pintar las uñas y que debería arreglarme pronto.

—¡Belén, para ya! Joder, desde que has llegado no has parado de cotorrear, que si esto, que si aquello... Me tienes de los nervios.

—Nerviosa estoy yo niña, estoy deseando ver la cara de ese hombre, cuando te vea aparecer con Dylan, y otra cosa, si lo tienes que besar lo besas.

—¡A no!, de eso nada, no pienso besar a Dylan, por poner celoso a Hugo, eso ni lo sueñes, demasiado que ha accedido a ser mi acompañante.

—Eso no cuenta, de todas maneras, iba a ir, o sea que tu haz lo que tengas que hacer, que no se enfadara, si lo tienes que besar lo haces, eso que se lleva.

—La madre que te pario, te he dicho que no pienso hacerlo, no hay más que hablar, y ahora, dime una cosa, ¿no pensarás estar aquí hasta la hora de irnos?

—Pues sí, Marcos tenía cosas que hacer y hasta la tarde no regresa, o sea que, mañanita de chicas.

—Mañanita con la loca, diría yo —y empezamos a reír.

No quería imaginar mi mañana, tiró de mí hasta que consiguió sacarme a la calle, decía que teníamos que hacer tiempo hasta la hora de la peluquería, yo la mataba.

Me llevó a comprarse unos pendientes, que era lo que le quedaba a ella, y al final me tuve que comprar unos, decía que con mi vestido me iban a quedar genial. Eran unos pendientes de lágrimas preciosos, cuando vi el precio casi me caigo, pero bueno, un gustillo me podía dar de vez en cuando.

Recibí una llamada de Clara, estuvimos hablando de, si quería que fuéramos juntas, le dije que iba con Dylan, que no se preocupara de mí. Ni ella me dijo si Hugo ya había llegado, ni yo le pregunté.

—Belén, tengo el estómago revuelto, creo que no me encuentro muy bien.

—Eso son los nervios. Mira, ya en serio, cuanto antes lo veas mejor, así sabrás que es lo que sientes por él.

—Será, que vea lo que él siente por mí. Mira Belén, para mí no habrá ningún hombre más que él, porque lo quiero a él, quiero todo con él.

—Chica, como se nota que es tu primer amor, pero te aseguro que hay más hombres a tu alrededor, como Dylan —arquea una ceja y la mire— No me mires así, que lo que veo raro es que duermas con él, y no haya pasado nada o, ¿acaso es porque tú no has querido?

—Ni yo he querido, ni el tampoco. A ver, que yo lo quiero muchísimo, pero lo veo como el mejor de los amigos, como ese hermano que no tengo, y pienso que él, siente lo mismo que yo.

—¿Y si estás equivocada? ¿Y si él, siente algo más por ti?

—Joder, tú ves fantasma dónde no los hay. Deja de montarte películas, anda, solo somos buenos amigos.

—Yo no digo nada, pero Marcos y yo, también éramos solo amigos.

No quería pensar en eso, estaba segura que Dylan, solo me quería como amiga, me dolería mucho hacerle daño, no se lo merecía. Ese pensamiento tenía que ir fuera de mi cabeza, además, siempre era el primero en decirme que debería hablar con Hugo.

—Belén, déjalo estar, no me lo perdonaría en la vida, el hacerle daño.

—Bueno igual estoy equivocada, de todas maneras, él es de hablar esas cosas, no me hagas caso, anda vamos para la pelu.

Ni que decir, que no tenía ni puñetera idea de qué peinado me iba hacer, pero lo que no esperaba es que Belén, me había cogido cita para que me depilara.

—¡No, ni de coña! —le dije a Belén—. Eso no me lo toco, té lo haces tú.

—Querida, yo no tengo nada más que pelos donde me los ves, hace tiempo que me hice el láser, cosa que harás tú también, pero, de momento, a lo que es más rápido ¿No querrás tener el bosque frondoso, para Hugo?

—Estas dando por sentado cosas que ni yo sé, no creo que salga de la mano de Hugo lo primero, y lo segundo que no sé si estoy preparada para lo que tú piensas.

—Almudena, poco a poco, tienes que ir dejándote llevar por lo que el cuerpo te pide ¿Acaso con Dylan, no has sentido nada?

—Me da vergüenza contártelo, no es fácil para mí.

—Ya lo sé mi niña —me dio un abrazo—, pero, poco a poco, te irás soltando y empezarás a vivir.

—Cuando he dormido con Dylan, he terminado con la braga mojada y me quemaba por dentro —Belén se quedó muy seria mirándome.

—Pero eso no es malo niña, lo malo es que no lo sintieras, es lo más normal del mundo ¿Sabes una cosa? Estás muy verde en este tema, pero cuando lo descubras, querrás un día sí, otro también, y el de en medio. Y, ahora, al lío.

Eso pensaba yo, iba camino de los veintitrés años, y no tenía ni puñetera idea de lo que era tener sexo.

Las horas pasaban, los nervios iban en aumento y Belén estaba peor que yo, me estaba sacando de quicio. Clara y Dylan, me llamaron para ver cómo estaba, ella, para que estuviese tranquila y él, para que no me preocupara, porque iba en muy buena compañía, el “jodío” era único para hacerme reír.

Empezamos a arreglarnos, Belén, trajo toda su ropa para prepararse conmigo. Me dio una bolsita, me dijo que era un regalo, cuando la abrí me quedé con la boca abierta, era un conjunto de braga y sujetador, bueno, era un tanga, y se moría de la risa cuando le dije que yo no sabría llevar eso, que nunca me había puesto una.

Cuando me miré al espejo una vez que terminé, me quedé con la boca abierta, no es que yo fuese fea, pero es que estaba guapísima con mi vestido y ese peinado que me habían hecho, estaba recogido a un lado y el otro suelto y rizado.

—¡Madre mía! Cuando te vean, se le van a caer el pantalón a más de uno.

—Estoy muy nerviosa, no quiero ir, creo que, mejor me quedo en casa.

—Un mojón, tú vas, aunque sea de los pelos. Mírate ¿No te gusta lo que ves? —Me colocó delante del espejo— Estás impresionante.

Iba a decir algo, cuando llamaron a la puerta.

—Quédate aquí, yo voy, ni te muevas.

Sabía que era Marcos, porque quedó en recoger a Belén, lo que no sabía es que Dylan venía

con él. Cuando entraron en el salón, los dos se quedaron mirándome con la boca abierta.

—Belén, quien es esta belleza, y dónde está Almudena —dijo Marcos—. Estás impresionante —se acercó y me dio un beso.

—Voy a ser la envidia de todos los hombres esta noche —soltó Dylan—. Estás guapísima, mi niña.

—Os lo dije, que la iba a dejar que no la ibais a reconocer, lo mío me ha costado, no creáis, porque no veas el trabajito que me ha costado que....

—¡Belén! No digas ni una palabra más, o te mato —soltó una carcajada—. Gracias chicos.

—Tranquila, que no lo iba a decir. Bueno, Marcos y yo, nos vamos y vosotros, esperáis a que yo os llame, hasta que el susodicho no llegue, de aquí no os movéis.

—Me tenéis mareada, necesito beber algo.

—Dylan, toda tuya, hasta que yo no te avise, no aparezcas, dale algo de beber. Vamos Marcos, empieza el espectáculo.

Definitivamente estaba loca, pero cómo la quería, lo que había hecho por mí, era más de lo que podía esperar de una persona. Dylan preparó dos copas de vino y las puso en la mesa.

—Estas guapísima Almudena, al final me voy a poner celoso cuando todos te miren, pero tienes que relajarte, toma —me dio la copa.

—Gracias Dylan, tú también estás guapísimo, voy a ser la acompañante más envidiada de la noche.

—Lo sé, lo sé —y nos echamos a reír.

—¿Sabes?, no voy a tener vida para agradecerte todo lo que estás haciendo por mí, y la paciencia tan infinita que tienes.

—Que no me des las gracias, que no tienes por qué darlas y relájate, que me vas a poner nervioso a mí, temo por mi cara bonita —rompimos a reír.

Llegó el momento, Belén llamó por teléfono, diciendo que la función comenzaba, me tenía que reír con ella, sí o sí. Salimos a la calle y seguía muy nerviosa, Dylan me llevaba de la mano y de vez en cuando, me la apretaba, haciéndome ver que él, estaba ahí.

Me tuve que parar en la esquina, pues me estaba entrando ansiedad, me costaba hasta respirar, esto no iba a salir bien.

—Almudena, por favor, relájate. Venga, respira despacio, no te voy a dejar sola, y allí más gente. Ha llegado la hora de que te enfrentes a él, no tienes por qué hablarle, pero sí demuéstrole que tú estás bien.

—Tengo mucho miedo, me va a dar algo. Vamos, cuanto antes me siente mejor.

—Pues venga, a coger el toro por los cuernos.

Dylan, abrió la puerta y entramos, estaban todos de pie en la barra, no sabía a quién mirar, pero mis ojos se pararon en esa persona que estaba de espaldas hablando con Clara.

Cuando Clara me vio, me sonrió, él se dio la vuelta y nuestros ojos se encontraron. Dios que guapo estaba, en ese momento parecía que no existía nadie más, solo nosotros mirándonos, yo estaba temblando. Dylan, se dio cuenta y me agarró por la cintura, Clara se acercó a mí para darme un abrazo.

—Hija, pero que guapa estás, deberías arreglarte más.

—Gracias Clara, tú también estás muy guapa.

—Hola Almudena. ¿Cómo estás? —me saludó Hugo, que se acercó más a mí y me dio un beso en la mejilla— Me alegro de verte —me quedé muda, no podía hablar.

—Hola, soy Dylan, me imagino por la cara de Clara, que debes ser Hugo, —y se estrecharon

la mano.

—Ella es Miriam, una amiga.

—Hola chicos, —se tiró a besar a Dylan, a mí me miró, pero ni me saludó, empezábamos bien...

—Almudena, guapísima, —me dijo Alfonso—Venga, venid para acá y tomaros algo antes de cenar.

Belén se acercó a mí y me dijo que me relajara, que cambiara la cara de estreñida que tenía. ¿Estreñida?, eso era poco para lo que estaba sintiendo por dentro, no podía dejar de mirarlo, me estaban dando ganas hasta de llorar.

Copa en mano, todos hablando y yo, yo metida en mi mundo y en esos recuerdos que se me agolpaban. Estaba muy tensa, lo observaba de reojo y, de vez en cuando, nuestras miradas se encontraban.

A la hora de sentarnos, no sé si fue buena suerte o mala, pero quedé enfrente de Hugo, a mi izquierda Dylan, y a mi derecha Belén, esta, me iba a dar la de pulpo fijo, lo veía venir.

Ni hambre tenía, pero sí bebía, Dylan me decía que parara o no iba a llegar a las uvas y que dejará las piernas quietas, la verdad es que no dejaba de moverlas, pero es que cada vez que miraba a Hugo, él, me estaba mirando.

—Empieza el espectáculo —me dijo Belén—. Tú, tranquila que esto lo tengo controlado.

—Hugo, cuéntanos. ¿Te quedarás muchos días por aquí?, o es un visto y no visto.

—Pues no lo sé, la verdad, depende de muchas cosas, me gustaría solucionar algo y después, ya decidiré.

—Bueno, si lo dices por tu madre, ella está muy contenta aquí, y estamos muy pendientes de ella.

—Ya me ha contado que la tratáis demasiado bien, pero no me refería a mi madre, es algo que tengo pendiente de hace tiempo —me miró —¿No crees, Almudena?



## Capítulo 12

—Tú sabrás. Como yo, no tengo nada pendiente, no tengo de qué preocuparme.

Clara nos miraba, estaba un poco retirada de nosotros y se la veía algo intranquila, le lancé un beso al aire y le di a entender que no se preocupara.

La cena transcurría con normalidad, cuando no saltaba uno con una burrada, otro iba a por otra más grande. Miriam no dejaba de mirar a Dylan, me tuve que reír cuando me dijo al oído, que ella le estaba rozando su pierna con el pie, pero no solo me reí, sino que lo que tenía en la boca salió disparado a la cara de Hugo.

Ahí ya sí que me entró la risa floja, le tuve que pedir perdón, pero la verdad es que no pretendía echárselo a la cara. Se levantó, fue al baño a limpiarse, y esa fue la mía.

—Miriam querida, le pasa algo a tu pie, porque no dejas de rozar la pierna a Dylan —si todos estaban hablando, en ese momento estaba pasando un ángel.

—¿Yo? Para nada mona. Esa serás tú, que no dejas de mirar a mi novio, te lo comes con los ojos.

—No me hagas reír, vamos, con el pedazo de tío que tengo a mi lado ¿Crees que voy a ir fijándome en otros? —Ella no sé, pero yo sí lo sabía— No tengo culpa de tenerlo enfrente, pero si no quieres que lo miren, enciérralo bien, no sea que te quedes sin él.

—Almudena, déjalo ya, no tiene importancia. Por favor, sigue comiendo —me dijo Dylan, cogiendo mi mano y besándola, en ese momento llegó Hugo.

—Cierto mi amor, no tiene importancia cuando la que toca tus piernas todos los días soy yo, y le di un piquito— Belén, soltó una carcajada y me dijo al oído que había estado muy bien y que siguiera así.

Me estaba viniendo arriba, no sé si era el vino, o que la que tenía a mi lado no hacía nada más que decirme: “sigue, sigue que vas bien”, y Marcos, dándole collejas disimuladamente.

Me había relajado y mucho, menos mal, pero cada vez que le miraba esa boca, me ponía cardíaca. Al final entablo conversación con Dylan, y eso hizo que no estuviera tan pendiente de mí.

—Preparaos, que llega el momento de las uvas —dijo Alfonso, que tan pendiente estaba de Clara.

—Venga, vamos a comerlas de una vez, a ver quién se atraganta.

—Belén, mira que yo solo quiero que se atragante una persona, pero no mientes ruina jodía —y empezamos a reír tanto, que Hugo no dejaba de mirar, y ahí que fui yo y le saqué la lengua. Se me iba la olla.

Nos comimos las uvas, bueno, es un decir, por culpa de mi amiga no me dio tiempo nada más que de comerme tres, allí nos pusimos a felicitarnos el Año Nuevo, unos a otros. Acababa de soltarme de Belén y vi que venía Hugo hacia mí.

—¿Puedo felicitarte el año?

—Puedes, puedes —me dio dos besos y un abrazo, y me dijo al oído que teníamos que hablar —. Ea, ya me lo felicitaste.

—Feliz Año Nuevo, Almudenita, no seas tan dura con él —me dijo Dylan, abrazándome.

Había un buen ambiente, la verdad sea dicha, se habían retirado las mesas para el que quisiera bailar. Clara, se acercó a preguntarme qué tal estaba y le dije que bien, que todo estaba bien.

Belén y yo, estábamos disfrutando de lo lindo, bailábamos todo lo que sonaba, hasta que llegó un momento en que nos pusimos las dos a cantar como locas, los chicos estaban hablando entre ellos, me alegraba que Hugo hubiera hecho migas con ellos, pues una cosa no tenía que ver con la otra.

—Belén, ten cuidadito con la tipa esa. Mira las miraditas que está le echando a tu Marquitos —y era verdad, si uno de ellos la ignoraba, iba en busca de otro—. La verdad, no sé qué ha visto en ella, pero no muestra mucho interés por su chico, al contrario.

—Llevo toda la noche observándola, ya me he dado cuenta, pero vamos que esta termina saliendo de aquí calentita, ya lo veras.

—Calentita, vamos a salir más de una. Que guapo está, te juro que me dan ganas de tirarme a su yugular.

—¿Solo a la yugular? Yo creo que te lo tirarías entero.

—No me digas eso que no sabría por dónde empezar.

—No te preocupes, que él, sí sabrá —y nos echamos a reír—. Ahora en serio, cuando te llegue el momento, solo tienes que dejarte llevar. Vamos al baño, que me meo horrores.

Al entrar al baño estaba Miriam, no quise ni mirarla me puse a mirar el móvil mientras Belén salía.

—Pero si está aquí la virgencita de la Almudena...

—Mira guapa, conmigo no tienes que hablar nada.

—Ya lo creo que sí ¿Crees qué no sé lo que te paso? Pues sí —en ese momento me quise morir—. Estoy hasta las narices de que Hugo, te nombre cada vez que llama a su madre ¿Crees que no he visto cómo te mira? Pues déjame decirte virgencita de las narices que él, es mío.

Negra me estaba poniendo, no la soportaba más, o se callaba, o la liaba parda.

—Mira, cállate ya, que tú no sabes ni de la misa a la mitad.

—Sé más de lo que tú te crees, tenías que estar en un convento, o mejor, con tu tío Pedro, el sí sabría cómo tratarte —se acabó, eso fue el remate.

—En tu puta vida, me vuelvas a hablar y menos de ese desgraciado —le solté una hostia, pero con la mano bien abierta.

—Joder amiga, qué bien te estás soltando, que cacho hostia le has dado, pero yo la habría cogido de los pelos.

—Anda loca, no me tientes, vamos para fuera.

Me tuve que reír, porque Belén era un caso, no dije nada a nadie, pero fui por mi abrigo y salí de allí. Al llegar a casa me tiré en el sofá a llorar, ya no sabía si lloraba por él, por mí... Lo había visto y todo lo que sentía por él, era más fuerte.

¿Por qué había venido? Estaba claro, por su madre ¿Cómo se le pide a una persona que te devuelva el corazón que un día te robo? Por una parte, quería hablar con él, pero por otra, estaba tan dolida que no quería saber nada.

Me desperté a las diez de la mañana, no sé en qué momento me había quedado dormida, y lo que es peor, me levanté con un dolor enorme en el cuerpo, y no me extrañaba, había dormido hecha un ovillo.

Me di una ducha, e iba para la cocina cuando llamaron a la puerta, seguramente sería Belén, y la verdad es que no me apetecía hablar con nadie.

Me quedé a cuadros cuando al abrir la puerta me encontré a Hugo, con un paquete con churros, me pregunto si podía pasar y no pude contestarle, me eché hacia un lado y entró.

—¿Te has quedado muda? Anda, vamos a desayunar, tenemos mucho de qué hablar y, ya de

paso, me puedes desbloquear.

—Hugo, no hay nada que hablar entre nosotros, y lo siento por tu madre, sé que le estoy haciendo daño.

—Almudena —me cogió de las manos— Vamos a comernos estos churros y hablemos, por favor, después si no me quieres ver, me iré.

Prepare café y nos sentamos a la mesa, no pretendía mirarlo, pero no podía evitarlo, tenía la mirada triste, quizás sí deberíamos hablar, pero era tan orgullosa que me costaba dar mi brazo a torcer.

—Sé que fui un egoísta, que miré en ese momento por mí, pero si te he de confesar algo, te diré que también tenía miedo.

—¿Miedo tú? No me hagas reír, desde que me vine aquí te despegaste de mí, ¿Crees que no me dolió? ¿Crees que yo no tuve miedo?

Retiró su silla y se acercó a mí, madre mía qué calor me estaba entrando, me estaba poniendo nerviosa, me agarro las manos.

—Déjame que te cuente. Sí, tenía miedo, miedo de besarte, de tocarte, como cualquier hombre enamorado tocaría a la mujer que ama, me daba miedo perderte por ello, y al final te perdí —me estaba quedando muerta, por esa confesión y por verle lágrimas en sus ojos.

—Hugo, ¿crees que yo no tenía miedo? Me robaste el corazón el día que te conocí, sé que no soy una mujer como otra cualquiera, porque tengo miedo y mucho, miedo a que me toquen, a que me besen, aunque siempre lo deseé.

—Almudena, déjame demostrarte que te quiero, seré paciente contigo, estoy dispuesto a pedir el traslado para quedarme a tu lado, no te niegues la oportunidad de ser feliz.

—Hugo, pero eso no puede ser, estas con Miriam y...

—No, no estoy con ella, éramos solo amigos, lo intenté, pero no funcionó, no podía dejar de pensar en ti, y después de lo que te hizo anoche, le dije que se marchara, que no quería saber nada de ella.

—Hugo, no sé qué decirte, esto me está viniendo muy grande y me da mucho miedo.

—Almudena, déjame intentarlo, vamos a dar rienda suelta a esto que sentimos, no me alejes de tu vida otra vez.



## Capítulo 13

Ya no pude más, me acerqué a él y lo abracé llorando, lo abracé como tantas veces había soñado, un abrazo que me hizo ver, que mi mundo era él, que debía intentarlo, ya no solo por mí, sino por los dos, por eso que sentíamos.

Al separarnos me miró con una sonrisa, limpió mis lágrimas y cogió mi cara con sus manos, se acercó a mí y me besó, un beso corto, dos, besos que estaban encendiendo mi cuerpo y que deseaba con toda el alma.

—¿Estás bien? —Asentí con la cabeza— Si en algún momento deseas que pare, dímelo, porque te deseo tanto, que no sé si podré controlarme.

—Cállate, y sigue besándome —le salió la sonrisa más bonita que le había visto nunca—. Hugo, vamos a mi cuarto.

Me cogió en brazos sin dejar de besarme, hasta que sentí su lengua pidiendo paso en mi boca, fui abriendo hasta que nuestras lenguas se juntaron, me estaba entrando un calor impresionante, con su mano fue acariciándome lentamente, hasta llegar a mi seno.

Me puse tensa y lo notó, no pude evitarlo, me miró a los ojos y asentí con la cabeza, no quería que parara, me estaba gustando lo que mi cuerpo sentía, y no quería parar.

—Almudena ¿Estás segura mi amor? Si te sientes incómoda, paro, solo quiero que estés bien, no quiero que estés tensa.

—Por favor, sigue, haz lo que tengas que hacer, pero no dejes de mirarme a los ojos.

—Será un placer mi amor —esas palabras me derritieron.

Seguía besándome y acariciando, fue quitándome la ropa, despacio y sin dejar de mirarme a la cara, sin dejar de sonreír, me había quedado en ropa interior ante sus ojos.

—Me está gustando mucho lo que veo ¿Estás bien?

—Hugo, no me preguntes si estoy bien, creo que estoy preparada para que me hagas sentir, quiero sentirte.

—Deseaba escuchar esas palabras hace mucho tiempo, te voy a tratar como a una reina, mí reina.

Me quitó el sujetador y la braguita, no hacía nada más que decirme que le gustaba lo que veía y yo, me moría de la vergüenza, notaba como me ardía la cara, no dejaba de mirarme según me acariciaba.

Me atreví a quitarle la camiseta y él, se dejaba hacer, Dios, como ansiaba ver ese cuerpo. Seguí con el pantalón y él, se levantó para quitárselo. Si antes estaba nerviosa, cuando se quedó el bóxer y vi el bulto que tenía, me puse más.

Acogió uno de mis senos, lo lamió y mordió, mientras con su otra mano, iba a mis partes más íntimas, la acaricio y fue tanteando con uno de sus dedos, había algo en mí que pedía más. Fue besando mi cuerpo hasta quedarse parado en mi zona íntima, me dijo que me relajara y si yo quería que parara, se lo hiciera saber.

Dios, como lamia mi clitoris, su lengua no dejaba de jugar con él, sus dedos entrando dentro de mí, moviéndolos cada vez más deprisa, de mi boca solo salían gemidos, tenía una sensación muy extraña dentro de mí, hasta que exploté, me quedé exhausta, y con ganas de más.

—¿Estás bien, mi amor? —qué palabras más bonitas, “mi amor”.

—Hugo, quiero más —soltó una carcajada, se puso de pie y se quitó el bóxer. Madre mía,

aquello parecía una anaconda.

—Ahora viene lo mejor, solo te pido que te relajes, no dejes de mirarme a los ojos, te dolerá un poquito, pero solo será el principio.

Se puso sobre mí, besándome, notando su sexo, que estaba tan duro. No dejaba de mirarme cuando se fue adentrando, poco a poco, en mí, al tiempo que me besaba. Hubo un momento que se quedó quieto, empujó un poco y se volvió a parar, el dolor que sentí, no fue nada comparado con el deseo que me estaba proporcionando.

Asentí con la cabeza, y empezó a moverse cada vez más deprisa, sin dejar de mirarme.

—Hugo, sigue, no pares —eso hizo que cada vez fuera a más, hasta que ya no pude aguantarlo y me hizo tener un segundo orgasmo, dos embestidas más y terminó con un “te quiero” en mi oído.

Cuando volvió del cuarto de baño, se metió en la cama y me abrazó, un abrazo que me llegó al alma.

—Cuánto había deseado este momento, no te lo puedes ni imaginar —me dijo, dándome un beso en la frente.

—Yo también, tal vez no haya hecho las cosas como debiera —y empecé a llorar—, pero tenía la necesidad de irme.

—No llores, ya estamos juntos, es verdad que me dolió mucho y me porté como un cabrón.

—Ninguno de los dos lo hicimos bien, pero ahora estamos juntos, y se dé una persona que cuando se lo digamos, va a llorar de alegría.

—Almudena, estaré unos días aquí y luego me iré, pero voy a pedir traslado aquí, quiero que estemos juntos.

—Yo también lo quiero —y me beso, un beso que nos llevó una vez más a abandonarnos a la pasión, a amarnos en silencio, perdiéndonos en nuestras miradas.

Estábamos a punto de irnos, cuando llamaron a la puerta, al abrir me encontré a una Belén muy sonriente.

—Uf. Anda guapa, abre las ventanas, que no veas como huele aquí a sexo del bueno —me la quedé mirando y frunciendo el ceño—. No me mires así, anda que no habéis formado jaleo.

—Estás loca, Belén ¿Nos has escuchado?

—No, pero mira, ha sido una buena manera de que me lo confirmaras —me tuve que reír, pero detrás de mí, lo hacía Hugo—. Lo ves alma de cántaro, te dije que vinieras con churros, que eso no fallaba.

—¿Dé qué está hablando? ¿Tú, lo sabías? No me lo puedo creer...

—Mujer, anoche cuando te fuiste, te perdiste lo mejor, la lectura de cartilla a Miriam. A Hugo lo cogimos Dylan y yo, y lo amarramos en una silla para que nos escuchara, y vaya si lo hizo. Me alegro mucho por vosotros dos, os merecís estar juntos.

—Es verdad, preciosa, tienes unos amigos que de verdad se preocupan por ti, y te quieren un montón —mis ojos empezaron a llenarse de lágrimas—. Me cantaron las cuarenta, pero ha merecido la pena, me han quitado la venda de los ojos.

—Belén, que suerte haberte encontrado ese día, eres la mejor amiga del mundo.

—No digas eso delante de Dylan, que se me va a poner celoso —y soltó una carcajada.

Íbamos agarrados de la mano, paseando por San Fernando, y hablando de todo lo que nos había pasado en este tiempo, de vez en cuando me apretaba contra su cuerpo, yo iba de lo más feliz, no me imaginaba una vida con él.

Pasamos por un parque lleno de niños, me dijo: “imagínate cuando nosotros tengamos los

nuestros”. Esto no podía estar pasando era demasiado bonito, pero me juré que me iba a dejar llevar en todos los sentidos, ya había perdido demasiado el tiempo.

—¿Te quedarás conmigo hasta que te vayas? —Se paró y se me quedó mirando.

—Almudena, no me vuelvo a separar de ti, solo lo justo para arreglar mis cosas, claro, siempre que tú quieras.

—Es lo que más deseo en el mundo. Anda, vamos a contarle la noticia a mamá.

Cuando Clara nos abrió se quedó con la boca abierta, pero eso sí, el abrazo que nos dio, me demostró que no solo estaba contenta, sino que era lo que quería.

—¡Hijos, por fin! Me estabais matando de dolor, no os imagináis lo que he estado sufriendo por vuestra cabezonería.

—Mama, pero ya eso terminó, Almudena y yo vamos a empezar una vida juntos, dentro de tres días, me voy para arreglar lo de mi traslado.

—Qué feliz me haces Hugo, me partías el alma cuando te escuchaba llorar.

No dije nada, ahora entendía porque Clara lloraba cada vez que hablaba con él, en ese momento me sentí culpable, no solo por ella si no por él. Comimos y pasamos la tarde con ella, como le había cambiado la cara a esa mujer, ahora sí que estaba feliz, se le notaba a la legua.

Llegamos a casa, y al sentarme en el sofá empecé a llorar, llorar de rabia por el dolor que había causado, por ser tan egoísta y mirar solo por mí, por no ponerme en el lugar de los demás.

—¿Por qué lloras mi amor? —me preguntó, mientras me sentaba a horcajadas sobre él y me abrazaba.

—He sido una egoísta, todo este tiempo he mirado solo por mí, sin pensar en los demás.

—Escúchame, este tema se va a terminar cuando se acabe esta conversación. Tú no has sido la única egoísta, hemos sido los dos, es verdad que la que quizás ha sufrido más ha sido mi madre, la hemos vuelto loca, bien que le hemos calentado la cabeza entre los dos, aunque sabes que te quiere como si fueras su propia hija.

—Lo sé, por eso me doy cuenta de cuánto la he hecho sufrir, siempre ha estado ahí para mí, escuchando cómo maldecía a su propio hijo, y jamás me lo reprocho.

—Vaya, con que... maldiciéndome, ¿eh? Pues sepa que se ha ganado un buen castigo —me dijo, abrazándome.

—Y... ¿Puedo saber cuál es ese castigo?, para ver cómo puedo ganar mi perdón.

—Ya se lo diré sobre la marcha, de momento esto de aquí le sobra —me quito la camiseta—, y esto otro de aquí, también —me puso de pie y tiró de mi pantalón, para volver a sentarme sobre él.

—¿Ya no me sobra nada más?, porque a usted le sobra todo —le quité su camiseta, le cogí la cara con mis dos manos y lo besé— ¿Puedo pagarle así mi castigo?

Le volví a besar, me gustaba hacerlo, sentir su lengua jugar con la mía, y que me abrazara como lo hacía. Le desabroché el pantalón, y me puse de rodillas para sacarlo, me le quedé mirando, no tenía ni idea de lo que mi mente quería hacer.

Cogí su bóxer y se lo quité, me miraba arqueando una ceja, lo miré y me mordí el labio, le separé las piernas para meterme, mi mano fue hasta su miembro, acariciándolo, no dejaba de mirarlo, lo veía sorprendido.

—La anaconda se está despertando —soltó una carcajada.

Fui acercándome a su miembro, lo besé, saqué mi lengua a pasear, unos paseos que iban de arriba abajo, para pararse en la punta que empezaba a mojarse, abrí mi boca y la acogí, la sensación de tenerla dentro me gusto.

Cogió mi cabeza con sus manos y empezó a guiarme, lo sentía gemir, no me atreví a mirarlo a los ojos, me cogió y me sentó encima de él.

—Me estás volviendo loco, me tienes loco.



## Capítulo 14

Me cogió y me puso a horcajadas, su miembro entraba en mí, poco a poco, con sus manos en mis caderas, moviéndose como si bailáramos un vals, mis manos agarrando sus hombros, un vals que cada vez subía el ritmo. Se llevó mi pecho a su boca succionando, mordiendo y volviéndome loca,

—Hugo quiero más, más fuerte.

—¿Estás segura, corazón?

—Joder deja de preguntarme, ¡y fóllame de una maldita vez Hugo! —¿Era posible que eso saliera de mi boca? Sí, a mí me sorprendió y a él, le paso un tanto de lo mismo, pues su cara era un poema.

Me tumbo en el sofá y puso mis piernas sobre sus hombros, sus embestidas cada vez eran más fuertes, no podía dejar de chillar. Me agarré a sus brazos, estaba a punto de estallar y él, se estaba dando cuenta, solo hizo falta una embestida más, para que mi cuerpo convulsionara, seguía penetrándome de una manera que no imaginé, hasta que se corrió.

Me beso y fue al cuarto de baño, cuando regreso se puso encima de mí y me abrazó.

—No te imaginas lo mucho que te quiero Almudena —lo miré y sonreí—. Me estaba volviendo loco, y más, cuando mi madre me hablo de Dylan, eso me mataba.

—Hugo, te puedo decir que Dylan, se ha convertido en una persona muy especial para mí, no te imaginas como me ha ayudado, cuidado, y ha estado siempre que lo he necesitado, con esto te quiero decir que ya te puedes llevar bien con él.

—Me gustaría preguntarte algo que me ronda en la cabeza, la verdad es que no dejo de darle vueltas.

—Tú dirás, pero te voy a responder —me miro con cara de incredulidad—. Sí, he dormido con Dylan, y cómo has comprobado no hemos llegado a nada, simplemente yo no estaba bien y le pedía que se quedara conmigo a dormir.

—No sé qué decir, no me esperaba esa respuesta.

—Bueno, ya te he dicho que no ha pasado nada, pero una cosa te digo, tú te has tirado a quien te ha dado la gana y yo, no te lo estoy echando en cara, ¿o, me vas a decir que no te has acostado con Miriam?

—No te puedo decir que no, te mentaría, pero siempre has estado en mi cabeza.

—Hugo, no te estoy pidiendo explicaciones, pero tampoco lo hagas tú conmigo, dejemos el pasado atrás y vivamos el presente, no me hagas decirte que, en otras circunstancias, me hubiese acostado con Dylan —me tuvo que reír, verle la cara no tenía precio.

Nos duchamos, y nos preparamos algo para cenar, Belén me había llamado para salir, pero le dije que otro día, quería disfrutar de Hugo, ya que en dos días se iba.

Nos metimos en la cama y volvimos hacerlo, más tranquilos, no me cansaba de ese hombre, ni de tenerlo dentro de mí, le decía que tenía que recuperar el tiempo perdido y él, se reía diciendo que lo iba a dejar seco.

Desperté y él dormía, me quedé mirándolo, estaba tan mono durmiendo que, con la yema de mi dedo, fui recorriendo su espalda hasta llegar a su trasero.

—Como bajas más abajo eres mujer muerta —la carcajada que solté la tuvo que escuchar hasta el vecino del primero—. Te lo digo en serio, no bajas más.

—Mi dedo no es una anaconda, no tengas miedo.

—Almudena, por ahí ni el bigote de una gamba, no hagas que yo te lo haga a ti —en ese momento mi cara cambió, él me miro y se incorporó para abrazarme—. Perdóname mi amor, no quería hacerte recordar, no te tocaré hasta que tú no me lo pidas.

—Tranquilo no pasa nada, solo me asusté un poco. Anda, vamos a desayunar que tengo hambre —me solté de su abrazo y me levanté.

—Almudena, lo siento de verdad, no quería molestarte.

No le contesté, seguí caminando hacia la cocina, sé que no lo hizo adrede, pero era un tema que aún me hacía daño. Llegó a la cocina y me abrazó por detrás, dejando besos por mi cuello, me hacía feliz ver a ese Hugo que no había terminado de ver.

—¿Planes para hoy? —le pregunté, dando un mordisco a mi tostada.

—Estar todo el día en la cama dentro de ti, mañana he de irme, y me tengo que asegurar de dejarte bien satisfecha.

—¿No te cansas? Mira que las cosas cuando se usan mucho, se estropean.

—¿Cansarme de ti?, nunca, hemos perdido mucho tiempo y lo tenemos que recuperar.

—Ya, tú lo que quieres es que vaya andando abierta de piernas por la calle —soltó una carcajada—Vamos, que pasaran los perros entre mis piernas.

—Yo lo que quiero es verte feliz y enseñarte todo lo que te querías perder.

—No me quería perder nada, solo te estaba esperando, o era contigo, o no era con nadie.

—No te imaginas lo mucho que te quiero corazón, y las ganas que tenía de que estuviéramos así. Por cierto, no me has contado cómo te va con el psicólogo, me pongo a pensar y me da rabia haberte dejado sola.

A mí también me daba rabia, me hubiera ayudado más de lo que pensaba, pero no se lo iba a decir, ya de que serviría remover la mierda, quiero dejar esa etapa de mi vida, empezar a vivir y disfrutar de nuevo.

Estaba absorta en mis pensamientos cuando me entró un wasap.

**Dylan:** *que pasa, ¿ya no quieres saber nada de los pobres? Aquí estoy tirado en mi cama llorando.*

Madre mía, llevaba razón, desde la noche de marras no he vuelto a hablar con él.

**Almudena:** *jajaja, pobrecito mío. ¿Quieres que vaya, a acostarme contigo y abrazarte?*

**Dylan:** *¿te has propuesto que me partan la cara, o me rompan las piernas?*

**Almudena:** *jajaja, exageradito es mi niño, sabes que no. ¿Comemos hoy los tres?*

**Dylan:** *vale preciosa, nos vemos donde Alfonso, llevaré la armadura puesta, jajaja, besos.*

Me meaba con él. Hugo me pregunto qué con quién me reía tanto, le dije que, con mi amante, y que habíamos quedado con él para comer.

Había puesto cara de pocos amigos y le dije que era Dylan, que lo tenía muy abandonado y que comíamos hoy con él.

—Y hablando de comer, porque no sacas tu lengua a pasear y me comes un poquito—le dije.

—¿Solo mi lengua?, o quieres algo más —me mordí el labio inferior—. Te estás volviendo

insaciable, pero tus deseos son órdenes para mí.

Eso era lo que sentía en esos momentos, y lo que quería.

—No eras tú el que decía que había que recuperar el tiempo, pues dale, que para mañana es tarde.

Me dejó caer en el sofá, y fue quitándome la ropa, dejando un reguero de besos sobre mi cuerpo, sabía cómo hacerme estremecer. Me abrió de piernas y metió su cara entre ellas, me volvió loca cuando introdujo dos de sus dedos dentro de mí.

—Joder niña, relájate y confía en mí, te gustara.

Humedeció bien sus dedos y sin dejar de lamerme los llevo a mi trasero, me puse tensa, pero me miró y me dijo que me relajara, presionó con uno de sus dedos sin llegar a meterlo, me estaba volviendo loca, tanto, que consiguió que tuviera a un orgasmo impresionante.

Me senté a horcajadas y me lo hizo de una manera, que es como si sonara a despedida, pero bien sabía que solo era por unos días.

Me llevó hasta la ducha, y nos metimos juntos, allí me lo volvimos hacer de manera más desenfadada. Me estaba haciendo adicta a él, había merecido la pena mi espera, esperar al gran amor de mi vida.



## Capítulo 15

Íbamos saliendo de casa y nos encontramos con Belén, cargada de bolsas y con la lengua fuera.

—Chica, menos mal que tienes ascensor —solté una carcajada—Vamos que, si tienes que subir andando, se te pasa el arroz.

—Qué cabrona eres ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi Almudena?, porque vamos, me lo cuentan y no me lo creo, el cambio que has dado es abismal.

—Anda, no me seas tonta que soy la misma, pero un pelín más feliz.

—¿Solo un pelín? Hugo, yo que tú me iba y la dejaba sola por decir un pelín. Bueno pareja, os dejo que me toca colocar todo esto.

Nos despedimos de ella y nos fuimos al local de Alfonso, Hugo me llevaba de la mano y me acariciaba con las yemas de los dedos, estaba tan feliz que me daba miedo de que todo fuera un sueño.

Dylan llegaba en ese momento, nos saludamos y nos metimos dentro. Lo bueno de ir a comer donde tienes conocidos es que comes como nadie, lo malo es que te tiras media hora saludando.

Jamás imagine que estos dos se fueran a llevar también, y me alegraba por ello, no quería imaginar tener que decidirme por la amistad o el amor, sé qué sonará raro, pero el amor viene y va, aunque lo quieras para toda la vida.

La amistad, que palabra más bonita, con la amistad puede pasar igual, si no la cuidas se marchita, pero como dice el dicho, la amistad es para toda la vida.

—Qué piensa esa cabecita —me pregunto Dylan—, estamos hablando y tú estás en babia.

—Pues os estaba mirando, y pensando cual es más feo de los dos, me junto con cualquiera —y se echaron a reír— Ya en serio, estaba pensando que, si me dieran a elegir entre uno de los dos, no sé con quién me quedaría, para mí sois los dos muy importante, y me alegro mucho que os llevéis bien, no me gustaría andar a escondidas para ver al otro.

—No tienes por qué elegir, es más, nadie te dará a elegir, no por mi parte —me dijo Hugo— Soy consciente de todo lo que ha hecho Dylan, y lo que significa para ti, y en eso no me voy a interponer,

—Y en meterlo en mi cama, ¿te vas a interponer? —nos echamos a reír.

Él, sabía todo lo que me había ayudado y las veces que durmió conmigo, lo que no sabía es cómo me ponía cada vez que dormía con él, tampoco se lo iba a contar.

Lo que me pude reír no tiene precio, juntos eran una bomba de relojería, y menuda bomba, yo estaba encantada de la vida.

Hugo recibió una llamada de teléfono y se levantó para cogerla, me quedé observándolo porque su cara iba cambiando por momentos, cuando regresó con nosotros se sentó muy serio.

—Tengo que irme, hay algo urgente que tengo que resolver y no puede esperar.

—Pero, si te vas mañana, ¿cómo que no puede esperar? —le pregunté muy seria.

—Lo siento cariño, pero es un caso que tenemos entre manos, y las cosas se han complicado, en tres horas me recogerá un helicóptero en Jerez. Dylan, ¿te importaría llevarme?

—Claro que no, dime la hora y te acerco.

Pues mi gozo en un pozo, así me dejó esa llamada. Dylan se quedó con Alfonso, y nosotros nos fuimos para la casa a hacer su maleta.

Estaba cabreada, no, lo siguiente, que ganas tenía que solucionara lo del traslado, no que ahora se me iba y sin saber por cuánto tiempo.

Tras cerrar la puerta de un portazo, me llevó de la mano al dormitorio, pensé que iba hacer la maleta, pero me equivoqué, pues empezó a quitarse el pantalón.

—Hugo, ¿qué haces?

—¿Pensabas que me iba a ir sin despedirme de ti como es debido?, ya te digo yo que no.

Y vaya qué no. Me agarró, me quitó el vestido y me tendió en la cama, me volvió loca esa mirada que lo decía todo. Un beso, otro, otro más, y entre besos y caricias me hizo el amor con tanta ternura, que al final mis lágrimas se escaparon.

—¿No me digas que no te ha gustado? Mira que, si quieres, puedo repetir, aunque vaya justo de tiempo.

—No es eso, es que no quiero que te marches.

—Almudena, sabes cómo es esto, además, solo se ha adelantado mi marcha unas horas, pero quiero que sepas que te voy a echar mucho de menos mi amor, te quiero más que a mi vida.

—Yo a ti también, pero no quiero que te vayas, te voy a echar mucho de menos a ti, y a mi amiga la anaconda —me miró y se echó a reír.

Llegamos al aeropuerto, y ya estaba el helicóptero esperándolo, anda que se iba a quedar en tierra. Se despidió de mí con un gran abrazo diciéndome que me quería y volvería pronto, a Dylan le pidió que me cuidara, y ahí me quedé llorando si tenía que llorar.

—Anda, deja de llorar, que te voy a tener que llamar María Magdalena —me dijo Dylan—. Que no se va a la guerra mujer, menos mal que no querías verlo ni en pintura.

—Eso era antes, ahora lo quiero tener todos los días en mi cama, digo, en mi vida.

—Estas fatal, anda tira y vámonos, que ya no sé a qué Almudenita prefiero, si a la tímida, o la desvergonzada.

—Mejor quédate con el, dos por uno —nos echamos a reír—. Con todo lo que he pasado, ya empiezo a ver la luz al final del túnel.

—Te dije que necesitabas ayuda y, por cierto, el otro día me encontré a Aitor, dice que cuando piensas ir a verle.

—¡Hostias!, se me olvidó la última cita, no me lo puedo creer...

—Fíjate, pues yo sí me lo creo, últimamente estás en babia.

Cuando entré en casa, me fui derecha a la cocina, tenía hambre, pero no tenía ganas de comer, sabía que se tenía que ir, pero no estaba preparada para ello, ya no lo quería lejos de mí.

Pasaron tres horas y me llamó para decirme que había llegado bien, pero no pudo llamar antes, me dijo que no me preocupara, pero tenía que desconectar el teléfono y cuando él pudiera, me llamaría.

¿Cómo se asimila el, “te llamaré cuando pueda”? No quería empezar con mis paranoias, pero me temía que algo malo pasara. Yo y mis malos pensamientos. Me acosté para nada, no podía dormir, vuelta a un lado, a otro, su olor en la almohada...

<<Almudena, chica, que no se ha ido a la guerra>>

Hasta yo misma me reñía y para qué, si me dijera lo que me dijera, no me cuadraba nada.

Me levanté por la mañana, con una sensación rara en el cuerpo, me vestí y fui a casa de Clara, me apetecía su compañía.

—Buenos días, ¿cómo está la mejor madre del mundo?

—Buenos días hija, ¿has desayunado?

—No, y me muero de hambre.

—Pues no se diga más, vamos a desayunar, quiero comentarte algo a ver qué te parece.

—Clara, no me asustes que yo no estoy para sustos.

No dijo nada, preparé el desayuno y nos sentamos a la mesa.

—Bueno venga, suelta por esa boquita ¿Qué es eso que me quieres contar?

—Alfonso y yo vamos a vivir juntos, lleva algún tiempo pidiéndomelo, y creo que ya llegó el momento, los dos estamos muy a gusto juntos y, la verdad sea dicha, quiero a ese hombre, debería habérselo contado a mi hijo antes de marcharse.

—Clara, eso me parece fantástico, te lo mereces, te mereces que te cuiden y te mimen, bastante tiempo has estado sola, y por tu hijo ni te preocupes, si no le gusta es lo que hay, pero estoy segura de que se alegrará.

—Me preocupa tener que estar a la espera de que llame.

—¿A ti también te llamó? —le pregunte— Me tiene de los nervios, siento que algo malo va a pasar.

—Ni lo pienses, es cierto que no es la primera vez que tiene estos casos, pero mejor pensar que todo irá bien. Y dime, ¿cuándo vas a empezar a trabajar?

—Hablaré con Alfonso, a ver si el lunes que viene puedo empezar.

—Hija, si él te está esperando, ese hombre te quiere como si fueras su propia hija.

—Lo sé Clara ¿Sabes? Si me pongo a pensar, pienso que en el fondo he tenido mucha suerte, mi abuela Pepa, tú, y toda esta gente que he conocido y me han tratado como a una más.

—Hija, te olvidas de Hugo, mira que habéis estado haciendo el tonto, que ya podía hasta tener un nieto.



## Capítulo 16

Habían pasado dos semanas, dos semanas en la que había vuelto al trabajo, a la rutina de antes, dos semanas que no sabía nada de él, ni un mensaje, ni una llamada, nada de nada.

La primera semana fui a ver a Aitor, ya no necesitaba de su ayuda, lo peor lo había superado, bueno, sé que eso siempre se queda dentro de una, pero sí que aprendes a vivir con ello, hacía mucho tiempo que no tenía pesadillas y eso ya era mucho para mí.

En esas dos semanas, tuve que acostumbrarme otra vez a estar sola por las noches, echaba de menos dormir con él, que me abrazara como lo hacía, sus caricias, sus besos, cómo me susurraba un “te amo”... Cómo lo echaba de menos...

—Bueno, aquí se desayuna, o tenemos que ver cómo la camarera mira las musarañas —sentí decir a Dylan— Vamos señorita, que no tengo todo el día.

—Pero que cabrito eres, ¿un café con sal o con cianuro?, ¿cómo lo prefiere el señorito?

—¡¡Alfonso!! ¿Desde cuándo contratas a asesinas?, me quieren envenenar con el café —solté una carcajada porque era único el tío.

—A mí me dejáis tranquilo —nos dijo Alfonso—, pero como me espantéis a la clientela, os mato yo.

—Anda guapa, tráeme lo de siempre y un café para ti, que tengo que hablar algo contigo.

—Miedo me da, cuando me decís, “tengo que hablar contigo”. Enseguida vengo.

Le llevé el desayuno y me senté con él.

—Bueno, y qué es eso de lo que me quieres hablar, ¿te va a las Maldivas, o qué?

—No, pero sí que me voy, la semana que viene tengo que embarcar por dos meses —ya, lo que me faltaba por oír—. Vamos, no me pongas esa cara, que cuando te quieras dar cuenta ya estoy aquí.

—Tengo la negra, te lo juro, los dos hombres más importantes de mi vida me abandonan, que habré hecho yo en mi otra vida, para que me pase lo que me pasa.

—¿Alguna vez te has planteado ser actriz?, te montas cada drama... Que no me voy a la guerra mujer, y solo son dos meses.

—Dos meses nada más dice, eso para mí es mucho tiempo, te voy a echar mucho de menos.

Lo miraba, y cuanto amor veía en él, ahí estaba Dylan, esa persona que te ayuda sin preguntar y que te ofrece lo que tiene, solo tenía un defecto...

—¿Qué estás pensando niña?

—Pues que, para mí, solo tienes un defecto, y prefiero no verlo.

—Jajaja, si solo fuera uno, miedo me está dando preguntar cuál es. Almudenita, mira que te conozco, y me espero alguna de las tuyas.

—¡¡Joder!!!, pues sí que me tienes calada, sí —nos echamos a reír—. Venga te lo voy a decir, el único defecto que tienes para mí es cuando te cabreas, no solo te pones feo, si no que das miedo,

—Bueno como todo el mundo, ni que fuera el único que se cabrea en el mundo, porque yo sé de una persona, que ojito cuando se cabrea, lo tiene todo, ella si qué da miedo.

—¿La conozco? Bueno, no será para tanto.

—Vaya sí lo es, te lo digo yo, aparte de cabezona, no veas cuando se cabrea, y sí, si la conoces y muy bien porque eres tú.

La gente nos miraba, de las carcajadas que soltamos los pusimos con las antenas tiesas, pero que nos reíamos, sin antes tirarle el servilletero, claro.

—Yo no soy así, y lo sabes, me enfado como todo el mundo, pero nada más.

—Almudena, déjame que te cuente algo, llegaste aquí tímida, con miedo, mirabas por encima de tu hombro cuando estabas en la calle, y no sé como por arte de magia, un día le propinasteis a un hombre un rodillazo en sus partes nobles —otra vez a reír— y después el mismo día te enfrentaste con una mujer.

—Pero bueno, eso fueron situaciones, además, ¿sabes lo mejor? —Él, negó con la cabeza— Que después de eso, no he vuelto a saber de él.

—Y yo que me alegro de ello, solo bromeaba, aun te falta cogermelo el puntillo, niña.

—¡Capullo eres!, pero capullo y todo, te quiero.

Lo dejé con el desayuno, y me fui a atender una mesa con esa sonrisa que siempre me sacaba. Llamarme a mí cabezona y que tengo mala leche, con lo buena que yo era.

Esa tarde me fui a la playa, me apetecía caminar por la orilla, caminando iba imaginando mi vida junto a Hugo, levantarme todos los días a su lado, compartir esas duchas, nuestras charlas, pelearnos por el mando de la tele, solo por joder...

Y en esos pensamientos me vino el mejor, estar correteando por la playa con un niño de la mano, bueno, eso era una de las cosas que aún no habíamos hablado, no quería ir demasiado deprisa, y tampoco sé cuáles son sus pensamientos sobre ese tema. En fin, todo se andará.

Me senté a tomar un café, y cuando miré el móvil, vi tres llamadas perdidas de Belén, y otras tres de Alfonso. Leí un mensaje de Belén diciéndome que tirara para casa de Clara, volando.

Iba en el taxi, preguntándome, ¿qué coño había pasado? No quería pensar que algo le hubiese pasado a Clara. ¿Y si le habían dado una mala noticia de Hugo? Mi corazón se estaba acelerando por momentos.

Bajé del taxi hecha un manojo de nervios, me puse a llamar a la puerta desesperada, no tenía paciencia. Alfonso me abrió con una cara que no me gustó.

—Alfonso, ¿le ha pasado algo a Clara? ¿Dónde está ella? Alfonso, dime algo.

—Tranquilízate y pasa, está en su habitación.

Salí disparada para su cuarto, cuando llegué, estaba durmiendo, no estaba entendiendo nada, miré a Alfonso, me cogió de la mano y me llevó al salón.

—Almudena, ha sido un ataque de ansiedad, no ha querido ir al hospital, y el médico le ha dado un calmante.

—Pero, ¿por qué?, esta mañana estaba bien, —mis ojos se iban llenando de lágrimas.

—Te voy hacer una tila, estás muy nerviosa, ahora hablamos.

—Me estás asustando, ¿qué está pasando?

— Hugo, ha desaparecido.

—¿Qué me estás contando?, pero eso no puede ser —ya no podía hablar del llanto que me entró.

—Almudena, tranquilízate, por favor. Llamaron a Clara para decírselo, lleva cuatro días desaparecido, él y su compañero estaban en París y no se ha vuelto a saber nada más.

—Esto no puede estar pasando, me dijo que volvería pronto. No, no puede estar pasando.

—Seguro están en algo y no han podido ponerse en contacto con nadie, la que me preocupa es Clara.

—Y a mí Alfonso, Clara ya perdió una hija, no puede volver a perder otro, —y me volví a derrumbar, pensé que por fin me había llegado la hora de ser feliz, pero está visto que lo mío es

sufrir.

Estábamos Alfonso y yo en el sofá y escuchamos un grito, salimos los dos corriendo hacia el cuarto de Clara.

—Almudena hija, mi Hugo ha desaparecido —me acerqué a abrazarla.

—Tranquila Clara, veras como no le va a pasar nada, no pienses en lo malo, vamos a pensar que no pueden comunicarse —le estaba diciendo algo que ni yo misma me creía.

—Ojalá hija, no puedo perder a otro hijo.

—Y no lo harás, ya lo veras. Anda, tranquilízate y no llores más.

Salí de la habitación porque ya no aguantaba más ese nudo que me estaba ahogando, no quería que me viera llorar, una de las dos tenía que ser la fuerte, y decidir serlo yo, no me quedaba otra.



## Capítulo 17

Pasaron cuatro meses, cuatro meses en los que no sabíamos nada de Hugo, se lo había tragado la tierra, nadie tenía noticias, ni sus superiores, ni compañeros.

Clara cada vez estaba peor, me mudé con ella para que no estuviera sola, no quería comer, no salía de la cama, la verdad que me estaba preocupando. El médico nos dijo que si seguía así no terminaría bien, no estaba poniendo nada de su parte, estaba muerta en vida.

Y qué decir de mí, pues que estaba igual que Clara, aunque yo sí que tuve que ser fuerte y pensar en mí, estaba embarazada, si embarazada del hombre al que amo y del que no sé nada de él.

Que decir de esos amigos, eran los mejores, no nos dejaban solas, siempre estaban pendiente de nosotras, a mí me reñían mucho porque cuando no quería comer me decían que mi hijo o hija (no quise saber el sexo), dependía de mí, y no me podía echar a llorar. Como si eso fuera fácil.

Un día más, y un día que iba a ser de lo más difícil, cuando me levanté esa mañana fui al cuarto de Clara, y mi mundo se me cayó a los pies cuando vi que tenía una foto de sus hijos y una sonrisa en la boca.

Me había dejado, la mujer que me trató como a una hija se fue y sin despedirse, no aguanto la espera sin saber de su hijo, y se fue.

Fue un golpe muy duro para todos, Clara se había metido en los corazones de la gente que nos rodeaba, Alfonso no podía creérselo, el pobre se culpaba de no haber estado más pendiente de ella.

Dylan y Marcos se ocuparon de todo, no tendré vida para agradecerse. Belén no me dejaba sola, no se fiaba de mí al verme con esa pena tan grande, una pena que me ahogaba por momentos.

Cuando pasó el entierro, nos fuimos a casa de Belén, ya volvería a casa de Clara en otro momento

—Almudena, deberías de comer más y dejar de llorar —me dijo una Belén triste—. Piensa en ese bebé que está creciendo dentro de ti, solo te está escuchando llorar, después no te quejes si te sale llorón —me saco una sonrisa.

—Ay Belén, ¿cómo lo hago, si no puedo dejar de pensar en él? No sé si está vivo o muerto, nadie me da razón de él, déjame decirte que no es nada fácil.

—No lo es, no, como tampoco es agradable que la gente que te quiere, te vea así. ¿Te has parado a pensar cómo nos sentimos nosotros? Así que, déjate de lamentarte más y vive por ti y por tu hijo, siento si soy así de dura, pero si Hugo está vivo, volverá, y si no, tú tienes que continuar.

Esas palabras me habían dejado impactada, pero tenía razón, no podía permitir que estuvieran tan pendientes de mí.

—Belén, me voy a mi casa, por favor no quiero que nadie me moleste, gracias por todo lo que habéis hecho por mí, pero necesito estar sola.

—Pero bueno Almudena, ¿qué coño te pasa a ti? Reacciona maldita sea, tú estás antes que nada ni nadie, bueno tú y tu hijo.

—No tengo ganas de hablar más, me voy a mi casa.

—Como quieras, pero que sepas que no llevas razón, maldita cabezota, abre los ojos y

espabila.

Entré en mi casa y me puse a llorar, ya no sé si era de rabia, por Clara, o por Hugo. ¿Dónde estaría? No poder despedir a su madre, ¿qué diría cuando supiera que iba a ser papá, no quería pensar que estuviera muerto.

Me duché, me puse el pijama y busqué en el frigorífico algo de comer, madre mía, si tenía más anemia que yo, pero bueno, para esta noche tenía, tampoco es que tuviera ganas de comer, cogí un yogurt y una fruta.

Estaba tumbada en el sofá, mirando en el móvil, noticias sobre policías desaparecidos y nada, no había nada. ¿Por qué lo llevarían tan en secreto? ¿Qué sería lo que estaban escondiendo? Esos pensamientos me estaban volviendo loca.

Me fui a la cama, la verdad es que estaba cansada, me puse boca arriba acariciándome la barriga y a llorar, no sabía de donde sacaba tantas lágrimas, y así me quedé dormida.

Un nuevo día, me levanté de la cama haciendo de tripas corazón, porque ganas no tenía ningunas, pero tenía un hambre que me comía a Dios por los pies. Me vestí y fui a desayunar.

—Buenos días Almudena —me dijo un Manu muy serio, y no era para menos, a Clara se la quería mucho— ¿Cómo estás?

—Hola Manu, bueno estoy, eso sí, muerta de hambre. ¿Cómo está tu padre?

—Imagínatelo, como alma en pena, después de mi madre no hubo otra hasta que llegó Clara, me da mucha tristeza verlo, pero bueno, poco a poco, hoy le pedí encarecidamente que se quedara en casa.

—Has hecho muy bien, esto es muy duro. Anda, tráeme un café y tostadas.

—¿He escuchado café? No deberías y lo sabes —llego diciendo Belén, con una sonrisa.

—Anda, déjame que lo necesito. Belén, perdóname por lo de ayer, de verdad no quería irme así y parecer una desagradecida.

—¿Ayer? ¿Qué paso ayer? Nada chiquilla, no pasó nada, y no hay nada que perdonar, igual me pasé un poco, pero tenías que abrir los ojos, ya no eres tú sola.

—Lo sé, pero es muy duro.

—Ya, ya, quiero contarte algo, pero no digas nada hasta que no acabe. Mi jefe se jubila y quizás que me quede con la inmobiliaria.

—Eso está muy bien, ser tu propia jefa.

—¿Qué parte no has entendido de, “no me interrumpas”? —Soltó una carcajada— Escúchame, quiero que la lleves conmigo, seremos las mejores de todo San Fernando.

—No, ¿cómo voy hacer eso? No entiendo de nada, se te olvida que no pude seguir estudiando.

—Anda ya, mira, que para vender pisos no hace falta mucho, es fácil ya verás cómo en dos o tres semanas le has cogido el tranquillo.

—Déjame que lo piense y te digo.

—Tres días, ni uno más.

—Bueno pesada, tres días.

Seguimos desayunando, y charlando de nuestras cosas: de lo ilusionada que estaba con la inmobiliaria, la suerte que iba a tener este bebé que llevaba dentro pues iba a tener muchos titos, y ella su tita preferida...

La dejé en el trabajo y me fui a comprar, no podía pasar ni un día más con la anemia en el frigorífico, que al final me la pegaba a mí.

Paré en un escaparate, y todo lo que veía se me metía por los ojos, yo, que jamás me había

fijado en la ropa de bebé, tenía que centrarme en él, y cuidarnos los dos, aunque no pudiera dejar de pensar en su padre.

Llené el carro, bueno, el carro no, los carros, la mitad de las cosas era comida que una no debería de comer, pero, que leches y, ¿si me daba un antojo?, no tenía a nadie que saliera corriendo a por él. Así pues, me abastecí de galletas, toda clase de dulces y chocolate, ese no podía faltar por nada del mundo.

Entre por la puerta y solté las dos bolsas con lo que me haría falta hasta que me llevaran la compra, abrí ventanas, puse a Sergio Dalma y empecé a limpiar, no es que estuviera desordenada, pero necesitaba matar el tiempo de alguna manera, o me volvería loca.

Colocando unas cajitas que tenía en mi dormitorio, abrí una y me tuve que sentar en la cama, eran fotos de Hugo vestido de uniforme, que guapo estaba, y esa sonrisa... Había otra donde estábamos los tres un día que salimos a comer, estaba sentado entre Clara y yo, con la lengua fuera, haciendo el payasete como le gustaba muchas veces.

No llores, guárdalas, eso es lo que mi cabeza me decía, pero no podía, les echaba mucho de menos. El timbre de la puerta sonó, era el repartidor y detrás del él, Belén. Rapapolvo a la vista, pensé.

—¿Qué te ha dicho el repartidor para que tengas esos ojos?, porque tú estabas llorando.

—Belén, estaba limpiando, me encontré estas fotos —las cogió y las estuvo mirando— y me ha dado tristeza, pero estoy bien. Anda, vamos a la cocina.

—Sí, ya veo yo lo bien que tú estás. Bueno, vamos a guardar la compra, y te vienes a casa a comer.

—No, comemos aquí, me apetece hacer lasaña, ¿te apuntas?

—¿Crees que te voy a decir que no? Venga dale, tu empieza y yo voy sacando todo de las bolsas.

Me puse a cocinar, me estuvo contando cosas de cuando era chica, y las perrerías que hacía con su primo, no podía parar de reír, lo contaba con un arte, que parecía que lo estaba viviendo otra vez.

—Pues eso hija, que no veas la que me dio mi madre, cuando metí el gato en la lavadora, y porque me pilló, que pensábamos lavarlo y todo.

—Pobre gato, me alegro de que te pillara tu madre, porque de no ser así, te lo cargas.

—Eso, tú alégrate, que en mi vida había sentido tanto la zapatilla como ese día, yo creo que se le gastó hasta la suela —lo que nos pudimos reír con ese comentario.

—Mujer, pero míralo por el lado bueno, no te cargaste al gato, peor te hubiera ido.

—No sé yo, porque el culo me lo dejó que no me pude sentarme en una semana.

—Jajaja, calla que al final me meo de la risa, que no te quiero imaginar, en esa tesitura.

—Ni yo, pero calla, que cuando lo recordamos, mi madre me dice que me tenía que haber metido a mí en la lavadora.

Entre risas, se fue pasando el tiempo, comimos y estuvimos charlando de lo ilusionada que estaba por mi bebé, hablamos de ir preparando su cuarto, poco a poco, necesitaba una distracción y esta era muy buena ocasión.

Y es cierto, estuvimos mirando por Internet habitaciones infantiles, eran todas unas monadas, me llamó la atención una que tenía las paredes pintadas en color crema con un arco iris grandísimo en una de ellas.

—Decidido, será esta, con los muebles en blanco, ya no busco más.

—Mira que las habrá mejores, pero es cierto, es muy cuqui.



## Capítulo 18

Pasaban los días, los meses, y seguíamos sin saber nada de Hugo, mis amigos me dejaban sola solo lo imprescindible. Estaba ya de cuatro meses, me tocaba revisión y estaba nerviosa porque seguramente me dirían el sexo del bebe.

El día anterior, estábamos en la playa discutiendo quién me acompañaría al médico.

—Está decidido, iré yo, que para eso seré su padrino —dijo Dylan.

—Ah no, iré yo, que para eso soy su madrina, y la que está ayudando en ese cuarto. No se hable más.

—Chicos, la estáis mareando —les dijo Marcos—, como os pongáis tontos, voy yo con ella.

—¿Desde cuándo te interesa a ti ir a estas cosas? —le pregunto Belén, y me tuve que reír.

—Desde que estoy viviendo el embarazo de mi sobrino, día a día, hasta a mí me están dando ganas de dejar a alguien embarazada...

—¡Ah no, guapo! Conmigo no cuentes, que no es mi momento, ya te lo he dicho muchas veces.

—Bueno, ahora hablo yo. Os agradezco mucho todo lo que estáis haciendo por mí, pero no peleéis o tendré que ir sola. Solo podéis hacer una cosa, echadlo a suerte, pero por Dios, no me mareéis más.

Bueno, ni que decir, que eso hicieron, me moría con ellos. Jamás pensé encontrarme con esas personas que habían estado desde el primer momento, que me acogieron como si me conocieran de toda la vida, y que habían estado a mi lado en los mejores y peores momentos.

—Lo veis, iré yo, y no pienso cambiar el sitio a nadie —nos dijo Dylan, y nos tuvimos que echar a reír.

—“Joputi” eres, tienes suerte hasta para esto —le dijo Belén—, pero vamos porque eres tú, si no, te ibas a ir a otro sitio.

—Mira esta vez viene él, y la próxima vez tú.

—Pues ale que vaya el Dylan ¿Te hemos dicho que el que vaya al médico compra la cuna? —ahí me tuve que reír, pero no yo sola, si no los tres que había conmigo.

—Lo que haga falta, a este bebé no le faltará de nada.

—Ya está, que me vas a hacer llorar. Muchas gracias, no sabes lo que te quiero.

Y ahí estuvimos, hablando de mi bebé como si fuera el único en el mundo, claro que para mí si lo era, quien me lo iba a decir.

Llegué a casa super cansada, pero había echado un día buenísimo, donde mi mente estuvo ocupada y eso me vino de perlas.

Me metí en la ducha, me preparé unos filetes de pollo con salsa de queso, luego estuve un rato en el sofá esperando que el sueño llegara, aunque dicen que a las embarazadas les da sueño a mí me costaba cogerlo, y es que mi mente cuando estaba sola iba a una persona, a él.

Un día nuevo, un día lleno de ilusiones y nervios al mismo tiempo, un día que con suerte sabré el sexo de la cosita que llevo dentro de mí, pero, sobre todo, como estará, eso era lo más importante de todo.

Dylan me llamó para decirme que me esperaba abajo, cogí mi bolso y salí por la puerta, ahí estaba él, siempre con su sonrisa en la cara.

—Buenos días preciosa —me dio un abrazo— ¿Estás lista?

—Buenos días guapísimo, lista y nerviosa.

—Pues venga vamos para allá, verás que todo está bien. Quiero contarte una cosa Almudenita, bueno una cosa a medias.

—Venga, cuéntame eso a medias, pero podrías hacerlo al completo, no me gusta quedarme a medias —nos echamos a reír.

—Mañana salgo de viaje, no te puedo decir dónde, pero es un viaje necesario, que si todo sale bien te gustará mucho.

—Dylan, ¿no irás a buscar la cuna? Mira que me da igual una que otra.

—Jajaja, calla que no te puedo contar nada, pero tampoco me podía quedar callado.

—Muy bonito, aquí todo el mundo que me cuide, y me dejas intrigada para que me coma el coco.

—No puedo, pero te diré que es algo bueno, confía en mí, no te engañaría.

—Confío en ti desde que te conocí.

Hicimos el camino, hablando y riendo. Dylan sabía cómo hacerte reír y en el momento exacto, eso era de agradecer, a veces pienso que habría sido de mí si no lo hubiera conocido.

Llegamos a la consulta, estaba de los nervios, Dylan me apretaba la mano y me pedía que me relajara, que estaba alterando al bebé.

—¿Almudena González? —preguntó una enfermera.

—Yo misma.

—Acompañadme por aquí.

Me agarré de la mano de Dylan, me sudaban una barbaridad, y eso que no iba al matadero, pero estaba demasiado nerviosa.

—Buenos días Almudena ¿Cómo te encuentras?

—Buenos días. Bien, me encuentro bien, un poquito nerviosa, pero bien.

—¿El papá del niño? —preguntó a Dylan, ofreciéndole la mano— Soy Carmen y llevaré el embarazo de Almudena.

—Un placer, Dylan. Soy más bien el tío del bebé,

—Buenos pues vamos a ver cómo va ese campeón o campeona. Súbete a la camilla Almudena —por fin—, voy a ponerte gel y quiero que te relajés. Dylan, te puedes acercar.

—Estas de dieciséis semanas, todo es correcto, voy a moverte un poquito la barriga a ver si se despierta.

Eso hizo, menear mi barriga para despertarlo y que se moviera, mis ojos se llenaron de lágrimas, aunque esta vez era de felicidad, escuchar ese corazoncito, ver esas manitas, esos pies, esa carita... Me dio por mirar a Dylan y se estaba limpiando los ojos.

—Dylan, ¿estás bien?

—Sí, sí, solo que me he emocionado un poquito.

—Y eso que no eres el padre —le dijo la Doctora.

—Bueno, todo está bien, su peso, sus medidas son perfectas, y mirad bien donde os señalo, ahí está, la señorita que robaba los corazones de los muchachos.

Mire a Dylan, estábamos los dos con los ojos llorosos, era una niña, mi preciosa niña, mi niña a la que ya quería más que a mi propia vida.

Carmen me recetó unas vitaminas y me aconsejó que llevara una alimentación sana y variada, caminará todos los días, y que me tomara una tila todas las noches antes de acostarme. Me dijo que nos veríamos en dos meses y que no dejara de cuidarme.

—Oh una niña, ya me veo junto a su padre apartando moscones a diestro y siniestro —decía

un Dylan, contentísimo—. Será mi consentida.

—Dylan, ojalá que lo que hayas dicho sea verdad.

—Pues claro, que te crees, que a mi ahijada se le va arrimar cualquiera, de eso nada bonita.

—Pero Dylan, ¿tú te estás escuchando? No me refería a eso, me refería a...

—Sé a lo que te referías y, claro que seremos los dos. Anda ven, dame un besazo y un abrazo.

—Te quiero muchísimo Dylan, eres un gran amigo.

—Y yo también a ti. Venga, te llevo adonde quieras.

Y de la mano nos fuimos para el coche, lo vi aparcar en el centro comercial, lo miré con la ceja arqueada, y empezó a reírse.

—¿Se puede saber de qué te ríes?, porque no entiendo nada.

—Nada, me río de la cara que me has puesto. Vamos a comer aquí, pero antes, vamos a comprar unas cosillas para mi sobrinita.

—Dylan, no hace falta, además, ya tiene algunas cositas, me la vas a malcriar.

—No importa, ya sabemos que es niña, y sí, te la voy a malcriar.

Entramos en una tienda de bebés, le cogió unos bodis, pijamas, dos vestiditos, y ya no lo dejé coger más nada, se estaba volviendo loco.

Se me antojo para comer una hamburguesa, pero no cualquiera, la más grande. Dios, como me puse, al rato no podía ni menearme.

—Dylan, ¿me vas a decir dónde te marchas mañana?

—No puedo decírtelo Almudena, no hasta que no vuelva, porque no sé cómo me irá, y no quiero adelantar acontecimientos. Solo te diré que es bueno para ti, para todos, pero, sobre todo, para ti, y no te comas la cabeza que te conozco.

—La culpa es tuya, para qué me dices nada, ahora tengo que comerme la cabeza ¿Sabes una cosa?, lo echo mucho de menos y a Clara también, no sé cómo voy a llevar todo esto yo sola.

—No estás sola, me tienes a mí, a Belén, nosotros te apoyaremos en todo, y no me vayas a llorar que te conozco.

—No voy a llorar porque estamos en la calle, pero ganas me dan.

—Jajaja. Joder Almu, no puedo contigo, tienes cada cosa...

Estuvimos un rato más de tienda en tienda, no es que tuviera ganas, pero necesitaba bajar la hamburguesa.

Llegué a casa y lo primero que hice, fue ir directamente a la cocina a hacerme una manzanilla, tenía el estómago todo revuelto. Me senté en la silla y mientras me la bebía, miraba la ecografía de mi hija, que ganas tenía de tenerla entre mis brazos



## Capítulo 19

Había pasado una semana desde que Dylan se fue, en ese tiempo, con la ayuda de Belén y Marcos, terminamos el cuarto de Clara, lo pintamos en un tono crema, y Marcos le dibujo un árbol con sus ramas, y en ella pusimos las dos ecografías que ya tenía de ella, y una foto mía con su padre y otra de su abuela.

Colocamos todas sus cositas, ya estaba amueblada, solo faltaba la cuna, que vendría cuando Dylan llegará, se creería que me tragaba eso, pero, en fin, no había manera de que dijera dónde estaba.

—Qué bonita nos ha quedado —comentó Belén—, ya solo queda esperar a que nazca.

—Bueno, eso llegará cuando yo esté echa una foca, pero si ya solo toca esperar, me muero de ganas de poder verle la cara, aunque me da un poquito de miedo. ¿Y si no sé ser una buena madre?

—No digas tonterías, serás la madre más buena del mundo, tienes mucho amor para dar a esa niña.

—Pero al principio...

—Al principio nada, estabas pasando una mala racha, pero ves ya estás deseando verla. Bueno guapa, te dejo que mi amorcito y yo salimos esta noche.

—Gracias por todo, no sé qué haría sin vosotros.

—Aburrirte, Almudena, aburrirte —y se marchó riendo.

Estaba nerviosa y no sabía por qué, me di una ducha y me senté a descansar un rato, esperando que llegara la hora de cenar.

Llamaron a la puerta y me levanté a abrir, extrañada, porque no esperaba a nadie, al abrir me encontré a Dylan.

—¡Pero bueno!, si es el hombre desaparecido. Anda pasa y cuéntame, dónde has estado.

—Ni un beso, ni un abrazo, vaya recibimiento —lo abracé y le di dos besos—. Eso ya está mejor, anda tira tú delante, ya cierro yo.

—¿Ya sí me vas a contar dónde has estado, o hay que adivinarlo?

—Sí, sí, pero antes quiero que estés tranquila, que pienses en lo que llevas ahí dentro —me dijo acariciándome la barriga.

—Me estás asustando, suéltalo ya, o te doy una colleja.

—Venga vale, que mujer más impaciente, he ido a Valencia.

—¿Qué has ido dónde? Dylan, habla ya joder.

—Pero si no me dejas, he estado en contacto todo este tiempo con el superior de Hugo, no te dije nada porque sabía que te pondrías nerviosa y en tu estado no es bueno.

—¿Sabes algo de él? ¿Está vivo? ¿Qué le ha pasado?

—Almudena, ¿me quieres dejar hablar? Tranquilízate —que fácil lo veía él—. Sí, está vivo, tuvo un accidente, estuvo un mes en coma y cuando despertó no sabía ni su nombre, hasta hace tres semanas, por eso no te quise decir nada.

Sentía correr las lágrimas por mi cara, pensar que estuvo solo todo este tiempo, sin nadie de su entorno me mataba.

—Dime, Dylan ¿Dónde está él? ¿Por qué no ha venido contigo?

—Estoy aquí, mi amor —menos mal que estaba sentada, porque de lo contrario, me habría

caído al suelo—. Ven, dame un abrazo, siento mucho todo por lo que habéis tenido que pasar tú y mi madre.

—Hugo, tu madre ya no....

—Lo sé, Dylan me lo ha contado todo, y no sabes lo que me apena saber todo el sufrimiento que tuvo que pasar.

—No quería vivir, decía que se quería ir con sus hijos, que no soportaba perder otro hijo más.

—Bueno parejita—interrumpió Dylan—, yo me voy, tenéis mucho de lo que hablar y yo, ya no pinto nada.

—No digas eso, gracias Dylan, no tendré vida para pagarte esto que has hecho por nosotros— dijo Hugo.

—Lo he hecho con gusto, ahora os dejo para que habléis tranquilamente.

Me contó que estaban tras una red de tráfico de drogas, y que se dieron cuenta que no solo traficaban con drogas, sino con chicas que traían de países del este.

Tuvieron que irse a Francia tras ellos, y allí fue donde se complicó la cosa. Al intentar ayudar a tres chicas, los pillaron, saliendo de allí cagando leches, pero tras disparar a las ruedas del coche sufrieron un accidente, su compañero murió en el acto y a él, lo que le salvó fue que pensaron lo mismo.

Después del accidente, cuando despertó no sabía quién era, y su documentación no la llevaba encima, por eso no supimos nada de él.

—¡Qué horror mi amor!, no me imagino lo mal que lo has tenido que pasar, aquí las cosas tampoco han sido fáciles.

—Lo sé y me da mucha pena que mi madre se haya ido con ese dolor —me dijo con lágrimas en los ojos—. Tuvo que haber sido muy duro para ella, bueno y para ti también, pero ya no estarás más sola.

—Hugo, no estaba sola.

—Lo sé, tengo mucho que agradecer a tus amigos, sobre todo, a Dylan.

—¿Dylan te ha contado algo?

—Aparte de lo de mi madre no, pero me dijo que tú, sí que tenías algo que contarme.

—Me lo como, que atento es, no te ha dicho nada —me miraba extrañado—. No me mires así, que cuando te lo cuente lo entenderás.

—Vale, me apetece darme una ducha, ¿quieres ducharte conmigo?

—Me gustaría, pero mientras tú te duchas yo preparo algo de cenar, ya tendremos más días, relájate corazón mío.

Me abrazo, un abrazo de esos que te llegan al alma, de los que no quieres que nunca termine, y que tanta falta me hacía.

Mientras se duchaba, le puse una nota en la puerta del frigorífico con la ecografía, donde decía: bienvenido a casa papá, soy Clara. Estaba deseando que saliera de la ducha y que llegara ese momento.

Me puse hacer de cenar, y no dejaba de mirar hacia la puerta, la verdad es que estaba tardando mucho, pero no quería molestarlo, sé que necesitaba su tiempo, y para él, tampoco estaba siendo fácil

—Umm, que bien huele —me dijo, agarrándome de la cintura por la espalda y dándome un beso en el cuello— Vaya almejas, que ricas, reservaré una para el postre.

—Jajaja, anda, anda. Oye, Hugo, ¿sacas una botella de vino blanco que hay en el frigo, por favor?

—Claro y sin favor —al llegar se quedó parado muy serio, cogió la ecografía en la mano y se quedó mirando— ¿Voy a ser padre?

—Vamos a ser padres.

—Mi madre lo sabía, o no le dio tiempo.

—Sí lo sabía, estaba muy contenta, decía que por fin iba a tener un nieto.

—Cuánto dolor le he causado, si no hubiera dicho de ir a esa misión, ahora estaría aquí con nosotros.

—Hugo no te culpes por lo que no tienes culpa, las cosas han venido así y ya no hay vuelta de hoja, todos nos hemos quedado muy tristes.

—¿Y tú y él bebé estáis bien?

—Yo y Clara, ahora estamos bien, contentas y felices, me ha costado un poquito, pero por ella me he tenido que esforzar.

—Lo siento mucho mi amor.

—No vuelvas a decir que lo sientes, no quiero que te sientas culpable, y vamos a cenar que tengo hambre y quiero mi postre.

Cenamos hablando de su estancia en el hospital, que cuando empezó a recordar, quería salir de allí, pero claro, en su situación no lo dejaron, tenían que asegurarse de que su cerebro estuviera bien del todo.

Le conté que Belén y Dylan, se peleaban por venir conmigo al ginecólogo y que en esta ecografía lo tuvieron que echar a suertes, él me miraba y sonreía, no dejaba de acariciarme la mano.

Esa noche lo hicimos con mucha ternura, disfrutando el uno del otro, recorriendo cada parte de nuestros cuerpos, con caricias y besos, pero, sobre todo, con amor.

Me quedé apoyada en su pecho hasta que Morfeo, se apoderó de mí.



## Capítulo 20

Me despertaron unas manos acariciándome la barriga, y hablando a susurros.

—¿Ya estáis con los secretitos? Buenos días mi amor.

—Buenos días preciosa, secretitos no, solo le estaba diciendo que soy muy feliz de saber que está ahí dentro, y que voy a ser el mejor papá del mundo.

—¡Ah, muy bonito!, el mejor papá, y para mí que vas a ser el hombre que duerme conmigo, ¿no?

—Mira Clara, ya se nos ha puesto celosa mamá, ¿ahora qué hacemos? — nos echamos a reír.

—Qué bobo eres. Anda, dame mimitos, que yo también quiero.

—¿Lo ves?, estás celosa, y no lo niegues.

Entre risas, besos y más besos, paso lo que tenía que pasar, que lo volvimos hacer, despacio, disfrutando cada uno del cuerpo del otro.

Se levantó y me dijo que no me moviera de la cama, que me iba a preparar un buen desayuno, y ahí me quede yo, sonriendo con una cara de tonta que no podía con ella, pero feliz, feliz de tener al hombre que tanto amaba conmigo, feliz por llevar en mi vientre a Clara.

—¿Qué estás pensando? —me preguntó Hugo, cuando apareció con el desayuno— Malo no debe ser por tu cara, pero me gustaría que me contaras.

—No pensaba, solo es que estoy feliz, feliz por tenerte a mi lado, feliz por llevar a Clara dentro de mí, tan feliz estoy, que me da miedo que todo sea un sueño.

—Mírame, Almudena, no es un sueño, esto está pasando de verdad, yo también tengo miedo, pero miedo a perderos a las dos, ya he perdido todo lo que me quedaba, me moriría si os perdiera a las dos.

—Eh, para —solté la bandeja en la mesita de noche—. Ven, siéntate aquí conmigo. No nos vas a perder, yo no puedo vivir sin ti, y mira que casi te pierdo, pero ahora que estamos juntos, vamos a vivir y ser felices, rodeados de esa gente tan maravillosa que nos hemos encontrado en el camino.

—Lo sé, pero no dejo de pensar en mi pobre madre, —lo dijo con lágrimas—. No me voy a poder perdonar lo que le hice pasar.

—No es culpa tuya, no quiero que te atormentes por ello, seguro que donde quiera que esté, estará feliz, feliz por haberse reunido con tu hermana y tu padre, y feliz por vernos a nosotros juntos. Y ahora, haga usted el favor de arrimarme la bandeja que su hija y yo, tenemos que desayunar

Si digo que no estaba contenta mentiría, porque lo estaba y mucho, me veía también un poquito egoísta, aunque me acordaba de Clara, sabía que él lo estaba pasando mal, se sentía demasiado culpable.

Los días pasaban, la habitación de Clarita ya estaba terminada, Hugo quiso vender la casa de su madre, decía que era muy pequeña para irnos a vivir a ella. Hablamos de comprar una casa al menos con tres habitaciones, piscina y jardín, para que nuestra hija pudiera disfrutar en él.

Tres meses habían pasado desde que él llegó a casa, en ese tiempo tuvo muchas revisiones médicas, pero todo iba bien, todo menos él.

Me dolía saber que estaba mal, él no lo sabía, pero muchas noches creyendo que yo dormía, lo escuchaba llorar, no dejaba de sentirse culpable por la muerte de su madre, otras veces se

pasaba el día como un zombi, no le apetecía hablar, ni hacer nada conmigo, me mataba verlo así.  
Una mañana al despertarme vi que no estaba en la cama, me levanté y lo encontré sentado en el suelo del cuarto de baño.

—Hugo, ¿estás bien? ¿No me asustes, dime qué te pasa? —Ni si quiera me miro—Joder, Hugo, háblame, así no puedes seguir.

—¿Acaso crees que me importa? —Ni me miró cuando me soltó esas palabras, pero a mí me dejó muerta.

—Pues debería importarte ¿Acaso no te importa tu hija? Ya no te hablo solo de mí, no es justo lo que nos estás haciendo.

—Tu habla de ser justos... ¿Ya no te acuerdas cuándo me dejaste solo? —Dios, dame paciencia, me dije— Te fuiste y no te importó dejarme solo.

—Hugo, no me vengas con esas ahora, sabías que tenía que irme, no podía quedarme más tiempo...

—Claro la señora no podía quedarse, ella tenía que irse sin importarle la opinión de los demás.

—Mira, te voy a decir una cosa. Siento mucho lo de tu madre, para mí también lo era, no creas que eres tú solo el que lo está pasando mal. Si quieres estar toda tu vida lamentándote, hazlo, pero no pienses que me vas a hacer que me sienta culpable, porque nadie tiene la culpa.

—Almudena, me voy a marchar, no sé dónde, pero me marchó —os juro que si me dan una hostia no me duele tanto como esas palabras.

—Haz lo que te venga en ganas. Eso sí, si te vas, aquí no vuelvas —cerré la puerta del baño y lo dejé solo.

Estaba harta de tanto llorar y de tantas lamentaciones, me vestí y me fui a la calle ¿Qué le estaba pasando? ¿De verdad no le importaba nada? No tenía un destino fijo, pero me puse a caminar y cuando me quise dar cuenta, estaba en la puerta de Dylan.

Estaba a punto de llamar cuando se abrió la puerta.

—Almudena, ¿pasa algo? ¿Estáis bien, tú y la niña?

—Hay Dylan, tú y tu preguntadera. ¿Puedo pasar, o te ibas?

—Me iba, pero pasa y cuéntame anda.

—Hugo dice que se marcha, últimamente ha cambiado mucho, no hace nada más que lamentarse y culparse por lo de su madre, yo ya no sé que hacer —hay ya me vine abajo y rompí a llorar.

—A ver, no llores. Madre mía esa niña será una llorona, solo escucha llantos, —me tuve que reír con ese golpe—. Mira, por lo menos te hice reír. A ver, Almudena, no me voy a poner de su parte, pero le entiendo, tiene que ser muy duro para él.

—Para él y para mí, pero así no se puede vivir, me estoy cansando, y es tal el cabreo que tengo que le he dicho que, si se va, no vuelva.

—Qué le has dicho, ¿qué? Estáis locos los dos. Escúchame, te vas a ir a casa, yo tengo que hacer unas cosas, pero te prometo que cuando termine hablo con él, lo voy a llamar y le voy a decir que necesito que me ayude en algo, y tú como si no supieras nada, ¿estamos?

—Si, pero no te enfades, que solo te falta ladrar.

—Anda, que entre unos y otros, me vais a volver loco —me dio un abrazo y me fui.

En el camino compré el pan y esos dulces que tanto le gustaba, no sé si estaría o no, miedo me daba llegar.

Abrí la puerta, no se escuchaba nada, solté las cosas en la cocina y me puse a hacerme un

zumos de naranja, con el cabreo ni me di cuenta que no había desayunado. No me atreví a asomarme al dormitorio, ni al baño, me daba miedo que se hubiera ido.

Una hora sentada sin saber qué hacer, me daba “yuyu” mirar y que no estuviera, y si no lo hacía no sabría si se había ido o no.

Allí no estaba ni el tato, se había ido, fui corriendo al armario, pero sus cosas seguían ahí, pues nada ya aparecería cuando quisiera. Me puse a limpiar y cocinar, no me iba a quedar esperando, se acabó hacer el tonto.

Llegó la hora de la comida y Hugo sin aparecer, comí sola, recogí la cocina y me tumbé en ese sofá al que le estaba pegando unas palizas de campeonato. Debí quedarme dormida porque cuando desperté eran más de las seis, me asomé por toda la casa y este hombre seguía sin aparecer.

Desesperada estaba, Dylan no me cogía el teléfono, y ya ni que decir de Hugo, ese menos. Qué tendría en esa cabecita que no se daba cuenta de lo mal que me lo estaba haciendo pasar ¿Estaría siendo yo una egoísta? ¿Por qué me echaría en cara cuando me marche de Torrente? Era tal el cacao que tenía en mi cabeza, que ni yo misma lo entendía.

Salí de casa, y llamé a la casa de enfrente, que habría hecho yo si no llego a conocer a Belén, si es toda bondad.

—Hola Belén, ¿puedo pasar?

—Claro pasa. Pero bueno, ¿y esa cara que me traes? ¿No me digas que has peleado con Hugo?

—Madre mía, ya estamos con la preguntadera. Párate mujer, de una en una. Entre tú y Dylan, vaya telita...

—Anda deja de quejarte y cuéntame, porqué hija traes una cara, que parece que vienes de un entierro.

—Ya no puedo más, te juro que no, Hugo no es el mismo desde que llegé, se culpa de la muerte de su madre, lo escuché llorar por las noches y cuando le preguntó qué le pasa no me dice nada. Hoy me salta con que se marcha, pero lo peor de todo es que me ha echado en cara cuando yo lo dejé, una mierda vaya.

—Y, ¿dónde está ahora? Ten, tomate está tila que te hará bien.

—Gracias amiga. No sé dónde está, le conté a Dylan esta mañana, me dijo que lo llamaría, pero nada, no me cogen el teléfono ninguno de los dos.

—Bueno, entonces no te preocupes, Dylan llamó a Marcos, seguro que están los tres juntos.

—Le dije que si se iba que no volviera más.

—Joder Almudena, de verdad no te reconozco, has espabilado un montón, si me lo llegan a contar cuando te conocí, no me lo hubiera creído.

—La verdad es que se lo dije con la boca chica, no quiero que se vaya, no puedo vivir sin él.

—Anda tonta, ven aquí —me abrazo—. Veras como todo se arregla, ponte un poquito en su lugar, no debe ser fácil para él. Venga, vamos a tu casa y lo esperamos allí.

Tres horas pasaron cuando sentí la puerta abrirse, me estaba levantando cuando me tuve que sentar otra vez, allí estaba Hugo, borracho como una cuba, lo traían cada uno de un brazo.

—Pero, ¿qué le habéis hecho? —preguntó Belén, muerta de risa.

—Sí, tú riéte, cabrona —le dijo Dylan—No sabéis el día que me lleva dado, manda huevos lo que hay que hacer por los amigos. Anda vamos a llevarlo a la cama, que duerma la mona, este se ha bebido hasta el agua de los floreros.

Lo dejaron en la cama, Belén muerta de risa y yo, con un cabreo de tres pares de narices.

—Déjalo que duerma, verás mañana cuando se levante, jajaja.

—Gracias Dylan, no sé qué haría sin ti.

—Vivir bonita, vivir, me voy a casa que este me ha dejado más cansado que cuando voy al gimnasio.



## Capítulo 21

Hugo se pasó toda la noche durmiendo, y no era para menos, la que no pegó ojo fui yo, cada dos por tres me asomaba al cuarto para ver si respiraba. Estaba desayunando cuando se levantó.

—¡Dios como me duele la cabeza!

—No creo que Dios tenga la culpa, pero si quieres te llevo al bar otra vez.

—¿El día que naciste que era el día de los graciosos?

—Pues no lo sé, ni si quiera sé dónde nací, como para saber si nací el día de los graciosos.

No dijo nada más, yo tampoco, se sirvió el desayuno y lo hicimos en silencio, luego recogí la mesa. Estaba fregando los vasos cuando sentí unas manos en mi cintura, me beso en la cabeza y me susurró un “te quiero, dejándome sola y yéndose para el baño.

Estaba en el dormitorio cuando salió envuelto en la toalla, madre mía cada vez que lo veía se me caía la baba, y lo que no era la baba.

—Ven, tenemos que hablar —me cogió la mano, me sentó en la cama y él, se puso de rodillas

— Perdóname corazón, no quería hablarte como lo hice, sé que no tienes la culpa de nada. Me siento mal porque todo esto me ha sobrepasado, el accidente, lo de mi madre, pero te prometo que voy a cambiar el *chip* de ahora en adelante.

—Eso espero Hugo, porque yo también he llegado a mi límite.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Déjame hablar y escucha. Estoy harta de estar llorando, vamos que la Zarzamora a mi lado, se queda en pañales. Estoy harta de estar sufriendo y creo que merezco un poco de paz en mi vida. Grábate esto en la mente, te quiero más que a mi vida y lo sabes, pero otra metedura de pata por tu parte y se acabó.

—¿Estás hablando en serio? —asentí— No te preocupes que, a partir de ahora, no tendrás queja de mí. Y ahora, ven para acá mujer.

Me levantó de la cama y me abrazó, me acomodé en su pecho, escuchando sus latidos, me miró y me besó, un beso en la frente, para ir bajando por toda mi cara, mientras me besaba me tumbo en la cama y me fue desnudando sin prisas, recreándose en mi cuerpo.

No me cansaba de mirarlo, ese brillo en sus ojos que dejaba claro cuánto deseo había en ellos. Siento un escalofrío cuando su lengua va recorriendo mi cuerpo hasta llegar a mi entrepierna, el simple hecho de pasar su lengua hace que la piel se me erice.

Mientras su lengua se pone juguetona, su dedo se va abriendo paso dentro de mí, jadeo, lo quiero dentro, necesito sentirlo.

—Hugo, te quiero dentro, ya...

—Shhh, no tengas prisa pequeña, déjame que te saboree, me vuelves loco —sigue entrando y saliendo de mí con dos de sus dedos.

—Hugo, por favor...

Sonríe al ver mi urgencia, levanta mis piernas a sus hombros y me penetra. Suelto un grito y vuelve a sacarla para volver a penetrarme, así lo quiero, salvaje dentro de mí.

—Preciosa, me vuelves loco.

—¡Joder Hugo! Sigue así, no pares —el choque de su cuerpo con el mío cada vez que me penetra, se junta con nuestro jadeos y gemidos. Lo miro a los ojos y estoy preparada para soltar todo lo que tengo para darle.

—Córrete mi amor, dámelo todo —y estalló gritando su nombre, con todo mi cuerpo temblando. Él, sigue dos embestidas más y siento como se estremece al alcanzar el orgasmo.

—Te amo con toda mi alma.

—Yo también te amo, preciosa.

Nos quedamos un rato en la cama, mirando al techo, noté como se dio la vuelta y empezó a acariciarme la barriga.

—Clara, si supieras las ganas que tengo de ver tu carita, de poderte tocar. Voy a intentar ser el mejor padre del mundo, te voy a cuidar a ti y a tú mama.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca, tengo una mujer que me ama, y una bebé a la que estoy deseando tener en mis brazos.

—Ya queda poco, yo también estoy deseando ver esa carita.

Esa mañana nos quedamos en casa y nos pusimos a terminar de colocar la ropita de la bebita, madre mía qué de ropa, desnuda no iba a estar. Me fui a preparar la comida, me apetecía una ensalada de pasta, y me puse a ello. Hugo se quedó en el sofá, se le veía cansado, pero claro, era lo que tenía beber como un cosaco.

Estaba cortando el pepino cuando un dolor de barriga hizo que me doblara, no podía ser, aún faltaban dos meses. Me incorporé como pude, pero a la nada ese dolor volvió, y en ese momento sentí como un líquido corría por mis piernas.

—¡Hugo, ven, corre! —Apareció en la cocina y se quedó parado—¿Qué haces ahí parado es que no me ves?

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Te has meado?

—El coño de tu tía la tonta, es que no ves que me estoy poniendo de parto. Que me he meado dice...

—Pero, ¿qué hago? —otro dolor, otro grito— ¿Dime qué hago?

—Sacar el parchís no te jode... ¡Llevarme al hospital, eso es lo que tienes que hacer!

—Pero si aún no tengo el coche.

—Me cago en todo lo que se menea de aquí y del más allá, pues llama a alguien hijo, mucho cuerpo y poca sesera en estos casos.

Salí de la cocina como pude, y fui a casa de Belén, sabía que ella no estaba, pero quizás Marcos sí. Vamos, que esto me estuviera pasando a mí... Llamé a la puerta, bueno la aporreé, por no decir que no quemé el timbre de milagro.

—¡Joder, que ya voy! —venía diciendo Marcos— ¿Qué coño pasa ahora, Almudena?

—Marcos, necesito que me lleves al hospital, que Clarita dice que quiere salir.

—Me cago en la leche, haberlo dicho antes. Venga cojo las llaves y nos vamos. ¿Dónde coño esta Hugo ahora, joder?

—En la cocina asimilando que hacer en estos casos— la carcajada de Marcos se tuvo que escuchar en todo el edificio, pero es que yo con dolores y todo me tuve que reír.

—No tiene gracia que lo sepáis, estoy aquí—contestó un Hugo, que estaba más blanco que la pared.

Madre mía, no sé qué era mejor el remedio o la enfermedad, si no parí en el coche fue porque Dios no quiso, porque si Hugo se quedó lelo cuando me vio, Marcos iba a todo carajo, tocando el claxon, e insultando a todo el que se le ponía por delante, y encima querían que me calmara.

—Os mato, juro que os mato, eres un suicida Marcos, no me vuelvo a montar más contigo en el coche.

—¿Y qué quieres guapa? ¿No querías que te trajera al hospital?, pues ya estás aquí. Hugo, lo ves, no hay quien entienda a las mujeres, ellas solas se contradicen —y empezaron a reír.

—Iros a la mierda los dos, y dejadme tranquila.

Ni los esperé, me metí en el hospital, y al primer celador que vi le dije que venía de parto, ese sí sabía qué hacer, me sentó en una silla y me subió a la sala de maternidad.

Me metieron en una sala y me dijeron que mi doctora no estaba, pero que otro doctor me atendería.

—Buenos días, soy Ignacio, vamos a ver que tenemos aquí, dígame su nombre para ver su historial— eso hice, estuvo revisándolo, levantó la vista y me miró— Pero, aun te faltan dos meses.

—Y a mí que me cuenta, dígaselo a la que está queriendo salir, que yo estaba tan ricamente haciéndome una ensalada de pasta.

—Mujer, no estoy culpando a nadie. ¿Vienes sola, Almudena?

—No, vengo con el padre de la niña que se ha quedado lelo, cuando ha visto el charco en el suelo, y con el suicida de mi amigo, que por poco me hace parir en el coche.

—Jajaja, mujer no será para tanto.

—¿Qué no?, si los he dejado a los dos en la calle porque no se aclaraban, vamos que ahora mismo no sé dónde están.

—De momento la que tiene que estar, está. Te vamos a llevar a la sala de monitores y vamos a tenerte allí un ratito.

Capítulo 23

Llevaba media hora en monitores cuando se abrió la puerta.

—¿Puedo pasar, amor?

—¿Amor vas a decir? Anda pasa, que esto duele mucho —se sentó a mi lado y me cogió de la mano.

—Almudena, siento lo que ha pasado en casa, me puse nervioso, no sabía qué hacer.

—¿No me digas?, ni cuenta me había dado oye. Parece mentira que seas policía, vamos, cómo para que te hubieras encontrado alguna mujer de parto por la calle.

—Pues fíjate que no, menos mal —en ese momento me dio una contracción y pegue un chillido— ¿Te duele?

— No, me hace cosquillas, no te jode, y todo por tu culpa. A ver quién coño te dijo que me dejaras embarazada.

—¿Te arrepientes de ello?, pensé que estabas contenta...

—Mira Hugo, déjalo ya, ¿sí?, que no haces nada más que cagarla desde que estoy así. No me arrepiento, no.

No dijimos más nada, su cara era un poema, y el pobre ya no sabía ni lo que hacer, ahora la mano seguro que la tenía que ni moverla iba a poder de los apretones que le estaba dando.

Seis horas llevaba allí amarrada con esas correas y escuchando el corazón de mi bebida, que desesperación. Hugo se había ido fuera, bueno lo eché porque me estaba poniendo de los nervios.

Ignacio vino a ver cómo iba la cosa tres veces y en la última me dijo que volvía en media hora, que ya casi estaba lista, y la verdad es que estaba acojonada no, lo siguiente.

Me metieron en paritorio y me prepararon, había una enfermera que no hacía nada más que decirme que me relajara. ¿Hola?, como ella no iba parir lo veía todo muy fácil,

—Bueno mami, ¿estás listas? —me preguntó Ignacio— Ahí fuera hay un papa que quiere entrar, ¿lo dejamos?

—A ver, qué remedio, pero como me la lie, lo mató.

—Mujer no será para tanto, solo puede pasar que se desmaye —se echó a reír.

Paso y se acercó a mí para cogerme de la mano, me dijo que me tranquilizara, que todo iba a salir bien, ese era Hugo tranquilizándome a mí, que raro. Ignacio me dijo que me quería relajada y cuando me viniera un dolor empujara.

—Venga Almudena, así, muy bien, empuja que vas muy bien.

—Esto duele mucho ya no me quedan fuerzas.

—Vamos que ya sé le ve la cabecita, un último empujoncito.

Y eso hice, tres empujones más y sentí un llanto que me llegó al alma, fue una sensación que no sé cómo explicar. Ignacio le dijo a Hugo que le cortara el cordón, la cara de mi hombre era para haberla grabado, esos ojos que tanto le brillaban no se me iban a olvidar en la vida, y que bien se los veía.

Ya en la habitación, recibimos la visita de esos tres que tanto hacían por nosotros desde que llegaron a nuestras vidas.

—¿Se puede pasar? —dijo una Belén, más que sonriente— ¿Dónde está mi sobrina que me la voy a comer?

—Te vas a comer lo que yo te diga, como no me ha costado echarla para fuera— me dio un abrazo.

—Clara está en la incubadora, está bien, pero como ha nacido baja de peso por su tiempo, tendrá que estar unos días, pero podéis ir a verla.

—Bueno, ahora iremos, tú no te preocupes que pronto estará en casa. Y, ¿cómo ha ido todo?

—Aparte de que casi tu hombre me hace parir en el coche bien, cansada pero bien.

—¿Nosotros también podemos pasar? —Ahí estaban, Dylan y Marcos— ¿Cómo te encuentras preciosa?

—Como si me hubiera pasado un camión por encima. Que duro es esto.

—Por Dios Almudena, no seas tan exagerada. Pero dime, ¿por qué no me has llamado?

—Mira, ni me lo recuerdes, porque entre que este sé me quedó medio lelo, y el otro es un suicida, por poco nace en el coche— estallamos todos a reír.

—Pero, te he traído o no, ¿eh? Tendrás queja—me dijo Marcos.

—Sin comentarios Marcos, mejor déjalo.

Estuvieron un rato haciéndome compañía y tiempo para conocer a Clara.

—Es tan bonita como su mamá —me dijo Hugo, dándome un beso en la frente—. Te quiero mucho mi amor.

—Yo también te quiero, eres lo mejor que me ha dado la vida Hugo, pese a todo lo que ha pasado entre nosotros.

—¿Quién se acuerda de eso? Eso está en el pasado, los dos hemos cometido muchos errores, pero, a partir de ahora, vamos a empezar una nueva vida junto a nuestra hija.

Mis lágrimas se deslizaban por mis mejillas, lágrimas que me limpió el hombre que me robó el corazón el día que lo vi por primera vez, lágrimas que eran de felicidad, porque por fin veía que mi vida iba cobrando sentido.

Dos días en el hospital y por fin me dieron el alta, Clara se tuvo que quedar, le quedaba poco para tener el peso permitido y debía permanecer en el hospital.

Me llevé un mes, de casa al hospital y viceversa, cada vez que iba me dejaban coger un ratito a mi hija, Hugo siempre me acompañaba, menos cuando tenía rehabilitación.

Por fin llegó el día que nos llevamos a Clara a casa, ya tenía los dos kilos y medio.

—Cuando llegamos a casa, me encontré con una sorpresa, ahí estaba toda la gente a la que quería, mi familia, pues es lo que eran para mí.

—Pero, ¡qué niña más guapa! —me dijo Alfonso, dándome un beso en la frente y un abrazo —Me alegro mucho Almudena, sí Clara la viera se la comería— en ese momento le cambió la cara, esa cara de tristeza cuando la recordaba.

—¿Quieres coger a tu nieta abuelo? —Sí, abuelo porque ese hombre se había portado conmigo como un padre, me abrió las puertas de su casa cuando más falta me hacía, y también las de su corazón.

—Claro que sí hija, pero espera que me siente, que hace mucho que no cojo a un bebé.

—Vamos papá, que eso no se olvida— le dijo Manu— Felicidades Almu, es preciosa.

—Gracias a todos por este recibimiento, para mí sois muy importantes, sois mi familia.

Mi niña iba de mano en mano, como si fuera una muñeca, pero no se quejó, cuando Dylan la cogió, le vi un brillo en los ojos, que hasta a mí me emocionó.

—Bueno, ya está, que como esto siga así, esta se nos pone a llorar —Belén y sus cosas, pero era cierto, jamás pensé en encontrar una familia después de mi abuela Pepa, una familia que desde el minuto uno me tendió la mano.

Disfrutamos de una cena de lo más animada, Clara solo se despertó para comer, era una niña buenísima. Estuvimos recordando esos momentos donde tanto compartimos con Clara. Alfonso y Hugo, fueron los que más se emocionaron.

No faltó contar el momento que me puse de parto, ahí sí que echamos unas buenas risas recordando al lelo y el suicida, al final se iban a quedar con ese apodo. Hay que ver cómo cambiaba la cosa cuando ya todo había pasado

Cuando todos se marcharon, fui a darme una ducha, Hugo se quedó recogiendo y pendiente de Clara, menos mal que se le pasó lo alelado que si no, apañada iba.

Cuando salí del baño y fui al dormitorio, me tuve que parar en el marco de la puerta, la imagen que estaba viendo era digna de admirar, en la cama estaba Hugo con Clara, ella le tenía un dedo cogido con su manita, y él no dejaba de mirarla.

—Hacéis muy buena pareja, se os ve tan bien juntos, que me quedaría horas y horas sentada mirando esa imagen.

—Es preciosa, ¿verdad? —asentí con una sonrisa— Tan preciosa como su mama. Anda, ven con nosotros.

—Me parece mentira, que ya esté con nosotros, ¿viste la cara de Alfonso cuando la vio?, ¿y la de Dylan?, se veía tan bien con ella. Ojalá encuentre una mujer que se lo dé todo, se merece eso y más.

—Lo quieres mucho, ¿a qué sí? Cuando hablas de él, lo haces con tal sentimiento, que a veces me hace sentir celoso.

—Lo quiero muchísimo, no solamente por todo lo que ha hecho por mí en este tiempo, también por el gran corazón que tiene, y no te sientas celoso porque siempre será mi mejor amigo, y si no fuera por él, no sé si ahora mismo estaríamos hablando tu y yo.

—Tranquila, que no te daría a elegir.

—Mas te vale corazón, porque no sé lo que haría —y me eché a reír.

Puso a la niña en la cuna, me abrazó, y empezó a llenarme de besos, unos besos llenos de ternura y amor.

—Cariño, ¿duermes? Tengo que decirte algo.

—Mmmm... ¿No puedes esperar a mañana?, mira que estoy que no puedo más,

—¿Quieres casarte conmigo? —me susurró al oído.  
—No quiero ¿Qué has dicho? Repítelo.  
—¿Que si quieres casarte conmigo?  
¿Dije que estaba medio dormida? Pues más rápida abrí los ojos y me di la vuelta.  
—¿Me lo estás diciendo en serio, Hugo?  
—Nunca bromearía con eso, sé que no son las formas, ni tengo anillo, pero es lo que me ha salido del alma hacer.  
—¿A quién le importa el anillo?, a mí no. Sí, sí, sí, me caso contigo una y las que sean necesarias —me lo comí a besos.

## Capítulo 24

Un año había pasado desde la noche que Hugo me pidió matrimonio, Belén se puso como loca, cuando se enteró de la forma que me lo pidió y sin anillo, empezó a decirle que así no se hacían las cosas, que era un cateto y no sé cuántas cosas más.

Y a mí me daba igual, yo estaba feliz, porque estaba con el hombre al que quería, la manera en cómo me pidiera matrimonio me daban igual.

En este año habían pasado muchas cosas, Hugo ya estaba recuperado del todo, volvía a trabajar y Belén y yo, estábamos felices de cómo nos iba con la inmobiliaria.

Habíamos bautizado a Clara, fue un día muy bonito y emotivo, nos acordamos mucho de su abuela, Hugo intentó disimular, aunque le costó un poquito.

Clara empezaba a dar sus primeros pasitos, solo decía papá y mamá, lo demás te lo señalaba. Bebía los vientos por Dylan, y él por ella, le teníamos que reñir porque me la estaba malcriando, pero él decía que los padres educaban y los tíos malcriaban, y debía ser cierto porque vaya panda que tenía alrededor, si no era uno era la otra.

Decidimos casarnos en tres meses, tampoco teníamos prisa, pero no queríamos esperar mucho. Fue de locura. Si algún día os casáis, no llaméis a Belén, madre mía, me estaba volviendo loca, que le gustaba dirigir una orquesta, pero yo encantada pues sabía que lo hacía de corazón.

Una tarde, llegó Belén a casa y traía una cara de felicidad, que no podía con ella.

—¿Y esa cara? Anda cuéntame y quita ya esa sonrisa de pava.

—¿Tengo sonrisa de pava? Pues déjame recordarte que la misma que tu ponías cuando supiste que estabas embarazada.

—¿Estás embarazada?!

—¡Estoy embarazada! Clarita va a tener un primito, porque será un precioso niño que se llevará a las mujeres de calle.

—Como me alegro. Bueno, esto hay que celebrarlo —me fui hacia ella y le di un abrazo— Y, ¿qué dice Marcos?

—Nada, aun no lo sabe, esta noche le prepararé una cena romántica, se lo diré, y lo mismo le pido hasta matrimonio —empezamos a reír.

—Anda ya loca, mira que te gusta cabrearlo, sabes que lo de casarse no va con él.

—Me da igual, le diré que lo mío no es tener hijos sin estar casada, vamos que este se casa, sí o sí.

—Bueno, tú misma, ya me contarás cómo te ha ido esa pedida.

—Almudena, te estoy hablando en serio, o es que tiene que ser siempre el hombre el que pida

matrimonio, y venga, coge a Clara que nos vamos de compras.

—¡Ah no!, paso, ve tú sola.

—Joder Almudena, que no tengo vestido para esta noche y tengo que comprar el anillo —ahí no pude más y me tuve que reír, hasta las lágrimas se me caían, la madre que la pario...

—Ríete, no me importa, y espera que lo mismo cenamos fuera y se lo pido en el restaurante.

—Jajaja, eso no me lo pierdo yo, la cara que pondría Marcos sería para enmarcarla. Venga anda, nos vamos contigo.

—Ibas a venir de todas maneras...— Era para matarla.

Y ahí que estábamos, de tienda en tienda. Por fin entramos en una que había unos vestidos preciosos, decía que de ahí no salíamos sin su vestido, cogió cuatro y se fue para el probador, me eche las manos a la cabeza.

—Me quedo con este, Almu, me encanta, mira que espalda tiene —y sí, era precioso, en rojo, la espalda al aire, cuello en uve, y una abertura en el lado derecho. Le quedaba fenomenal.

—Estas... preciosa, me encanta. Cuando Marcos te vea, te dice que sí del tirón.

—Más le vale, si no lo mando con su madre, por mis muelas.

—Anda ya loca, que no es para tanto.

Busco unos zapatos negros, con una tira dorada en el tacón, decía que bolso no le hacía falta, y ropa interior tampoco, no pensaba ponerse nada, ahí me tuve que reír porque yo no la veía a ella, y me imaginaba la cara de Marcos.

—Y ahora, a por el anillo.

—¿Me estás hablando en serio?

—Que sí pesada, que se lo voy a pedir yo, él no se decide yo sí que ya son doce años juntos, ya está bien, le tenía que haber dicho que yo me mantendría virgen hasta el matrimonio, verías que pronto me hubiese casado con lo que le gusta...

—Para, no me des tanta información guapa.

—Vamos la monja, como si tu no follaras —la madre que la pario.

Paramos a tomarnos un café, puesto que Clara tenía que merendar, estuvimos hablando de mi boda: que, cuando me iba a comprar el vestido, que cuando yo lo hiciera ella se compraba el suyo...

—¡Pero Belén!, si aún no te ha dicho que sí, Dios mío, espero que no te des el batacazo.

—Almudena, que lo tengo claro, ya me cansé. Joder, que a mí también me hace ilusión casarme.

En parte la entendía, porque yo estaba deseando que llegara ese día, también estaba ilusionada y deseando que llegara mi día.

En la joyería nos reímos a más no poder, pero es que el chico se meaba con ella. Entró tan decidida, y le suelta, que quiere un anillo para su novio que le va a pedir que se case, pero que claro no tiene ni idea de qué comprarle.

—¡Por fin!, Madre mía Belén te juro que ya estaba por irme y dejarte sola, vamos media hora más y me da algo.

—Pero si solo ha sido una hora, mujer.

—¿Y te parece poco? Y para colmo, como le has dicho a esa criatura que se probara los anillos para ver como quedaban puesto.

—¿Y? Pues bien, que se lo ha pasado, además, si no llega ser por él, no me traigo ese con eso adorno tan bonito— era bonito sí, oro blanco, le hacía un dibujo que parecían olas, según el chico, pero yo solo veía ondas.

—Bueno, pues vámonos a casa, que no quiero verte ya en una semana por lo menos, y Clara está cansada.

Cuando abrí la puerta vi que ya estaba Hugo, nos recibió con la mejor de sus sonrisas y vino a darnos un beso a cada una.

—Ya llegaron las mujeres más hermosas de San Fernando.

—Las más hermosas no lo sé, pero las más cansadas puede que sí, anda vamos a bañar a la peque y te cuento.

Yo creo que las risas de Hugo se escuchaban en todo el bloque, le conté las intenciones de Belén, la compra del anillo, y la vergüenza que me hizo pasar con el chico.

Después de cenar, acostamos a Clara, nos duchamos y nos sentamos en el sofá a ver una peli, decía, pero solo vimos el título, empezó con sus caricias y esos besos que me volvían loca, con su mano aquí y allá, me puso a horcajadas y así me llevo al cuarto, para quitarme la camiseta y dejarme en la cama.

No me saciaba de él, cada vez que estaba dentro de mí lo quería todo, y él sabía cómo dármelo.

Llegó el día de comprarme el vestido de novia, no tenía ni idea de cómo lo quería, la loca de mi amiga decía que eso era imposible, que toda mujer sabía cómo sería su vestido.

Me hizo probarme uno de princesa, sí, digo me hizo porque la señora me dijo que me iba a probar lo que no había en los escritos.

Después de probarme tres, a cuál más feos, vino el mío, era precioso, de corte recto, con una abertura en el lateral a medio muslo, cuello barco, media espalda al aire y todo de pedrería no muy recargado.

—¡Me lo quedo! Me encanta, me veo un recogido y lista,

—Es precioso Almudena— me dijo emocionada—, me gustan hasta los zapatos.

—¿Estás llorando? Ven aquí tontita— y nos abrazamos— Te quiero mucho Belén, no sabes cuánto.

—Vas a ser una novia preciosa, a Hugo se le va a caer la baba cuando te vea.

—La baba se le va a caer a Marcos, cuando le pidas matrimonio —se me quedó mirando y soltó tremenda carcajada.

—No te preocupes que ya se la recojo yo, anda, vámonos.



## Epílogo

—Almudena, ¿estás lista para vivir uno de los días más importantes de tu vida? —me dijo Belén.

—Estoy más que lista, guapa.

Era mi día, un día que estaba lleno de emociones, alegrías y tristeza, nos faltaba la mujer más importante para Hugo y para mí, pero estoy segura que desde donde estuviese, estaría feliz por nosotros, igual que mi abuela Pepa.

Decidimos que los padrinos fueran Belén y Dylan, se habían portado muy bien con nosotros y es lo menos que podíamos hacer en agradecimiento. Hugo durmió la noche anterior en casa de Belén y ella se quedó conmigo.

Estábamos tomándonos un café en la cocina, cuando escuchamos voces.

—¡Vecinas! ¿Tenéis café para dos desamparados? —ahí estaba Marcos gritando, yo me meaba de la risa.

—Cianuro es lo que tenemos vecinos, ¿os vale eso?

—Amor, pero, ¿cómo nos vas a dar eso? —le contestó Marcos.

—Belén, por tu madre que te van a escuchar los vecinos.

—Me da igual, pero estos se enteran —allá que fue mi niña a por una jarra de agua, y se la tiró—. Y, ahora, si sois capaces, seguís asomándoos por la ventana. Hugo, tú vete lavando los huevos ya, anda, —el café se lo eché encima—. Y ahora va la otra y me escupe el café, vaya día me espera.

—Jajaja. Belén, te recuerdo que la que se casa soy yo, anda déjalos tranquilos, y vamos a tomarnos el café tranquilamente.

—Me voy a tener que tomar una tila, ya verás que sí, en cuanto me relaje un poco empezamos a vestirnos.

—Si quedan cinco horas, a mí no me empieces a estresar, te lo advierto, además, tenemos que esperar que venga Carlota por la niña —Carlota y Manu, se iban a hacer cargo de la niña.

No me podía creer cómo corrían las agujas del reloj, ya estábamos peinadas y maquilladas, solo faltaba vestirnos, y ahora sí me estaba poniendo nerviosa. Los chicos de vez en cuando nos llamaban por la ventana, para preguntar cómo nos iba, Belén los quería matar.

—Hay amiga, estás guapísima —me dijo una Belén muy emocionada.

—Ni se te ocurra llorar, que me vas hacer llorar a mí.

—¿Pero tú te has visto?, jamás vi a una novia tan guapa como tú.

—Anda no me seas zalamera, todas las novias están guapas.

—Pero ninguna como tú —escuchamos decir a Dylan.

Ahí estaba, el hombre que me iba a llevar al altar, la persona que me había ayudado tanto, y que tanta paciencia había tenido conmigo.

—Tú también estás muy guapo, que lo sepas.

—Pero yo no me voy a casar.

—Ya te llegara, claro, si te echas novia algún día —le dijo Belén, y nos echamos a reír.

—¿Nos dejas a solas Belén?

—Dylan, no querrás raptar a la novia, ¿no? Bueno, vale, me voy.

No tenía ni idea que es lo que quería decirme, porque algo había, para querer quedarse a solas conmigo.

—¿Te pasa algo Dylan?

—No, no tranquila, solo quería estar un rato contigo a solas, decirte que estás preciosa, y como has cambiado desde que te conocí, ya no eres la chica que vivía con miedo, has madurado mucho y te has hecho más fuerte.

—Me vas hacer llorar, y mira que no quiero, pero quiero decirte algo —le cogí de las manos y me puse frente a él—. Por favor, no me interrumpas, ¿sí?, eres una persona maravillosa, tienes un gran corazón, ofreces tu ayuda sin pedir nada a cambio.

—No sigas Almudena.

—Calla, que no he terminado. Tengo muchísima suerte de tenerte como amigo, y no eres solo un amigo, eres mi mejor amigo, el mejor amigo que todo el mundo quisiera tener. He pasado días inolvidables junto a ti, y espero tener más. Ojalá encuentres muy pronto el amor porque si hay alguien que se lo merece, ese eres tú, te quiero muchísimo, nunca lo olvides.

—Te voy a matar, que lo sepas ¿Me quieres hacer llorar tú a mí?

—Para nada, solo te he dicho lo que siento.

—Déjame decirte que yo también te quiero muchísimo, eres una persona muy especial para mí, y de corazón te digo que te deseo todo lo mejor, si hay alguien que se merece ser feliz, esa eres tú, siempre estaré para ti.

Nos abrazamos, un abrazo que lo decía todo, yo sabía que él, siempre estaría ahí para mí, y yo para él.

—Y ahora, preciosa, ha llegado el momento de irnos.

—¡Menos mal!, ya pensaba tirar la puerta. Vaya dos empalagosos, menos mal que sé que a mí también me queréis, que, si no, os la lio parda.

—¡Calla loca!, y vete que el novio te está esperando —le dijo Dylan.

Salimos diez minutos después que Hugo, al montarme en el coche, empecé a ponerme nerviosa, pero bueno, era lo que tenía casarse, que una no lo hacía todos los días.

Manu me abrió la puerta del coche, y ahí estaba mi niña, sonriendo y estirando los bracitos para que la cogiera, estaba preciosa con ese vestidito blanco de princesa, lo que era ella, una princesa.

—¿Estás lista, Almudenita? —me dijo Dylan— Mira que si no lo estas nos damos a la fuga.

—Venga vamos a fugarnos, pero después no mires atrás, ¿eh? —empezó a reírse y me ofreció su brazo para que lo cogiera.

Al entrar en la iglesia, comenzó a sonar la música, éramos muy poquitos, pero estaban los que tenían que estar. Hugo estaba de lo más guapo, no dejaba de mirarme y sonreírme.

—Estas guapísima —me dijo, cogiéndome de la mano.

—Tú, también lo estás.

Y dicho esto, el cura empezó la ceremonia, una ceremonia muy emotiva, donde no dejábamos de mirarnos. Había momentos que nos teníamos que reír, a Clarita se le escuchaba decir, papá, mamá, hasta el cura se reía.

Cuando el cura nos declaró marido y mujer, y él “puede besar a la novia”, Hugo contestó: “será todo un placer”, y no pudimos evitar reírnos.

—¡Vivan los novios! —Esa era Belén, a grito pelado y la cabrona tirando arroz a mala leche.

—Felicidades a los dos, hijos —ahí estaba un Alfonso muy emocionado—, os deseo todo lo mejor en esta vida.

—Gracias Alfonso, sabes que eres como un padre para mí, y te estoy muy agradecida.

—Chiquilla, lo de padre sí, pero deja lo de “agradecida”, soy yo el que tengo que agradecer.

Y así uno a uno, fueron felicitándonos y deseándonos lo mejor. Yo ya me daba por satisfecha, tenía un marido al que quería, una hija preciosa, y unos amigos estupendos.

El sitio de la comida era una sorpresa, yo no tenía ni idea de donde era, Alfonso me dijo que confiara en él, y que lo dejara todo de su cuenta, ese sería su regalo de bodas.

Y vaya si lo fue. Cuando llegamos a esa hacienda me quedé paralizada, era preciosa, era de estilo árabe, tenía un patio enorme con una preciosa fuente en medio y sus mesas redondas alrededor de ella, mirabas y parecía que estabas en Marruecos.

Comimos, reímos recordando algunas de las locuras que hicimos, fueron momentos para no olvidar.

—Hugo. ¿No piensas besar a la novia, o la tengo que besar yo? —Sí, ni lo penséis, esa fue Belén, que ya tenía el puntillo que le hacía falta.

Y hablando de ella... ¿Recordáis que estaba decidida a pedir matrimonio a Marcos? Pues sí, lo hizo, pero no solamente eso, sino que lo grabó en video, y el día que nos invitó a comer, nos lo puso. Pensé que me moría de la risa, la cara de Marcos en ese momento tan crucial era para enmarcar.

—¿Puedo besar a mi mujer ya?

—Puedes, puedes, —me cogió por la cintura y me besó, un beso que empezó y no quería terminar pese a los abucheos de los chicos.

Comenzó la música, una canción preciosa de Santiago Cruz, “y si te quedas”

—Voy a hacer de ti la mujer más feliz del mundo, te amo.

—Ya soy la mujer más feliz del mundo, yo te amo más.

Jamás imaginé todo lo bueno que me había dado la vida después de lo malo, pero era feliz, por fin había dejado parte de mi pasado atrás, ese pasado que tanto daño me hizo, y que me destrozó la vida, pero que gracias a la gente que se cruzó en mi camino pude salir de él.

Como me dijo Dylan, me había hecho más fuerte, más madura, pero sola no lo hubiera conseguido. Ahora tenía una vida por delante llena de amor, felicidad y gente a la que quería. Ahora, sí tenía lo que tanto soñé.